Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN V MARZO DE 1922 NÚMERO 6

INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números)	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET — NEW YORK, E. U. DE A.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Índice

ESPAÑOL : : VOLUMEN V

Mayo de 1921 — Marzo de 1922

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ÍNDICE
ESPAÑOL: VOLUMEN V

Mayo de 1921—Marzo de 1922

AUTORES Y TÍTULOS





Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN V MARZO DE 1922 NÚMERO 6

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

UNA EXPLICACIÓN

Por inadvertencia, que deploramos sinceramente, ocurrieron dos errores en el número de INTER-AMÉRICA correspondiente a enero. Aprovechamos de esta oportunidad para enmendarlos:

El cuento titulado "El fingido epiléptico," por Árthur Somers Roche, fué traducido y publicado por permiso especial de *The Cosmopolitan*, y en la primera página debió haber aparecido una nota por este tenor:

Publicado por permiso de The International Magazine Company (*The Cosmopolitan*), propiedad de imprenta registrada en 1920.

El artículo titulado "El hombre del porvenir," publicado originalmente en *The Forum*, fué escrito por Ríchard L. Gárner, y no por "Ríchard L. Gárdner," conforme aparece al frente del artículo en la página 278 del número de enero de INTER-AMÉRICA.

—LA REDACCIÓN.

JEROME DOWD nació en Cárthage, North Carolina del, marzo 18 de 1864; se educó en Trinity College, Dúrham, North Carlina del, y en la University of Chicago; desde 1893 hasta 1901 fué prefesor de ciencias sociales en Trinity College; desde 1901 hasto 1906 fué conferenciante en sociología en la University of Wisconsin; desde 1906 ha sido profesor de sociología en la Universiay of Oklamoha; es autor de *The Negro Races* (tres tomas); *Democracy in America;* y de numerosos artículos publicadoes en las revistas más importantes.

FRED[ERICK] C[HARTERS] KELLY nació en Xenia, Ohío, enero 27 de 1882; completó su educación en la University of Míchigan; es periodista y autor; perteneció a la redacción del *Cleveland Plain Dealer* durante diez años, y ha colaborado con numerosos artículos a *The American Magazine*, al *McClure's*, y a *The Saturday Evening Post;* durante la guerra reciente fué comisionado especial del departamento de justicia de los Estados Unidos por dieciocho meses; es autor de la obra *Human Nature in Business.*

EUGENE E. PRÚSSING nació en Chicago, Illinóis, julio 12 de 1885; fué educado en las escuelas de aquella ciudad y en la University of Míchigan, donde se graduó en jurisprudencia; ejerció su profesión en Chicago desde 1878 hasta 1917, y desde 1917 hasta 1920 estuvo en el servicio militar de los Estados Unidos; es autor de "The Trust Company Problem," publicado en *Problems of Modern Banking*, y de numerosos artículos sobre temas legales y biográficos; actualmente se dedica a labores literarias con relación a una obra sobre la vida de Wáshington.

FLETA CÁMPBELL SPRINGER nació en Newton, Kansas, en 1886; en 1889 fué con sus padres a vivir en Oklahoma; se educó en las escuelas de la frontera y en la University of Oklahoma; ha residido en Tejas y en California, y al presente habita en la ciudad de Nueva York; es autora de muchas historietas, entre las cuales pueden mencionarse *Solitude; Solitaire;* y *The Mistress.*

ALFERD H. LLOYD nació en Montclair, New Jérsey, enero 3 de 1864; recibió su educación en Hárvard University, Cámbridge, Massachusetts, y en las universidades de Göttingen, Berlín y Héidelberg: desde 1892 ha sido profesor de filosofía en la University of Míchigan; es autor de *Citizenship and Salvation; Dynamic Idealism; Philosophy of History; The Will to Doubt;* y de muchos artículos y discursos que tratan de filosofía, psicología, teología, historia y sociología.

JOHN DÉWEY nació en Búrlington, Vermont, octubre 20 de 1859; completó su educación en la University of Vermont y en la Johns Hopkins University, Báltimore, Máryland; ha sido profesor de filosofía en la University of Míchigan, la University of Minnesota, la University of Chicago, y, desde 1904, en Columbia University, Nueva York; es autor de *Psychology; Leibnitz; Critical Theory of Ethics; Study of Ethics; Psychology of Number; School and Society; Studies in Logical Theory; How to Think; Influence of Darwin on Philosophy, and Other Essays; German Philosophy and Politics;* y *Democracy and Education.*

STÉWART PATON nació en Nueva York en 1864; se graduó en Prínceton University y en el College of Physicians and Surgeons (de Columbia University), estudiando posteriormente en universidades de Alemania y de Italia; es médico, especialista en psiquiatría; ha dado conferencias en la Johns Hopkins University, en Prínceton University y en Columbia University, y es uno de los fideicomisarios de la Carnegie Institution of Wáshington; es autor de *Text Book on Psychiatry for Use of Students and Practitioners of Medicine;* y de *Education in Peace and War.*

GEORGE N. SHÚSTER nació en Láncaster, Wisconsin, septiembre primero de 1894; recibió su educación superior en la University of Notre Dame, Indiana, y en la Université de Poitiers, Francia, en conexión con sus servicios militares en el ejército expedicionario de los Estados Unidos; es periodista, y autor de numerosos artículos de revistas.

Inter-América

MARZO DE 1922

ESPAÑOL: VOLUMEN V



NÚMERO 6

LA DEMOCRACIA EN LA INDUSTRIA

POR

JEROME DOWD

De acuerdo con Hérbert Spéncer, opina el autor que el sistema actual en las relaciones del trabajo y el capital representa solamente una etapa de transición entre el sistema coercitivo del pasado y alguna forma más independiente de asociación en el futuro. En las condiciones presentes el obrero se ve privado de toda iniciativa propia, del sentimiento de su individualidad y de experimentar interés alguno por el resultado de su labor. Citando asimismo a Carlyle, sugiere el autor que esta situación no puede prolongarse sin atraer consecuencias siniestras. A su juicio, el bolchevismo está a las puertas. Hay una corriente poderosa, dice, hacia la democracia y la cooperación en las industrias. Conscientes de esta situación, algunos capitalistas ingleses han formulado un plan que ofrece al obrero participación en la responsabilidad y el manejo de las industrias. A los capitalistas de los Estados Unidos corresponde asumir análoga actitud liberal y clarividente que evite en el porvenir mayores trastornos económicos.—**LA REDACCIÓN.**

TERMINADA ya la guerra mundial y abolida para siempre la autocracia, por lo menos en Europa, el hecho más asombroso que se presenta ante la imaginación es que tal victoria se haya alcanzado a un costo de vidas y propiedades mucho mayor de lo que se registra en cualquier otro triunfo de la historia de la humanidad. Es inaudito, a la verdad, que el objeto ansiado y cuya realización se ha efectuado al cabo, no se hubiera obtenido mediante el ejercicio de la razón humana, aplicando a la situación los principios fundamentales y característicos del progreso entero de la civilización. Si hecho alguno de la evolución social se destaca con relieve más definido que los otros es, indudablemente, la tendencia de las instituciones del mundo occidental a separarse de la autocracia y la autoridad patriarcal, orientándose hacia la libertad y la democracia. Esta tendencia se ha dejado notar en la industria, en la familia, en la religión y en el gobierno. La guerra mundial se produjo simplemente a causa de que ciertas naciones de la tierra se mantuvieron ciegas a esta corriente universal. Constituirá siempre una de las más estupendas discordancias de la historia que pueblo tan eminentemente instruído como el alemán adoleciera de ceguedad tan absoluta con respecto a los hechos más prominentes de la historia humana, perpetuando en su organización social aquellos aspectos patriarcales de la industria, familia, religión y gobierno, en contraste con la tendencia entera de la civilización. ¡Cuanto mejor habría sido para el mundo que el emperador Guillermo y su aristocracia militar hubieran percibido la corriente de la evolución, encaminándola hacia sus verdaderos fines! Mas es tal, dondequiera, la aberración de las clases privilegiadas que, a semejanza del buho, mientras más fuerte

es la luz más opaca se hace su visión, obstruyendo así la vía del progreso y provocando el empleo de la violencia para eliminarlas.

Esperemos que se haya reñido la batalla decisiva en favor de las libertades políticas; que todas las naciones democráticas estén a salvo en el mundo, y que las pocas monarquías que aun perduran evolucionen pacíficamente hasta convertirse en estados gobernados por el pueblo.

Entre tanto, antes de que se haya disipado por completo el humo de los combates de la guerra mundial, vemos que se inflama el horizonte en todas direcciones a impulsos de una nueva revolución de mayores proyecciones y más importante, con mucho, que aquella que nos regocijamos de haber llevado a feliz término. Esta revolución, que cunde ahora en todas las naciones, es puramente la consecuencia lógica de la que acaba de realizarse. Es una revolución hacia la democracia en la industria; y, del mismo modo que las revoluciones políticas del pasado, progresará a despecho de toda oposición hasta que sea un hecho establecido.

La paz del mundo depende ahora de la actitud que asuman los capitalistas y los ciudadanos ilustrados hacia esta nueva revolución. ¿Tendrán la visión necesaria para percibir la corriente inevitable de la evolución industrial, o permanecerán ciegos, como la aristocracia alemana en la revolución política, constituyéndose en obstáculos a la vía del progreso? Su actitud está llamada a determinar si este movimiento ha de proceder pacíficamente o convertirse en una conflagración como ha sucedido en Rusia. Cuando esta revolución haya recorrido su triunfante camino, ¿contemplará retrospectivamente en los capitalistas el asombrado historiador la misma ceguera e insensatez que caracterizaron la actitud de los alemanes hacia la revolución política?

En el mundo industrial observamos al capital y al trabajo divididos en campos hostiles, malgastando su fuerza y sus recursos en el conflicto e infligiendo innumerables sufrimientos a la humanidad no combatiente. ¿Firmarán alguna vez un armisticio estos contendores y llegarán a formar una liga para mantener la paz futura, o continuará el conflicto hasta que la estructura social se derrumbe aplastándolos a todos?

A mi juicio, es enteramente factible establecer una paz permanente entre el trabajo y el capital mediante la aplicación de los principios democráticos a la industria; y en interés de esta paz me aventuro a señalar el error fundamental en las relaciones actuales del capital y el trabajo, y la clase de reconstrucción necesaria para ajustar la industria a una base democrática.

Al enunciar este problema debemos recordar que el sistema social del capital y el trabajo adolece de ciertos defectos, generalmente reconocidos por economistas y sociólogos, que le hacen incompatible con la eficiencia industrial. Por ejemplo, el economista francés Charles Gide dice:

> Abandonando los planos elevados de la justicia y razonando desde el punto de vista de la utilidad social, el sistema de jornales tiene un defecto que le condena en absoluto. Tan pronto como el obrero enajena su interés en el producto de su labor, pierde todo estímulo para la producción; más aún, es obvio que le conviene trabajar lo menos que puede a cambio del precio que el amo paga por su trabajo. Únicamente procederá de otro modo por el sentimiento del deber o del temor; no temor del látigo, como el esclavo, sino temor de ser despedido y de perder los medios de subsistencia. El primero de estos sentimientos sólo puede ejercer influencia en los espíritus elevados, y se debilita, por otra parte, a medida que el antagonismo entre patrones y obreros se hace más pronunciado. El segundo sentimiento—y la naturaleza humana puede vanagloriarse de ello—jamás ha producido buenos resultados en el hombre.
>
> De otro lado, los intereses de patrones y operarios son inevitablemente antagónicos; y el sistema de jornales no resulta más satisfactorio con su fruto fatal, las huelgas. Nadie discute que el sistema de jornales sea ventajoso en ciertos casos; pero es contrario a la naturaleza que esta forma de contrato se convierta en ley general de la sociedad moderna, por cuanto, ya sea por libre consenso o forzadas por la necesidad, las masas trabajadoras se ven despojadas de todo derecho al producto de su labor y privadas de todo interés en la obra de producción. Con dificultad puede admitirse que este estado de cosas se considere definitivo.

A diferencia del esclavo, el obrero moderno goza de una libertad teórica; pero en

realidad tiene solamente el derecho de decidir bajo cuál amo ha de pasar la mayor parte de su vida, sin más interés que el que tiene un esclavo por el resultado de su labor, sin oportunidad alguna para la iniciativa individual y la afirmación de su personalidad, y con la incertidumbre constante acerca del mantenimiento de su empleo. Carlyle dice:

> La libertad, especialmente aquella que ha de comprarse con el aislamiento social, en que cada hombre vive apartado de sus semejantes, sin más relaciones que las necesarias para el ajuste de cuentas, es una libertad que el mundo contempla rara vez, que el mundo no consentirá largo tiempo, por más que se recomiende. Esta libertad llegará a ser antes de mucho para los forjadores de millones, aunque todos los hombres la exalten, la libertad de morir por falta de alimento; para los millares de gente sin ocupación y de los gremios de obreros la libertad más fatal todavía de morir por falta de trabajo: falta de un deber importante que desempeñar en esta tierra del Señor. ¿Qué será del hombre en esta condición? Las leyes terrenales son mudas, y el cielo habla con voces que no se escuchan. La falta de trabajo, unida a la inevitable necesidad de trabajar, dará origen a nuevas y portentosas teorías y prácticas en la vida. Hermanos míos, después de siglos de gobierno constitucional, apenas si sabemos imperfectamente todavía el significado de las palabras "libertad" y "esclavitud".

Aun enemigo tan acérrimo del socialismo como Hérbert Spéncer nada permanente pudo descubrir en el sistema del capital y el trabajo. A su juicio era solamente una etapa de transición entre el sistema coercitivo del pasado y alguna forma más independiente de asociación en el futuro.

El obrero moderno carece de incentivo adecuado para la afirmación de su personalidad. A causa de la falta de este incentivo encuentra su labor poco interesante, monótona y a menudo tediosa, y trata de limitar hasta donde sea posible las horas de trabajo. En cambio, en el ejercicio de una profesión, ya sea artística, científica, jurídica o médica, encuentran frecuentemente los hombres tan interesante su labor, que no llegan a realizar todo lo que desean en el corto espacio de una vida. Analizando estas dos clases de trabajadores encontraremos que esta diferente actitud con respecto a su labor no se debe tanto a la índole del trabajo como a las condiciones en que éste se realiza. El pintor, el escultor, el hombre de ciencia o el que ejerce alguna profesión, trabajan por lo general bajo condiciones que excitan ciertos instintos fundamentales que despiertan siempre el interés o alguna sensación de placer: por ejemplo, el instinto de pugnacidad, que entra en juego cada vez que el hombre se siente inclinado a dominar alguna dificultad; el instinto de curiosidad, que entra en acción siempre que el hombre siente el deseo de investigar o averiguar algo que desconoce; el instinto de la afirmación de la personalidad, que se excita siempre que el hombre trata de sobresalir entre los demás o arrancar una victoria a la naturaleza; y el instinto constructivo, que entra en juego cada vez que el hombre siente la inspiración de inventar, organizar o combinar algo para fin determinado. El secreto de mantener a un niño entretenido, y evitar sus travesuras, consiste en procurarle juguetes que pongan en acción tales instintos.

La razón de que el trabajo sea por lo general repelente al obrero es que no le ofrece oportunidad para el empleo de estos esenciales instintos inherentes a la naturaleza humana. El hombre a quien solamente se le paga su tiempo, y que no tiene parte alguna en el manejo de la negociación para la cual trabaja, carece necesariamente del estímulo esencial a todo ser humano normal y satisfecho. A menos que el obrero sienta responsabilidad por la suerte de la industria a que dedica su labor, no puede gozar, como el capitalista o el hombre que ejerce una profesión, el placer de entregarse en cuerpo y alma y por toda la vida a una carrera, en la esperanza de recoger algún día el fruto de sus esfuerzos. Bajo las condiciones actuales tan sólo la clase profesional y la capitalista pueden ejercer iniciativa individual.

Mientras más se especializa el trabajo más se degrada el obrero, viéndose reducido a desempeñar una parte puramente mecánica en la producción. Como dice Lemontey:

> Es triste para un hombre el confesar que durante toda su vida no ha construído más que la octava parte de un alfiler.

De igual modo, mientras más se especializa el trabajo más impotente se encuentra

el obrero al ser despedido o cuando las fluctuaciones de la industria le obligan a buscarse un nuevo patrón. Carlyle dice:

> El hombre que desea trabajar y no encuentra ocupación constituye quizá el espectáculo más lamentable que el destino ofrece bajo el sol. Burns expresa con intensidad sus sentimientos al respecto: "Un pobre hombre busca trabajo, busca una faena que le permita ganarse el sustento y la morada, ponerse siquiera a nivel de los cuadrúpedos de labor, en este planeta que es su propiedad. No hay un caballo capaz de trabajar que no reciba en cambio el alimento, cosa que el obrero bípedo tiene que buscar y solicitar muchas veces en vano."

Algunos de nuestros capitalistas progresistas, comprendiendo las deficiencias del sistema de jornales, tratan de estimular la iniciativa personal en sus obreros ofreciendo premios por cualquiera invención o innovación que sean capaces de originar y presentar a la administración. Por ejemplo, cierto obrero sugirió a su patrón un plan mediante el cual aumentaron mil dólares anualmente las utilidades del negocio; y el patrón fué lo suficientemente magnánimo para obsequiar al autor un cheque por treinta dólares.[1] Además, algunos de nuestros capitalistas están ahora ofreciendo acciones en venta a sus empleados, y llevando a cabo muchas obras filantrópicas en su favor, con el objeto de asegurarse un servicio más permanente. En una reciente reunión de administradores de empresas en Filadelfia se formularon planes bien meditados para hacer más estable el trabajo de los obreros. Discutióse el hecho de que el continuado recibir y despedir empleados, debido a la substitución de operarios, costaba a los manufactureros del país 172,000,000 de dólares por año; y se propuso la creación de un nuevo cargo directivo, liberalmente pagado, para que el nuevo funcionario seleccionara el grano entre la paja de solicitantes, haciendo las condiciones del trabajo más sanitarias, menos tediosas, y el ambiente doméstico más atractivo. Se puso de manifiesto el hecho de que ciertas compañías dan a sus empleados un período de descanso de tres a cinco minutos cada hora; que otras dan un período de descanso en la mañana, durante el cual alivian la fatiga de sus empleados vendiendo quinientas botellas de leche por tres centavos cada una, agregando a cada porción tres galletas y un tubillo de paja para beber la leche. Finalmente, algunos de nuestros capitalistas han realizado maravillas en el sentido de la eficiencia científica, con el objeto de que el obrero incrementara en gran escala su capacidad productiva por hora y su jornal diario.

Por extraño que parezca, sin embargo, los obreros no han apreciado los esfuerzos de los capitalistas en favor de sus empleados. No se han entusiasmado ante la ciencia de acrecentar sus energías; y, a decir verdad, aun cuando su eficiencia pudiera decuplicarse y sus salarios aumentar en proporción, estarían tan descontentos como antes. ¿Quién ha oído alguna vez que la clase obrera se sintiera satisfecha por un aumento de jornales? ¿Acaso no han subido al doble los salarios desde el siglo pasado, y, en ciertas industrias, desde el comienzo de la guerra mundial?

El hecho es que cuanto se ha realizado en beneficio de la clase obrera es precisamente lo contrario de lo que podría libertarnos del conflicto industrial. Los obreros se muestran tibios con respecto a todas las cuestiones de repartición de utilidades, eficiencia científica del trabajo, premios por sugestiones valiosas, y filantrópica vigilancia por la salud y ambiente favorable de la comunidad. Las masas trabajadoras son indiferentes o antagónicas hacia tales innovaciones porque todas ellas revisten cierto carácter patriarcal, reduciendo cada vez más al obrero a la condición de arcilla entre las manos del modelador. No le ofrecen expresión adecuada de su personalidad, del instinto de afirmación de su individuo; no le ofrecen incentivo para dedicar toda su energía vital a la industria en que labora, ni parte alguna de responsabilidad en la empresa a la cual consagra su existencia; ni le asignan parte alguna en la colectividad, requisito característico e inspirador de toda cooperación entre los hombres que poseen la facultad de la iniciativa.

Por consiguiente, el problema de la reconstrucción industrial puede definirse simplemente en esta frase: devolver al obrero su libertad de acción. Del mismo modo que todo hombre debe tener voto en el

[1] Lee Galloway: *Organization and Management,* página 381.

grupo político a que pertenece, todo obrero debe tener voz en el manejo de la industria en que trabaja. Del mismo modo que la autocracia y el gobierno patriarcal se han desterrado del mundo político, deben desterrarse también del mundo industrial. Todas las industrias incorporadas deberían constituir una sociedad real o aproximada del trabajo y el capital.

Es satisfactorio observar que un grupo considerable de capitalistas ingleses tiene la visión de la inevitable corriente hacia la libertad y la propia iniciativa en la clase obrera, y ha formulado un programa que de ahora en adelante concede a sus operarios parte en el manejo y responsabilidad de la negociación. Los detalles de este programa pueden encontrarse en la *Monthly Labor Review,* United States Bureau of Labor Statistics, correspondiente a octubre de 1918. Este plan asegura la eliminación de huelgas y paros, interesando a cada uno de los empleados en la eficiencia de la industria para la cual trabaja. Devuelve al obrero la facultad de la iniciativa propia, y le inspira ese sentimiento de responsabilidad y cooperación en empresas colectivas que debe animar a todo ser independiente, y sin el cual ninguna persona puede trabajar de manera eficiente ni satisfactoria. Este plan no implica nada revolucionario ni enteramente nuevo. Puede llevarse a efecto en etapas graduales, y ha obtenido ya éxito considerable en varias industrias de esta nación y de Inglaterra.

Queda por ver si nuestros capitalistas modernos tendrán la visión del advenimiento de la democracia en la industria o si habrán de asociarse para fortalecer el añejo sistema patriarcal, inventando planes para hacer más impotente y sumiso al obrero y ahogar su plenitud de vida y de aspiraciones. ¿Llegaremos a tener iniciativa propia en la dirección de los negocios y compañerismo en el mundo industrial, o tendremos el bolchevismo? Una de ambas cosas está en gestación.



FLAQUEZAS HUMANAS

POR

FRED C. KELLY

El autor pone de relieve algunas pequeñas y cómicas flaquezas humanas, de que a todos nos corresponde una parte, y que constituyen, por decirlo así, el aspecto infantil que conserva siempre la gente mayor.—LA REDACCIÓN.

LA MAYOR parte de nosotros, en el deseo de aparecer más importantes de lo que somos, nos inclinamos inconscientemente a alguna especie de afectación o simulación. Casi todas las profesiones u ocupaciones tienen su clase peculiar de afectación. Los cantores y cornetas, por ejemplo, hacen a menudo muecas innecesarias con el objeto de que su ejecución parezca más difícil. Los pianistas de profesión hacen mil floreos superfluos con las manos. Los médicos garrapatean recetas llenas de extraños símbolos, aun cuando se trate de los remedios más simples. Si un médico desea que su paciente tome un polvo de sal, sabe muy bien que el enfermo no se sentiría satisfecho de pagar un alto precio por receta tan sencilla, y por consiguiente hace uso de signos quirománticos que representan cloruro de sodio, disponiendo que su cliente haga preparar la receta en alguna botica abierta toda la noche, donde el empleado le cobra setenta y cinco centavos o un dólar. La transacción entera reviste tal misterio y gravedad como si la receta fuera alguna panacea celestial, conocida únicamente por el médico y, a todo evento, por un par de monarcas. Ningún médico dirá de buena gana los ingredientes que contiene el frasco de medicina que ha recetado, y trata por el contrario de hacer percibir la idea: "No lo comprendería usted aunque se lo dijera."

Va uno a buscar al médico por un caso de urticaria, y el galeno se muestra tan grave que el paciente se pregunta si llegará a salir con bien del paso. Luego, transcurrida una semana o algo así, cuando la enfermedad ha seguido su curso natural y el paciente ha recobrado la salud, se siente como si hubiera dado un gran escape y debiera al médico mucho dinero y mucha gratitud.

Los abogados hacen con las frases latinas y largos circunloquios lo mismo que los médicos con sus misteriosos símbolos. Un hombre desea transferir alguna de sus propiedades. La manera natural de expresar esta idea en la escritura sería decir sencillamente: "Vendo a Fulano tal propiedad." Nada más debía ser necesario por vía de información preliminar. Pero cuando el abogado redacta la escritura de venta, comienza más o menos como sigue:

John Smith, de Geràniumville, Hicks County, Ohío, el día 29 de febrero del año de gracia de 1916, a la sazón presente en el lugar citado, en consideración a la suma de un dólar de plata acuñada, pagado on propias manos y a entera satisfacción por cierto Wílliam Jones, segundo contratante, en el momento o antes de sellar y entregar el presente documento, y por el cual se reconoce debidamente recibo en esta escritura, *e pluribus unum in tres divisa est,* el subscripto, esto es, John Smith en persona, por el presente instrumento, negocia, traspasa, vende, otorga, dona y entrega, transfiere, cede y confirma en posesión legal de los bienes al susodicho Wílliam Jones, aquí presente en el acto que le hace propietario en virtud de mutuo convenio y valuación, *quo warranto, de bonis non, ne plus ultra,* sentado por duplicado, y llevando la fecha del inmediato día previo al día de la fecha de este contrato, que firma por sí y sus herederos, sin lugar a reclamo de error o dolo, *quid* y *quo; ad infinitum,* aserrín, aserrán, los maderos de San Juan, por los siglos de los siglos. Amén.

Cuando un cliente concluye la lectura de algunas páginas por el estilo está dispuesto a conceder que su abogado debe ser persona de considerable importancia.

Los ministros del evangelio pecan también a veces por afectación, aun en los momentos en que llevan la voz en las oraciones. He oído rezar a algunos ministros con una especie de afectada negligencia destina-

da a mostrar cierta familiaridad afable, intimidad más estrecha, con la divinidad.

Los empresarios de pompas fúnebres llevan la afectación hasta el punto de aparecer todavía más solemnes de lo que se sienten.

Los escritores no están libres por cierto de este vicio de la afectación. A casi todo autor agrada emplear de vez en cuando alguna palabrita poco conocida, siquiera para dar la impresión de que tiene almacenadas muchas frasecillas por el estilo, como una fuerza de reserva lista para desempeñar deberes especiales siempre que él juzgue conveniente dar la voz de mando.

Quienquiera o lo que quiera que seamos, es lo más probable que aparezca en nosotros traza definida de la cabecilla de alfiler.

Una de las cosas que contribuyen a hacer la vida insoportable es la costumbre que tienen los barberos de tomar posiciones a la espalda de las sillas, manteniéndose como una especie de lacayos en alerta cuando un parroquiano entra en la peluquería. Apenas se traspasa el umbral del barberil estudio, cinco o seis individuos de chaqueta blanca se precipitan a su puesto con ímpetu semejante al de los caballos del departamento de bomberos, ostentando cada cual en el rostro la expresión de: "Yo me afano por complacer." Todos exhiben el ansia de debutantes por ser elegidos. En tales momentos me siento tan indeciso como un mormón. ¿Cómo puede uno seleccionar entre tantos alertos barberillos? Todos son extraños. No tiene uno simpatía particular por ninguno de ellos, puesto que nada conoce de su habilidad respectiva ni de su encanto personal. Generalmente, mientras me despojo del cuello y la corbata, trato de dar la impresión de que mi mente está enfrascada en una serie de graves problemas que nadie puede dilucidar. Ésa es mi afectación. En seguida me arrojo rápidamente sobre la silla más próxima, envuelto todavía en mi atmósfera de abstracción, como si no tuviera la más remota idea de que existe más de un peluquero en la barbería. Los demás se escurren furtivamente a su sitio a lo largo de la pared, algunos para coger su periódico y leer la página de deportes; otros, para mirar distraídamente en torno. Luego tratan de tomar el aspecto de quien estuviera habituado y endurecido contra tales desdenes, pero a mí se me ocurre que oponen simplemente un rostro firme al destino, procurando ahogar los sollozos de su humillación. Me imagino a cada uno de los rechazados interpretando a su modo ante su mujer y sus chicos, al volver a casa en la noche, el motivo que me impulsara a elegir otro barbero; y me parece oír cómo la esposa del barbero lo consuela discretamente: "¡Vamos, vamos, Jim, eso no vale la pena! Quizá te elegirá a ti la próxima vez." ¡Ah! ¡Cuánto desearía que se instituyera algún plan mediante el cual fuera posible elegir su mozo de barbería sacando números de un sombrero! Esto haría la vida mejor y más placentera.

Casi la principal cualidad que se busca en un perro es aquella que se denomina "exclusivismo." El hombre quiere que su perro no siga a nadie sino a su amo. La especialidad de poseer un perro que sólo lo siga a uno, halaga la vanidad. Y el mismo rasgo de la naturaleza humana que nos hace desear perros "exclusivistas" impulsa a la gente a perseguir el ingreso en un club "exclusivo." Mientras más exclusivo es un club o una sociedad, y más difícil es su acceso, más dispuesto se está a pagar por el derecho de contarse entre sus miembros.

Podría casi establecerse como regla que los enlaces que siguen a una petición oficial de matrimonio son monótonos o infelices. El matrimonio más posible de realizarse es aquel que jamás estuvo precedido de petición oficial. Cuando un hombre conoce lo bastante a una mujer para querer casarse con ella, debe conocerla lo bastante para saber con plena certeza que ella está dispuesta a casarse con él. Debe conocerla demasiado bien para que haya necesidad de petición oficial. Sin que haya mediado entre ellos propuesta positiva de matrimonio, ambos saben muy bien que deben considerarse mutuamente como prometidos. Una propuesta oficial indicaría que el hombre carece de ingenio. Y el hombre que carece de ingenio carece asimismo del sentido de la proporción. De igual modo, la mujer que no se ríe del hombre de quien recibe una petición formal de matrimonio está lamentablemente desprovista de espíritu festivo. ¿Qué puede esperarse de un matrimonio entre gente de esta clase?

El mismo motivo que impulsa a un muchacho a jactarse con sus compañeros de lo malo que ha sido en la escuela incita al hombre a levantarse en una asamblea de renovamiento del espíritu religioso y vanagloriarse de sus pecados. Muchos de nosotros creemos que es elegante y hábil el ser malvado.

Uno de los mas afortunados pedantes que he conocido era cierto joven que hizo creer a todos los comensales de la casa de huéspedes en que vivía que era extremadamente culto y poseía extensa educación, tan sólo porque fué capaz de contar hasta diez en francés.

El hombre notablemente hábil para ordenar los platos de un menú es gordo por lo general.

Los peritos en eficiencia, interesados en descubrir los movimientos inútiles, encontrarían tema de profundas observaciones en el estudio del perro corriente.

Ningún muchacho admite jamás que ha perdido en el juego de bolas, ni hombre o mujer alguna admite jamás que ha pagado derechos completos en la aduana.



WÁSHINGTON COMO MAGNATE RURAL[1]

POR

EUGENE E. PRÚSSING

Como sucede a menudo con los grandes hombres, la relevante figura de George Wáshington ha pasado a la posteridad principalmente en su aspecto brillante de militar, legislador prudente y organizador político de la nación. El autor se complace en presentárnosle en sus funciones de ciudadano particular, propendiendo al adelanto de su colonia y atendiendo al manejo de la propia hacienda heredada de sus antepasados, y del dinero recibido de su mujer, con éxito tan notable en ambas empresas que llegó a ser uno de los miembros más influyentes de su comunidad, y al mismo tiempo, por su habilidad, energía y continuada labor acrecentó sus propiedades hasta el punto de que a su muerte ascendía su valor a más de un millón de dólares. En sus labores civiles y de milicia rural, dice el autor, y luchando con todos los inconvenientes de una época de transición, desarrolló las grandes cualidades de valor intrépido, inflexible rectitud, energía inquebrantable, poderosa visión y conocimiento de los hombres, que más tarde hicieron de él figura tan prominente en la historia.—LA REDACCIÓN.

EL PROFESOR JOHN BACH MACMÁSTER, en el segundo tomo de su *History of the People of the United States,* páginas 452 a 453, anota el fallecimiento de Wáshington con el comentario siguiente:

George Wáshington es un hombre a quien no se conoce. Cuando se le presente al cabo ante nuestros ojos en los actos diarios de su vida, escucharemos hablar menos del cerezo y más del individuo. No quiere decir esto, naturalmente, que deba omitirse el lado heroico; pero junto con la heroicidad aparecerá también mucho del ser humano ordinario. Contemplaremos al egregio militar rehaciéndose de la derrota con celeridad maravillosa, apaciguando las disensiones entre sus oficiales y calmando los arrebatos de sus amotinadas tropas; pero le oiremos también echar votos y le veremos en aquellos terribles accesos de ira a que alude Jéfferson, y uno de los cuales describe Mr. Léar. Le veremos rehusar ante el congreso el pago por sus servicios, pero exigir . . . el real que le era debido. Le conoceremos como un personaje frío e inaccesible, con quien ninguno de sus contemporáneos se aventuró a estrechar relaciones cordiales o amistosas. Le respetaremos y honraremos, no por ser el mayor de los generales, el más sabio de los estadistas ni el más virtuoso de su raza, sino por ser un hombre con muchas flaquezas humanas y mucho sentido común, que, a su debido tiempo, llegó a ser el libertador político de la nación.[2]

Wáshington, como hombre, es desconocido. Sobre este tema gira el presente esbozo.

Wáshington procedía de una raza de militares. No es necesario remontarse a sus antecesores fuera del país para probar esta aserción.

El coronel John Wáshington, inmigrante, y su hermano, bisabuelo el primero de Wáshington, abandonaron Inglaterra a fuer de realistas durante la época de Crómwell, y tomando la vía de las Indias occidentales arribaron a Jámestown, Virginia, por el año de 1659. Estableciéronse en la comarca entre el Rappahánnock y el Potómac, conocida ahora con el nombre de Wéstmoreland County. El coronel John Wáshington adquirió muchas tierras, a la par que gloria y renombre por sus proezas contra los indios, llegando a ser un hombre famoso en su tiempo, dotado de gran intrepidez y energía.

Su residencia, que actualmente se conoce bajo el nombre de Wákefield, estaba situada en las orillas del Potómac, cerca de la ensenada de Pope; y allí contrajo matrimonio con su segunda mujer, hija del coronel Pope. Su primera mujer y sus dos hijos habían muerto poco después de su llegada a Virginia. John Wáshington po-

[1]Traducido por permiso especial del *Scribner's Magazine,* que tiene reservado el derecho de propiedad.—LA REDACCIÓN.

[2]He omitido de este párrafo una aserción que, según el resultado de mis investigaciones, no me parecía suficientemente justificada por autoridad alguna. Además, por mi parte, no considero a Wáshington un "personaje frío e inaccesible." Era majestuoso, reconcentrado y pocas veces familiar, lo cual arrastró a muchos a calificarlo de "difícil," frío e inaccesible. El mismo Hámilton, en su juvenil indignación, lo juzgaba en esta forma.

seía extensas propiedades, y se había asociado además con cierto coronel Nícholas Spéncer para traer colonos de la madre patria a tierras de Virginia. En recompensa de tales servicios, él y Spéncer recibieron de Lord Cúlpeper dos mil hectáreas de terreno en el Potómac, entre Épsewasson y Little Hunting Creeks, comarca que ahora se llama Mount Vernon.

El bisabuelo de Wáshington fué miembro de la House of Burgesses en 1665, recibió el grado de coronel, y tuvo ocasión de probar su valor en apoyo de la rebelión de Bacon y rechazando las incursiones de los indios, que ocurrían anualmente. Como coronel estuvo al mando de las fuerzas unidas de los *rangers*[3] de Máryland y Virginia, refrenando por entonces las depredaciones y asesinatos al este del Blue Ridge. La última posición de los pieles rojas en aquel territorio fué lo que después se llamó el River Farm en la propiedad de Mount Vernon.

El coronel John Wáshington murió en 1677, a la edad de cincuenta y cuatro, después de dieciocho años de vida intrépida e industriosa en la América, y yace sepultado en la tumba de la familia, que se levanta en Bridge's Creek, cerca de Wákefield. Sus bienes fueron sometidos a la aprobación del tribunal de testamentarías, comprobándose que había hecho testamento y dejado una vasta herencia a su familia. A su hijo mayor, Láwrence, asignó la morada doméstica, Wákefield, y su parte en las dos mil hectáreas de terreno que poseía en común con el coronel Nícholas Spéncer en Mount Vernon.

Dispuso además que se presentara a la iglesia de Wákefield, en la parroquia de Wáshington, nombrada así en su honor, una plancha conmemorativa en la cual se grabasen los diez mandamientos. Esta plancha se hizo traer de Londres.

Compruébase así que el coronel John Wáshington, el inmigrante, fué un hombre no sólo muy rico y muy prominente sino también muy piadoso, lo cual, según informes obtenidos de todas las fuentes que haya sido posible descubrir, constituía un rasgo característico notable en todos sus ascendientes.[4]

Su hijo, Láwrence Wáshington, nació en Wákefield en 1661, y contrajo matrimonio con Míldred, la hija del coronel Augustine Wárner. Murió en Wákefield, en marzo de 1698, a la edad de treinta y siete años, y yace allí sepultado. Poco se conoce de su vida; pero su testamento, verificado el 30 de marzo de 1698, en Wéstmoreland County, prueba que fué opulento. Después de disponer numerosos legados para sus amigos y parientes lejanos, dividía el resto de sus bienes personales, que aparecen haber sido considerables, entre su esposa y sus tres hijos.

A John, el mayor, legó Wákefield, la casa solariega, adjudicando a Augustine extensas tierras y propiedades en los valles, y a su hija Míldred las mil cien hectáreas de terreno en Hunting Creek y en el Potómac que le correspondieron en la partición con los herederos de Spéncer. Estas mil cien hectáreas representan la parte de la propiedad de Mount Vernon que rodea inmediatamente la casa de hacienda. Augustine Wáshington compró a su hermana Míldred esos terrenos, que cedió en arriendo a varios agricultores durante algunos años. Residió allí en 1733 y 1734 con su segunda esposa, Mary Ball.

Augustine Wáshington fué el padre del general George Wáshington, hijo mayor de su segundo matrimonio. Del mismo modo que su famoso vástago, fué Augustine un verdadero jefe en la industria. Era instruído, activo, y fué afortunado hombre de negocios en empresas importantes. Había sido enviado a Ápplebу, Inglaterra, para recibir lo que hoy se considera instrucción media, y mandó allí asimismo a Augustine y Láwrence, los dos hijos mayores de su primer matrimonio. Habría enviado también probablemente a George, el siguiente, si no hubiera sobrevenido su prematura e inesperada muerte, el 12 de abril de 1743, cuando contaba tan sólo cuarenta y nueve años de edad.

Augustine Wáshington fué un hombre importante en la comunidad. Poseía seis plantaciones en el Rappahánnock, en el

[3]Tropas rurales, que en su organización se asemejan a los guardias civiles de España.—La Redacción.

[4]Este artículo no cita autoridades sino en el texto. Probablemente se mencionarán en alguna publicación posterior sobre este tema. Es oportuno manifestar, sin embargo, que la historia de los antecesores de Wáshington se encuentra en varios libros bien conocidos sobre la materia, accesibles en casi todas las bibliotecas importantes, y sobre todo, en la obra de mi amigo Charles H. Cállahan, titulada: *Washington, the Man and the Mason.*

Potómac, y en las tierras adyacentes; era dueño del barco de pasaje del Rappahánnock en Frédericksburg, y tenía una duodécima parte en las minas de hierro y fundiciones de Accotink, de las cuales era administrador, representando a los propietarios sobrevivientes de la compañía establecida en Londres.

En 1742 fué elegido miembro de la junta de fideicomisarios de Frédericksburg, lo cual indica que debió de haber poseído terrenos en esta ciudad, del mismo modo que haber sido residente en la comarca que hoy conocemos con el nombre de Cherry Tree Farm y que se extiende desde Frédericksburg pasando el Rappahánnock. Allí vivió después que un incendio destruyó la primera casa que había construído en Mount Vernon.

Como su abuelo el coronel, Augustine Wáshington se dedicó a transportar a Virginia emigrantes de Inglaterra, encontrando entre ellos un ayo para su hijo George. Las leyendas del párroco Weems indican que tomó vivo interés en la educación moral del joven, siendo de tal manera uno de los principales factores en el desenvolvimiento intelectual y moral de su hijo, en quien indudablemente se transmitieron y desarrollaron las cualidades mentales características del padre.

Es bien sabido que George Wáshington tenía los caracteres físicos de su madre, combinados con ciertos rasgos peculiares de su propio temperamento. Se enamoró con frecuencia en la juventud, y era vivo de genio; pero aprendió a dominar ambas tendencias, y aun cuando algunas veces no lograra sobreponerse del todo a sus emociones, supo comprender sus faltas, guardar la fe prometida, y presentar sus excusas cuando excedía los límites de una justa indignación.

Sin embargo, dos de las cualidades más relevantes que nuestro Wáshington descubrió en el curso de su carrera—la integridad y la intrepidez—fueron con toda probabilidad adquiridas principalmente de su padre, porque era éste quien había recibido educación en el extranjero, quien fué repetidas veces a Inglaterra por sus asuntos, quien se aventuró a traer inmigrantes y a empeñarse en plantaciones y fundiciones, y llegó a ser el agente de confianza del capital extranjero. Donó asimismo ciento sesenta hectáreas de terreno para el establecimiento de una escuela pública en Wéstmoreland County. Fué el capitán de su propio barco, tanto como director de las industrias de los alrededores.

Cuando tras breve enfermedad murió en 1743, en forma muy semejante al fallecimiento de su ilustre hijo muchos años después, Augustine Wáshington dejó vastas y valiosas propiedades personales y rurales, asignando en su último testamento considerables legados a Láwrence y Augustine, hijos nacidos de su primer matrimonio con Jane Bútler a su segunda mujer, Mary Ball; y a los hijos habidos con ella, George, Elízabeth, John Augustine, Charles y Samuel. El diligente redactor del testamento de Augustine Wáshington aludía a su casamiento con Mary Ball como su "segunda aventura."

Dejó a Láwrence las mil cien hectáreas de Mount Vernon con el molino que allí había construído, el gran henil de ladrillo, todavía existente, y algunos terrenos en Máddox Creek, Wéstmoreland County, además de sus intereses en varias fundiciones.

A su hija Betty, más tarde esposa del coronel Fíelding Lewis, asignó dos negritos, disponiendo además que Láwrence le pagara cuatrocientas libras esterlinas en efectivo.

Como propiedad de Augustine señaló Wákefield y algunos negros, tres de los cuales debía comprar Láwrence con parte del producto de las fundiciones, y obsequiárselos.

A John Augustine legó doscientas ochenta y tres hectáreas en Máddox Creek, Wéstmoreland County; y a Charles dejó doscientas ochenta y tres hectáreas en Prince Wílliam County.

Asignó a George Cherry Tree Farm, a orillas del Rappahánnock, frente a Frédericksburg, y parte en otras tierras, además de diez negros.

A Samuel adjudicó doscientas ochenta y tres hectáreas en Chotank Creek, Stáfford, y la mitad de las tierras en Deep Run.

A su esposa Mary Ball asignó las cosechas "obtenidas con riegos de Bridge's Creek, Chotank y Rappahánnock" al tiempo de su muerte, y el privilegio de trabajar los "terrenos de Bridge's Creek" por el término de cinco años después de su fallecimiento, tiempo durante el cual "podía establecer su residencia en Deep Run."

Dispuso que Láwrence y Augustine pagaran la mitad de las deudas que dejaba pendientes, adjudicándoles la mitad de lo que a él le debían.

En un codicilo dejaba a George un lote de terreno en la ciudad de Frédericksburg.

Mrs. Wáshington no sólo tuvo el goce del legado específico antes mencionado, sino que aprovechó de los bienes de sus hijos hasta que éstos llegaron a su mayor edad. Después de la muerte de su madre, acaecida cuarenta años más tarde, decía George Wáshington que mientras ella vivió jamás recibió él nada de la herencia de su padre.

Láwrence Wáshington, el hermano mayor de George Wáshington, nació en 1817, y fué, como su padre y otros de sus antecesores, hombre muy emprendedor. Educado en Áppleby, regresó a Virginia en 1738 o 1739. Se alistó en la expedición inglesa bajo el comando del general Wéntworth, al servicio del almirante Vernon, para atacar la ciudad española de Cartagena, en Colombia, América del Sur, como miembro de la infantería virginiana. Cuando fracasó esta empresa regresó a Virginia con los restos de sus bizarras pero infortunadas tropas, de las cuales asumió el mando a la muerte del coronel Gooch.

Hacia el tiempo del fallecimiento de su padre, en la primavera de 1743, construyó una casa en las propiedades paternas del Potómac, a la que dió el nombre de Mount Vernon; y poco tiempo después se casó con Ann, hija mayor del coronel Fáirfax, cuya plantación, Belvoir, se hallaba contigua a dicha propiedad. ,

Ann Fáirfax, la primera castellana de Mount Vernon, dejó un palacio por una cabaña, pues Mount Vernon era por aquel tiempo un edificio sin pretensiones, que constituía apenas la mitad de la construcción que hoy conocemos; pero la situación, la perspectiva, y las bellezas naturales del lugar eran tan maravillosas como lo son en el día.

Láwrence se inclinaba a la milicia y la iglesia. Pronto fué nombrado ayudante general en el Northern Neck, con categoría y sueldo de mayor, y se dedicó a la agricultura y a la industria del hierro. A pesar de ser miembro conservador de la iglesia episcopal, creía firmemente en la libertad religiosa y, llegado el caso, manifestó por lo menos su oposición a la estrechez de miras de la política local, abogando por la admisión de otras sectas en el estado, en obsequio del progreso general.

Desplegó gran actividad en asuntos locales, llegando a ser miembro de la House of Burgesses, aseguró la adopción de la ley para la creación de la ciudad de Alexandria en 1748, siendo, con Lord Fáirfax, el coronel Wílliam Fáirfax, George Wílliam Fáirfax y otros, uno de los primeros miembros de la junta, que según disponía la ley, debía "diseñar, edificar, adelantar y mantener dicha ciudad y hacer el trazado de sus calles y plaza de mercado."

Tomó parte prominente en lo que se llamó la Ohío Company, cuyo objeto era establecer amistosas relaciones comerciales con los indios y abrir a la colonización el vasto territorio al sur y al este del río Ohío y al oeste del Blue Ridge. La Ohío Company estaba formada por los hombres más opulentos y capaces de la colonia, bajo la dirección de Thomas Lee, presidente del consejo. Contábanse entre los directores y accionistas hombres como George Mason, Wílliam y George Wílliam Fáirfax, Láwrence Wáshington y, posteriormente, el gobernador Dínwiddie.

Habían obtenido una concesión de la corona bajo condiciones favorables que incluían seis mil hectáreas de terreno en la sección "de las aguas occidentales de Virginia," situada al norte y al oeste del gran Kanawha, y al sur del Ohío. Perseguían un plan para asegurar el rico comercio de pieles del valle del Ohío, y acelerar el desenvolvimiento del territorio que se extiende al otro lado del inmenso río, y se conoce con el nombre de "la parte del rey," para diferenciarlo de la parte de Virginia en la orilla oriental. Establecieron puestos de tráfico a intervalos regulares de ochenta o ciento sesenta kilómetros, y esperaban formar una cadena de colonias desde las costas del Atlántico remontando el Potómac y descendiendo el río Ohío.

Se ha sospechado que fué realmente una tentativa para probar los títulos de Inglaterra al disputado territorio, donde se dejaban sentir ciertas actividades francesas, más allá de los Alleghanies hacia las montañas Rocosas, incluyendo los vastos y fértiles valles del Ohío y del Misisipí.

Chrístopher Gist, el famoso colono y explorador, fué comisionado para examinar la

comarca, elegir sitios adecuados para establecer las colonias, y presentar un informe. Inició su jornada el primero de agosto de 1749, y, siguiendo un antiguo sendero indio que remontaba la margen del Potómac, se internó en la desconocida selva y ascendió el río hasta las vertientes; descendiendo luego el Ohío y el Kanawha, y atravesando secciones de territorio al otro lado del Ohío, regresó a su hogar a orillas del río Yadkin en North Carolina, a fines de mayo de 1740.

Poco después se dirigió a Wílliamsburg, Virginia, y presentó el informe de su viaje a la compañía. Satisfechos con el relato de sus aventuras, descubrimientos y negociaciones, los directores se prepararon a impulsar inmediatamente el movimiento; y, a despecho de las protestas o amenazas de Francia, Mr. Gist, con la sanción del cuerpo legislativo de Virginia, procedió el mismo año a deslindar el territorio a orillas del Ohío, descendiendo hasta el Kanawha.

Cuando estos trabajos se encontraban en plena actividad, falleció el honorable Thomas Lee, director gerente de la Ohío Company, recayendo la responsabilidad sobre el mayor Láwrence Wáshington, que le seguía en autoridad.

El mayor Wáshington padecía por aquel tiempo síntomas de grave extenuación. Nunca se había recobrado por completo de los efectos de la expedición a Cartagena, y había trabajado después con tal intensidad que agotó las fuerzas de su debilitada constitución. Por consejo de su médico emprendió el 28 de septiembre de 1751 un viaje a Barbados, isla situada al extremo sur de las Indias occidentales, próxima a Colombia, y más de dos mil cuatrocientos kilómetros al sudeste de Mount Vernon.

Acompañábalo su hermano George. Llegaron al punto de su destino el 3 de noviémbre. Era la primera vez que George Wáshington traspasaba en sus viajes las fronteras de los Estados Unidos. Contrajo allí las viruelas que echaron a perder su belleza para siempre.

Dos semanas de permanencia en la isla demostraron que Láwrence no encontraría allí alivio, y como último recurso decidieron pasar a las deliciosas playas de Bermuda.

George emprendió viaje de regreso a Mount Vernon para llevar a Bermuda a la esposa e hijita de Láwrence; pero antes de que pudiera realizar su propósito, recibió cartas de su hermano anunciando que regresaba inmediatamente a sus lares. "Como mi salud empeora, vuelvo apresuradamente a morir en mi hogar." Llegó a Mount Vernon en mayo, y el 26 de julio sucumbió víctima de la tuberculosis alos treinta y cuatro años de edad.

De sus cuatro hijos, sólo le sobrevivió Sárah, que entonces contaba pocos meses, y que murió poco después. Ann Fáirfax Wáshington, su viuda, casó dos años más tarde con el coronel George Lee.

En su testamento, fechado 29 de junio de 1752 y verificado en Fáirfax County el 26 de septiembre del mismo año, Láwrence Wáshington proveía ampliamente al sostenimiento de su mujer, y, descontando este legado, disponía que el total de sus bienes pasara a propiedad de su hijita pequeña; pero en el caso de que ésta falleciera sin descendencia, deberían repartirse los bienes entre sus hermanos. En caso de muerte de su esposa e hija legaba a su hermano George todas sus propiedades en Fáirfax County, incluyendo Mount Vernon y todas las mejoras establecidas, además de intereses en otras tierras; y nombraba a George uno de sus albaceas testamentarios. Cuando Sárah murió, algunos meses después, Mount Vernon, propiedad que comprendía entonces mil noventa hectáreas, pasó a manos de George Wáshington.

George había estado desde los dieciséis años con la familia de Láwrence Wáshington, quien hizo para con él durante cuatro años las veces de padre.

George Wáshington aprendió el arte de la agrimensura, fué nombrado agrimensor rural de Cúlpeper County, hizo la medición de muchos miles de hectáreas de terreno para Lord Fáirfax en sus arreglos con arrendatarios y compradores, había sido ayudante de Láwrence en negocios de la Ohío Company, y hacía apenas un año que había sucedido a Láwrence en su cargo de ayudante general del Northern Neck con el grado de mayor, a la edad de diecinueve años, recibiendo un sueldo de ciento cincuenta libras anuales en moneda de Virginia.

Láwrence Wáshington había comprado a los herederos de Spéncer ochenta hectáreas de terreno adyacente a Mount Vernon, de

manera que al tiempo de su muerte poseía mil noventa hectáreas en aquella area, además de muchos otros miles en diferentes condados. Al fallecimiento de Sárah Wáshington la propiedad de Mount Vernon recayó en George, con sujeción a la viudedad asignada a Mary Ball; pero aunque George contaba entonces solamente veintidós años, compró los derechos de la viuda cuando ésta contrajo matrimonio con George Lee, por el pago anual de doce mil libras de tabaco, o el precio equivalente en efectivo, que se comprometió a entregarle como pensión vitalicia.

Antes de llegar a su mayor edad, sin embargo, George Wáshington, "mi amado hermano," como lo llamaba Láwrence en su testamento, adquirió, además de sus títulos legales a las tierras legadas por su padre, aquella desde entonces magnífica propiedad en el Potómac, y poco después el derecho pleno e inmediato de posesión, convirtiéndose así desde su juventud en un magnate rural.

Tenía el joven ciento ochenta y cuatro centímetros de estatura, era fuerte, rubio y musculoso. Estaba acostumbrado a la vida penosa, enérgica y emprendedora, merced a las rudas faenas de la hacienda de su madre y a sus labores de agrimensura en los campos de la frontera. Era amigo de Lord Fáirfax, el propietario más importante de Virginia, y también de su primo y agente, el coronel Wílliam Fáirfax, lo mismo que del hijo de éste último, George Wílliam Fáirfax, el agrimensor, quienes compartían todos el cariño de Láwrence Wáshington por su joven hermano, y habían hecho y continuaron haciendo cuanto les era posible para hacerle prosperar en su carrera.

En 1749 conoció a Sally Cary Fáirfax, esposa de su amigo predilecto George Wílliam Fáirfax, sintiéndose poseído de admiración por este espléndido ornamento del sexo femenino que, según la costumbre virginiana, había llegado a ser su parienta por el hecho de haberse enlazado con el hermano de la mujer de su hermano Láwrence.

Ella se convirtió en la inspiración de sus energías intelectuales a los diecisiete años, enseñándole a leer y apreciar a Shákespeare, Áddison, Pope, *The Spectator*, y muchos otros libros que le eran familiares en la espléndida biblioteca de su padre en Ceely, a orillas del río James. Sally Cary Fáirfax, su hermana y sus amigos despertaron en Wáshington la afición por el arte dramático; y nos dice cómo ansiaba, si es que no llegó a realizarlo, representar el papel de Juba con su Marcia.

El joven castellano de Mount Vernon se dedicó entonces a sus deberes agrícolas y militares. Los primeros le dieron el hábito de madrugar, que conservó escrupulosamente toda su vida, desempañando la mitad de su diaria labor antes del desayuno. Los segundos le obligaron a recorrer en todas direcciones los vastos valles del Rappahánnock y el Potómac, haciéndole relacionarse con todos sus vecinos y acostumbrándole al dominio de sí mismo y a la cortesía. Era un caudillo local, tanto en razón de su puesto, como por haber sucedido a su hermano y a su padre, y pronto se desarrollaron en él cualidades que justificaban esta posición. Sus deberes militares y agrícolas le hacían mantenerse a caballo de cuatro a diez horas diarias, incrementando la energía y capacidad física y mental que siempre le distinguieron. Contribuyeron asimismo a desarrollar en George Wáshington esa cordura y cautela que se cuenta haber provocado la celosa cólera de John Adams cada vez que contemplaba siquiera el retrato que Stúart había pintado de su, por otra parte, reverenciado y temido predecesor.

El velar por los intereses de la Ohío Company era uno de los cargos legados por su hermano Láwrence; y no era extraño, en consecuencia, que George Wáshington se sintiera intensamente preocupado con respecto a la actitud que debía asumirse cuando llegaron informes de que los franceses amenazaban los puestos de tráfico de la compañía y alimentaban disturbios entre los indios que vivían entre el Blue Ridge y Lake Erie.

El teniente gobernador Dínwiddie, accionista de la Ohío Company y representante del rey en el Virginia, se echó a buscar, en octubre de 1753, un agente suficientemente atrevido para aventurarse en las montañas y llevar un mensaje al jefe francés, quien había penetrado en las selvas al sur de Lake Erie, dirigiéndose a la confluencia de los ríos Allegheny y Mononga-

hela con el designio de apoderarse de la importante posición conocida hoy como Píttsburgh.

Tanto el propio interés como el patriotismo y el espíritu de aventura impulsaron al mayor George Wáshington a ofrecerse espontáneamente para emprender la peligrosa jornada, a pesar de que sólo tenía entonces veintiún años de edad. No es de extrañarse que el viejo gobernador escocés, al darle sus instrucciones el 30 de octubre de 1753, comentara en su pintoresco lenguaje: "Esto es lo que se llama un mozo de empuje."

El relato de este viaje, desde Wílliamsburg hasta el fuerte francés al sur de la actual ciudad de Erie, en un crudo invierno, a través de seis cadenas de montañas, e internándose en selvas profundas, cruzando caudalosos ríos, en medio de indios hostiles y franceses enemigos, con sólo tres compañeros parte del tiempo y uno solamente al regreso, ha pasado a la historia.

La diplomacia, persistencia, prudente cautela y aguda observación del joven embajador; sus milagrosos escapes de muerte inminente en traicioneros asaltos e inundaciones; la precisión de sus notas; sus rápidas marchas, a despecho de la nieve, heladas, tempestades de lluvia y granizo, y otras terribles condiciones, pueden equipararse con los mayores esfuerzos en la escala militar o en cualquier otra aventurera empresa.

Su clásico informe de ocho mil palabras, escrito sin haber tomado descanso en las veinticuatro horas subsiguientes a su regreso a Wílliamsburg, el 16 de enero de 1754, por orden del gobernador Dínwiddie, publicado entonces allí por mandato del mismo y más tarde en Londres por orden del gobierno de la metrópoli la hizo famoso en este continente y en todas las cancillerías de Europa, formando la base de la declaración de guerra de Inglaterra contra Francia.

Durante aquel año y los cuatro subsiguientes, las funciones de Wáshington, aunque en tiempo de guerra, no eran principalmente militares. Era el jefe de las industrias bélicas en Virginia. Virtualmente era el intendente de su propio ejército. Hostigaba de continuo al gobernador, al consejo y a la House of Burgesses por provisiones, municiones, armas y dinero. Hacía numerosos viajes entre Fort Cúmberland y los Alleghanies, y Wílliamsburg, la capital de la colonia, y zahería a las autoridades, acusándolas de negligencia en sus cartas. El espíritu que desplegó y que lo animaba estaba inspirado en la guerra, pero también tenía en mira los intereses de la Ohío Company, a que nos hemos referido.

Tháckeray ha resumido ciertas consecuencias de la guerra francesa e india en forma que puede citarse aquí:

> Fué muy extraño que un joven oficial virginiano, disparando un tiro en cierta comarca salvaje de Pensilvania, iniciara una guerra que debía prolongarse sesenta años, que había de repercutir en toda la nación y pasar después a Europa, costar a Francia sus colonias americanas, arrebatarnos las nuestras, y crear la gran república occidental para admiración del Viejo Mundo y caracterización del Nuevo; y que entre los millones de seres empeñados en esta magna lucha, alcanzara el galardón supremo de la fama aquel que dió la señal con el primer disparo.

Así se combinaron la energía, el patriotismo y la gloria eterna.

Para estimular el alistamiento, que respondía lentamente a su convocatoria a las armas para esta guerra, Wáshington aconsejó al gobernador Dínwiddie que ofreciera una prima de enganche además de la escasa paga que Virginia asignaba ordinariamente a su milicia. Consecuentemente, en la primavera de 1754 Dínwiddie lanzó una proclama a nombre del rey, prometiendo a todos los que se alistaran al servicio de la colonia para rechazar a los franceses del territorio que los colonos consideraban propio—aunque después resultó formar parte de Pensilvania—ochenta mil hectáreas del terreno que esperaban conquistar, el cual se dividiría entre los oficiales y la tropa en proporción que más tarde habría de determinarse.

En 1759, terminada ya la guerra en Virginia, Wáshington, en su nombre y el de los hombres que habían adquirido títulos a la propiedad de aquella vasta extensión de territorio, asumió el cargo de depositario, para asegurar de una comunidad atareada y negligente el fiel cumplimiento de las promesas de Dínwiddie, confirmadas por ulterior proclama del rey.

Entre tanto, en marzo de 1758, en una de sus numerosas expediciones de Fort Cúmberland a Wílliamsburg en persecución del nervio de la guerra, conoció Wáshington a la viuda de Daniel Parke Custis, la bella Martha Dándridge Custis, con quien poco después se comprometió en matrimonio.

La única carta de aquella época que conservó ella, escrita en el campamento, revela los sentimientos de Wáshington, y dice así:

20 de julio de 1758.

Hemos comenzado la marcha siguiendo el Ohío. Va a salir un correo para Wílliamsburg, y aprovecho la oportunidad de enviar unas cuantas palabras a una cuya vida es ahora inseparable de la mía. Desde la hora feliz en que nos hicimos mutuas promesas, mis pensamientos han volado a ti continuamente como a otra parte de mi ser; que la omnipotente Providencia vele siempre por nosotros es la plegaria de tu eternamente fiel y cariñoso amigo,

GEORGE WÁSHINGTON.

En lo que llegó a convertirse en estas circunstancias su interés por Mrs. Fáirfax es "otra historia."

Wáshington presentó su dimisión del ejército después de la afortunada campaña contra Fort Duquesne, en cuyas ruinas plantó la bandera inglesa en noviembre de 1758; y en enero de 1759 se casó con la viuda en la White House, morada de seis chimeneas, donde residía ella, en New Kent County. Al casarse, entró de lleno en posesión de una familia que consistía en una linda chica de cuatro años, llamada Martha o "Patsy" Custis, y un travieso niño de seis, John Parke Custis, generalmente conocido por "Jack."

La propiedad del extinto coronel Custis era considerada como una de las más valiosas de Virginia. Desde hace largo tiempo no se ha sabido con certeza en qué consistía, porque los archivos del tribunal general de Ríchmond y otros documentos que daban luz acerca de esta materia fueron quemados después de la captura de esta ciudad a la terminación de la guerra civil, y los papeles de Wáshington concernientes a la distribución de los bienes parecen haberse perdido en el transcurso de los años.

"La cantidad que aportó la viuda a su matrimonio con Wáshington" ha sido por mucho tiempo tema de curiosidad, debate y conjeturas, y naturalmente la suma se ha aumentado en proporción. Nadie parece haber investigado cuidadosamente el asunto. Márshall, presidente de la Corte Suprema, y Wáshington Írving, en sus respectivas historias de la vida de Wáshington, están de acuerdo en que fué una cantidad considerable; y el segundo la estima en quince mil libras esterlinas, o setenta y cinco mil dólares, que según los valores modernos representarían una suma diez veces mayor.

George Wáshington Parke Custis asumía en sus *Recollections* que Wáshington recibió cien mil dólares de su mujer, versión que ha sido generalmente aceptada.

En el libro mayor "B" de Wáshington, que existe en la Library of Congress, figura una nota indicando que las cuentas que llevaba como tutor de los hijos de su mujer se encontrarían en "el librito de cubierta jaspeada" que usaba para presentar sus cuentas al tribunal general. Dicho libro ha desaparecido.

Cuando el autor de este artículo se interesó en el asunto, mientras preparaba un libro en que ha estado empeñado por cinco años y que publicará pronto con el título: *The Estate of George Washington Deceased* (Los bienes del extinto George Wáshington), le fué indispensable, como base de esta preparación, no sólo investigar los archivos referentes a la materia, sino estudiar retrospectivamente la vida de Wáshington para encontrar respuesta a la pregunta que se imponía a su atención a cada paso, y que indudablemente muchos de los lectores desearían ver contestada: "¿De dónde procedieron aquellos bienes?"

Tratando de averiguarlo, llevó a cabo un estudio minucioso, no sólo del asunto, sino también de todas las fuentes de donde se originara la valiosa propiedad de Wáshington, estimada en un millón de dólares. Los libros de caja de Wáshington, abiertos en la época en que contaba dieciocho años, en 1749, y terminados en 1792, están marcados respectivamente "A" y "B," y transfieren en seguida las cuentas a un tercero, marcado "C," que presumiblemente continuó hasta el tiempo de su muerte. Éste último, o bien fué destruído en el incendio de los archivos de Alexandria en 1859, que consumió muchos de sus documentos privados, o ha pasado a figurar en la colección de

alguien que no ha dado a la publicidad el hecho de contarlo entre sus curiosidades.

El libro "A," que comienza en diciembre de 1749, comprende un período de veintitrés años, terminando en 1772. Era un ponderoso volumen, forrado en cuero de chancho, y que encerraba cosa de cuatrocientas gruesas páginas.[5] Está rayado como un libro ordinario de caja, y las entradas figuran bajo el debe en la página de la izquierda, y el haber a la derecha. Ambas páginas llevan el mismo número, verbigracia, las primeras dos páginas fronterizas llevan el número uno, las siguientes el número dos, y así sucesivamente en todo el libro.

Después de una serie de páginas en que están anotados los ingresos y egresos de caja, aparece intercalada otra serie de cuentas de partida doble, como en el libro mayor, siguiendo la numeración de las páginas el estilo antes descrito. En seguida viene otra serie de entradas de caja, y luego nuevas páginas de cuentas de libro mayor: orden que persiste en todo el libro. Casi todas las palabras del libro ostentan la bella escritura de Wáshington, no tan redonda ni firme al principio como al fin, pero siempre cuidadosa y precisa.

Revisando el libro de caja en abril de 1918, me sorprendió no encontrar partida alguna concerniente a los bienes del coronel Custis o de sus hijos. Busqué entonces en las páginas del índice de la primera parte del libro, y encontré tres anotaciones marcadas del modo siguiente:

	PAGINA
Bienes del extinto coronel Custis	57
Custis, Miss Patsy.	59
Custis, John Parke.	64

Volviendo las páginas hasta llegar a la numeración indicada, observé que habían desaparecido aquellas hojas. Revisando las partidas de caja, había encontrado varias entradas anotadas a estas cuentas, pero no pude descubrir las correspondientes en el libro mayor.

Ocurrióme que había algún error en el índice, y me puse a examinar cuidadosamente cada una de las páginas del libro desde la 50 hasta la 65, dentro de las cuales debían figurar, según el índice, las cuentas de los Custis. Mi examen reveló tan sólo las irregularidades de numeración causadas por la pérdida de páginas: a la página 56 seguía la página 58, en vez de la 57; a la página 58 seguía la 60; y a la 63, la 65, sin que se diera exolicación alguna de las omisiones.

Palpando de nuevo la página 56 y asimismo la 58, que le seguía inmediatamente, observé que las hojas eran notablemente gruesas, y, poniéndolas contra la luz, descubrí que cada una de ellas tenía doble espesor, y que lo que aparentaba ser una hoja consistía en realidad de dos páginas pegadas la una contra la otra, de manera que las páginas 57 del debe y 57 del haber, lo mismo qua las correspondientes al 59, quedaban adheridas por dentro en el revés de las otras. Las entradas eran visibles a través del papel, y revelaban claramente la existencia de las cuentas. Igual procedimiento dejábase notar en la página 63, que precedía a la ausente compaginación del número 64. En este caso también las dos páginas siguientes estaban pegadas juntas, y contenían entradas visibles cuando el papel se ponía contra la luz.

Llamé la atención del empleado a cargo de la sección de manuscritos en la Library of Congress hacia la habilidad con que se habían pegado las páginas, logrando que dicha circunstancia escapara a la observación de los diversos letrados e investigadores del libro desde la muerte de Wáshington, entre los que se incluían Búshrod Wáshington, el presidente de la corte suprema Márshall, Járed Sparks, Wáshington Írving, J. M. Tóner y quizá centenares más.

La prolija labor del hombre encargado de reparar el libro en la Library of Congress hizo posible la revelación de su contenido después de someter las páginas a cierta preparación durante varios días.

El primer par contiene las cuentas de los "bienes del extinto Daniel P. Custis;" el siguiente, las cuentas de "Miss Patsy Custis;" y el último par revela las cuentas

[5]Después del descubrimiento arriba mencionado, se descuadernó el libro por orden de las autoridades de la Library of Congress y cada página ha sido cuidadosamente restaurada y montada de nuevo, archivándose el conjunto. La cubierta tambiên se ha preservado. Por consiguiente, al referirse al libro hay que hacerlo en pretérito, aunque virtualmente existe todavía. Planchas fotoestáticas, o de impresión fotográfica positiva directa, existen en la Massachusetts Historical Association Library de Boston.

de "Mr. John Parke Custis," todas en la escritura de Wáshington, y comenzando poco después de su matrimonio con la viuda.

La partida correspondiente a los "Bienes del extinto Daniel P. Custis," está cargada en la forma siguiente: "A la totalidad de la tercera parte correspondiente a mi esposa en sus bienes personales . . ." pero no figura la cantidad. Esta suma se ha verificado, sin embargo, por las entradas en las cuentas de los niños.

En la cuenta de "John Parke Custis" y "Miss Patsy Custis" figuraba como haber una "tercera parte de los bienes del extinto Daniel Parke Custis, según arreglo . . ." 1,617 libras esterlinas, 18 chelines, y en moneda corriente 7,618 libras, 7 chelines y 11½ peniques.

La libra virginiana valía solamente 3⅓ pesos españoles en libras esterlinas, en tanto que éstas se cotizaban a cinco duros españoles la libra, fijando el cambio de Londres estos valores.

Calculando sobre esta base las sumas abonadas a su haber, encontramos que cada uno de ellos recibió como herencia de su padre 8,090 dólares y cincuenta centavos en libras esterlinas, y 25,396 dólares y sesenta y cinco centavos en moneda de Virginia; partidas que sumadas dan una cifra total de 33,487 dólares y quince centavos. Mrs. Custis, la viuda, tenía derecho a recibir la misma cantidad, la cual pasó a poder de Wáshington como esposo suyo, de acuerdo con la ley existente que hacía de marido y mujer una sola persona, y *que dicha persona fuera el marido.*

En una palabra, Wáshington recibió a fuer de administrador de los bienes de su predecesor una suma total de cien mil dólares, parte en libras esterlinas y parte en moneda de Virginia.

Esto procura la prueba irrefutable de que se ha aplicado la historia de los tres cuervos a la herencia de Custis que el general recibió con la viuda, pues que la cifra verdadera asciende solamente a una tercera parte de lo que se ha supuesto, dejando a Wáshington el mérito de la magnífica propiedad, avaluada casi en un millón de dólares, que dejó a su muerte, y que su testamento adjudicaba a su esposa y a sus herederos.

La Ohío Company quedó virtualmente disuelta con la guerra francesa e india, y aunque Wáshington hizo esfuerzos para revivirla cuando se restableció al cabo la paz en 1763, prodújose un conflicto de aspiraciones con los esfuerzos similares realizados en Londres por Wálpole y otros, que evitaron que ninguno tuviera éxito, haciéndose enteramente fútiles en 1775 con el estallido de la revolución.

En el curso de sus trabajos de agrimensura, desde 1748 hasta 1750, Wáshington adquirió de Lord Fáirfax y del coronel Wílliam Fáirfax, parte en compensación de sus servicios y parte comprados con sus ahorros, vastos terrenos situados al este de la Blue Ridge y en el valle de Virginia. Empleó asimismo en tierras gran parte del dinero recibido de los Custis.

Wáshington fué elegido miembro de la House of Burgesses en 1759, poco después de su matrimonio, y desempeñó este puesto continuamente en representación de Fréderick o de Fáirfax hasta que fué nombrado delegado al primer congreso continental en 1774.

Los quince años de práctica legislativa y experiencia comercial que adquirió con tal motivo nunca han sido debidamente estudiados por sus biógrafos ni por los historiadores de su época. Tan sólo se alude a su relación con los propósitos de los Fáirfax y a su análoga oposición al impuesto y derechos sobre el te. Nos vemos reducidos simplemente a conjeturar lo que hizo día tras día y año tras año ya sea como miembro de la comisión y de la House of Burgesses como hombre público o particular, para desenvolver aquella exactitud y solidez de criterio que desplegó más tarde en asuntos nacionales, en la revolución, la constitución, la presidencia y la crisis con Francia.

Existen, sin embargo, datos referentes a sus labores de hombre de negocios, desde 1759 hasta 1774, años que comprenden su carrera como individuo particular y como legislador de Virginia, aunque muy poco de esto se haya mencionado en los libros.

He aquí algunos de estos datos:

En 1759 sucedió a su mujer en la administración de los bienes de Daniel Parke Custis, finado esposo de la viuda, fortuna consistente en cien mil dólares en metálico y valores, que pertenecían en igual proporción a su mujer y a sus dos hijos.

La sucedió asimismo en la tutela de la parte de dichos bienes perteneciente a los niños, cuyo valor duplicó en los diecisiete años de su administración.

Fué tutor y administrador de las dieciocho mil hectáreas de terrenos cultivados y salvajes que constituían la propiedad de "Jack" Custis. Estas tierras estaban diseminadas en media docena de comarcas situadas en las llanuras orientales de Virginia cerca del mar, cuya explotación se llevaba a cabo por medio de numerosos esclavos bajo la vigilancia de inspectores, o se repartían en lotes a diversos arrendatarios.

La explotación requería siembras, cultivo, cosechas, vigilancia, almacenaje, y luego embarque de los productos para ser vendidos en los mercados de Inglaterra y las Indias occidentales; debiéndose atender además a asegurar, cobrar y dar cuenta de su precio.

El resultado de los esfuerzos de Wáshington fué que el joven Custis llegó a ser a los veintiún años el mozo más rico de toda Virginia.

Los abogados de la viuda de Custis la habían aconsejado por escrito que, no hallándose en situación de hacerlo ella misma, buscara al hombre más capaz de la colonia para administrar sus vastas propiedades, si quería conservarlas; y que le pagara cualquier sueldo que dicha persona juzgara razonable pedir por tal servicio. Que ella procedió sabiamente decidiendo casarse con el joven coronel, y que el negocio le resultó espléndido, es la opinión de muchos otros además de Mr. Moncure D. Cónway, quien pone de relieve este punto en su libro *Barons of the Potomac*.

En adición a esto, administró Wáshington su propia hacienda de Mount Vernon, la cual engrandeció, durante los años de su juventud, desde mil noventa hasta tres mil doscientas hectáreas. Manejó el molino establecido por su padre; fundó pesqueras para la venta al por mayor en sus pertenencias de cerca de diez millas en las márgenes del río, rebosantes de sábalos y arenques; y envió anualmente harina y pescado salado a Inglaterra y a las Indias occidentales en cantidad cada vez mayor. Mantenía con gran utilidad propia y ventajas para el público un barco de pasaje a través del Potómac; construyó una aldea en Mount Vernon, y ensanchó la casa de hacienda al doble de su tamaño original. Estableció media docena de viviendas para sus esclavos en las diversas fincas de su propiedad, incrementó el número de éstos alquilándolos de sus vecinos, y atendió al bienestar de sus servidores con prudente cuidado y liberal disciplina. La ignorancia, tendencia a cimarronearse y la general inutilidad de los esclavos, lo mismo que el infortunado lugar que éstos ocupaban en la sociedad, constituían para él una fuente de ansiedad constante y anhelo concienzudo de devolverles sus franquicias, en armonía con lo cual su condición y la de la colonia mejoraron considerablemente.

En 1763 y los cinco años subsiguientes Wáshington administró la importante negociación del Dismal Swamp, que requería operaciones de desagüe y corta de madera en mil seiscientas hectáreas de terreno "esponjoso" en el agreste territorio situado al sur de Nórfolk, en Nánsemond County, Virginia. Fué necesario construir largas millas de canales, edificar depósitos y diques en Súffolk, fabricar campamentos y carreteras y atender al trabajo ordinario de la corta y embarque de madera en gran escala.

Wáshington dedicó a estas labores la mayor parte de seis años, durante los cuales actuó como director gerente de una compañía de doce "aventureros," de los cuales se conserva esta lista: Wílliam Nelson, Thomas Nelson, Róbert Búrwell, John Róbinson, George Wáshington, Thomas Wálker, Fíelding Lewis, Ánthony Bacon y Compañia, J. Syme, Samuel Gist, Róbert Túcker, y Wílliam Walters.

Posteriormente dirigió sus esfuerzos a la creación de la Mississippi Company, procurando obtener de la corona una concesión de varios millones de hectáreas de terreno en los valles del Ohío y del Misisipí. Fué administrador de la negociación a la que consagró sus mejores energías durante varios años. Solicitó la participación de sus amigos de Virginia, y luchó en vano por el favor real desde 1765 hasta 1772, en competencia con las influencias de Londres y de la corte. Por aquel tiempo la revolución destruyó todo rayo de esperanza en este sentido.

Durante todo el transcurso de los años de 1759 a 1772 se consagró Wáshington con

paciente esfuerzo a conseguir que el gobierno británico cumpliera las promesas del buen gobernador Dínwiddie de donar a los veteranos de Virginia en la guerra francesa e india ochenta mil hectáreas de territorio en aguas occidentales. Le costó trece años de gestiones el conseguir que se hiciera justicia. Habiéndose constituído con la aprobación general, naturalmente, el agente y depositario de sus soldados, adelantó el dinero necesario para los gastos de medición y distribución, y finalmente repartió el terreno entre los oficiales y soldados en la proporción debida, de tal manera que no existe memoria de queja alguna presentada por ellos o por sus herederos.[6]

Fáirfax County, Virginia,
24 de junio de 1771.

MUY SEÑOR MÍO:

Recibí oportunamente sus cartas del 15 de diciembre, de Georgia, y del 20 de abril, de Charles Town. En contestación sólo me cabe informar a usted que los avisos (aquellos a que usted se refiere) fueron publicados a consecuencia de instrucciones recibidas del anterior gobernador y del consejo, y que yo no tengo otra cosa que hacer en el asunto, sino recibir, y entregarles, las varias reclamaciones de los respectivos oficiales y soldados que se embarcaron al servicio de esta colonia el año 1774 (bajo la proclama del entonces vicegobernador, ofreciendo un premio de 200,000 acres de terreno a todos aquellos que se alistaran voluntariamente en una expedición a Ohío por ciertos fines) entre los cuales se contaba el hijo de usted, quien tiene derecho no sólo por la proclama, sino por su mérito y bravura, a una parte de terrateniente, la cual no dudo que él (si alguno de nosotros) ha de obtener, pues he presentado ya sus reclamaciones a este respecto.

Nada definitivo se ha determinado, sin embargo; en este punto se halla usted en iguales condiciones que los demás reclamantes, siempre que contribuya en la misma proporción a los gastos incidentales de la medición, etcétera, que ahora se lleva a cabo, y por la cual se ha acudido ya a todos los oficiales subalternos por la respectiva suma de seis libras y cuatro libras diez chelines en moneda corriente de esta colonia, con el objeto de proseguir los trabajos. Convendrá, por consiguiente, que dé usted su poder a alguna persona para proceder en su nombre, la cual debe estar provista de los medios de contribuir con su cuota pasada y futura, para adelantar el asunto que por su propia índole tiene que procurar molestias y gastos, y no conozco nadie más a propósito para servirle a usted en esta materia que el mismo que presentó primero su reclamación, es decir, Mr. Alexánder Craig, que es residente en Wílliamsburg, hombre de bello carácter, y que está en mejor posición para recibir instrucciones de usted, y comunicarle cualquiera información que necesite usted recibir, de lo que podría hacer yo o cualquiera otra persona a quien yo pudiera recomendar.

No será demás añadir para su ulterior satisfacción, que todas las reclamaciones se han presentado ya, y en consecuencia el valor de los terrenos y la proporción que ha de corresponder a cada uno de los oficiales se conocen ahora por completo, y que tropezamos con muchas dificultades y algunas incertidumbres antes de que nuestro derecho a esas tierras sea enteramente reconocido—tan poderosas son las solicitaciones de la gente influyente en la Gran Bretaña por las tierras del oeste, donde está situada nuestra concesión—y tal es la oposición que encontramos; sin embargo, es de esperarse que la justicia de nuestro derecho prevalecerá al cabo, y en este caso la propiedad valdrá la pena de haberse tomado la molestia y el gasto, aun cuando está bastante remota de la navegación.

Estoy muy reconocido por la favorable opinión que le place tener de mí. Espero poder merecerla siempre, y me subscribo,

De usted, señor,
Atento y obsecuente servidor,
GEORGE WÁSHINGTON.

A
John Polson, al presente en Jamaica; recomendada al cuidado de Mr. Hugh Polson, alguacil mayor de Kingstone.

[6] A este respecto se encontrará la ilustración de sus industriosos métodos en una carta, fechada junio 24 de 1771, de la cual existe copia en el archivo de manuscritos de la Library of Congress, y que transcribimos aquí después de corregida y completada según la carta original, que me fué mostrada por E. Byrne, de New Haven, Connécticut.

Wáshington recibió por su parte cuatro mil hectáreas de territorio, y compró mucho más, en mercado abierto, de aquellos que preferían un poco de dinero en metálico a terrenos eriales. En 1770 hizo el viaje al Ohío, seleccionando las tierras para él y sus soldados en las márgenes de este río y del Kanawha, y de otras corrientes propicias a la agricultura.

Hizo, además, que aquel año y los subsiguientes el coronel Wílliam Cráwford y su hermano Valentine obtuvieran para él diversas concesiones en Pensilvania y la actual West Virginia, hasta que dichas compras, unidas a sus propiedades de terrenos fértiles, ascendieron a veintiuna mil hectáreas de las mejores tierras bajas en el Ohío, el gran Kanawha y los pequeños ríos Miami, del mismo modo que en los Great Meadows—donde había cedido Fort Necessity—y una dilatada extensión de territorio en la ahora famosa región carbonífera de Cónnelsville. Adquirió también incidentalmente dos grandes haciendas en Máryland, y mientras se firmaba el tratado definitivo de paz con Inglaterra en 1783, compró en compañía del general George Clinton dos mil cuatrocientas hectáreas en el valle del Móhawk, cerca de Útica, Nueva York. Wáshington no tenía dinero disponible en aquel tiempo, pero Clinton le prestó dos mil quinientos dólares con este objeto, a cambio de un pagaré al siete por ciento de interés: suma que Wáshington devolvió prontamente, parte proveniente de la primera cosecha recogida después de la revolución, y parte del producto de ventas de terreno.

Fué labor de esta naturaleza la que ocupó los años de madurez del hombre más atareado y más importante de Virginia precisamente antes de la revolución. De esta manera entró en relaciones con sus vecinos y compatriotas. En razón de estas labores pacíficas y de sus magnas empresas de ingeniería aprendió a conocer las necesidades de las colonias y prever su porvenir Fué su poderosa visión la que hizo prácticas las posibilidades de expansión cuando quedaron eliminadas las amenazas francesa y española o se hicieron innocuas por la guerra de los Siete Años. Así fué cómo llegó a convertirse en el caudillo de Virginia, del sur de los Estados Unidos y, por último, de

las trece colonias, y cómo pudo sentir y conocer los derechos, los intereses y las aspiraciones de cada una de ellas.

Por consiguiente, cuando se produjo la rebelión contra el impuesto del te, contra el sello de la gabela, y sobrevinieron las matanzas de Boston, comprendió claramente que los derechos de los ingleses se infringían al mandato de un desequilibrado autócrata alemán, y rechazó por varios años la idea de separación de Inglaterra, insistiendo en la abrogación de las leyes inconstitucionales y en el retorno del parlamento y la corona a métodos más legítimos.

Cuando fallaron todas las protestas y se reunió el primer congreso continental en 1774, fué por estas razones, por esta experiencia en labores pacíficas y justos intereses, que Wáshington se destacó como eminente caudillo de la industria, y que Pátr ck Henry decía refiriéndose a los miembros del congreso:

> Si habláis de elocuencia, Mr. Rútledge, de South Carolina, es el mayor orador; pero si se trata de conocimientos sólidos y criterio cabal, el coronel Wáshington es el hombre más eminente de la sala.

Y en frase moderna, escrita por John Drínkwater para gloria del único hombre que se le compara:

> Cuando ensalzamos un gran talento
> Y celebramos clara visión,
> Cuando el mérito glorificamos,
> Sobre nosotros refleja la acción.



LA INFAME

POR

FLETA CÁMPBELL SPRÍNGER

Conmovedora historieta, por su realismo y por la lógica complicación de incidentes nacidos del aislamiento de dos seres, y que producen una situación pavorosa de la cual el instinto materno contribuye a salvar a la heroína, empujándola casi inconscientemente a acción rápida y eficaz. La autora maneja el tema con conocimiento del corazón humano, haciendo vivir al lector algunos de estos intensos instantes.—LA REDACCIÓN.

ÁYLING comprendió de pronto en el automóvil que era innecesaria toda esta prisa. Después de veinticinco años y de un largo y descansado viaje de regreso—hacía seis semanas que se había despedido de la India—esta precipitación del último minuto era ilógica, por decir lo menos, tanto más cuanto que nadie le aguardaba en Londres; nadie tenía siquiera noticia de su llegada. A decir verdad, quizá nadie tenía en Londres noticia de su existencia, salvo, tal vez, el empleado del club a quien había telegrafiado para que le reservara alojamiento.

La rigidez de su postura, inclinándose hacia adelante en el asiento, se le hizo penosa y absurda. Trató de arrellanarse, pero el esfuerzo no valía la pena, y volvió a erguirse, mirando hacia afuera.

Sí; la perspectiva era bastante familiar, pero familiar como aquellas viejas fotografías que carecen ya de significado. No le producía emoción alguna. Las cosas nuevas, los contornos inesperados se destacaban con mayor viveza, haciendo pesar sobre él la gigantesca y concentrada indiferencia de la gran ciudad. Sin embargo, esta cualidad era lo que más le agradaba de Londres. Le dejaba a sus anchas. La ciudad había sido para él—recordaba la florida frase de su juventud—un amigo soberbiamente indiferente. Quizá, pensó, cuando uno llega a los cincuenta, no le agrada tanto que lo dejen "a sus anchas;" no considera la indiferencia el atributo supremo de la amistad.

Sintió que le invadía una peculiar oleada de nostalgia por la India, de donde venía; pero sentirse nostálgico por la India era ridículo, puesto que precisamente había abandonado porque sentía la nostalgia de Inglaterra. Se había repetido a sí mismo, durante aquellos veinticinco años, que echaba de menos Inglaterra.

¡Y bien! Aquí estaba. ¡En la patria!

Era extraño que no hubiera pensado en los automóviles y la electricidad, y la diferenica que aquello representaría.

El taxi volteó súbitamente, haciendo jugar los frenos, y siguió la curva. Áyling reconoció la alta y familiar entrada del club. Algo había cambiado o se había reemplazado, pero Áyling no pudo recordar lo que era. El conductor abrió la portezuela, cogió la maleta de Áyling y la depositó con diestro movimiento en el umbral. Luego aguardó respetuosamente mientras éste buscaba en sus bolsillos alguna moneda suelta. Cuando la hubo recibido, saltó ágilmente a su asiento, oprimió el pedal, hizo maniobrar la palanca, retrocedió y giró, desapareciendo rápidamente tras de la esquina.

Áyling experimentó momentánea sorpresa en el despacho, observando que se le esperaba.

—¿Mr. Áyling? Sí, señor. Su habitación está lista, según creo.—El empleado hizo vibrar el botón de la campanilla, y comenzó a dar instrucciones acerca del equipaje de Mr. Áyling.

Áyling sentía la impresión de que debía preguntar por alguien, averiguar si alguno de los antiguos Socios se Encontraba en el club; pero mientras estaba allí no pudo recordar ningún nombre, con excepción de algunos transeuntes como él, que en aquel momento se encontraban en la India.

—¿Quiere usted subir, señor?

—Más tarde,—repuso Áyling.—Puede usted enviar mi equipaje arriba.—

Atravesó el vestíbulo y entró en el salón principal. Allí, como antes en la calle,

notaba principalmente los cambios: cortinas de dibujos en lugar de las antiguas de terciopelo rojo, la tapicería renovada en las viejas sillas y divanes. Personas extrañas ocupaban acá y allá los sitios favoritos, desconocidos que le miraban con discreta curiosidad y volvían luego a sus periódicos o a sus cigarros. Vagó por los diferentes salones, buscando—sin confesárselo del todo—algún rostro familiar, que no llegó a percibir. Aun las proporciones de los cuartos parecían cambiadas; apenas habría podido decir en qué forma; no mucho, ligeramente, aunque en conjunto el club era el mismo. Ciertos nombres comenzaron a acudir a su memoria; revivían los recuerdos, brotando de los rincones para saludarle a su paso. Estas reminiscencias principiaron a darle una sensación extraña de su propia irrealidad, como si él mismo fuera solamente una memoria desvanecida. . . . Volvióse bruscamente, se dirigió al despacho, y pidió que le mostraran su habitación. Pasó allí una hora removiéndose sin objeto, poniendo en orden sus cosas, matando el tiempo.

En seguida se vistió y bajó a una comida solitaria. Había gran movimiento en el club a aquella hora, entradas y salidas, en grupos de cuatro o cinco. Encontró una especie de doloroso placer en observar que los jóvenes se sentían allí mucho más en su casa que él. Y él se había sentido allí en su casa cuando ellos estaban aprendiendo a hacer sumas en la escuela.

Aquí y allá en las mesas veíanse hombres maduros, hombres de su misma edad, y reflexionó que quizá habría entre ellos algunos de los amigos de su juventud. Nunca podría reconocerlos ahora. Escudriñó sus rostros buscando algún rasgo familiar, trató de sorprender algún ademán que despertara sus recuerdos. Al cabo se dió por vencido. "¡Vieja ciudad," murmuró para sí mismo, "vieja ciudad, caramba, cómo me has olvidado!"

En la noche se fué solitario a un teatro, regresó al club atravesando las multitudes, y se metió inmediatamente en cama. Sintióse feliz de descubrir que estaba sumamente fatigado.

Al día siguiente se levantó tarde y no abandonó su cuarto hasta el mediodía, cuando bajó para almorzar a solas. Después del almuerzo se acercó a la ventanilla del despacho y preguntó al empleado por uno o dos de los antiguos miembros. El empleado buscó los nombres en el registro. Después de muchas investigaciones y alboroto, descubrió que uno de aquellos caballeros estaba en China, otro había muerto, y no pudo averiguar nada de un tercero acerca de quien preguntó asimismo Áyling. Éste salió y vagó un rato por las calles, pero tuvo que regresar pronto a su alojamiento a causa de la fría llovizna que súbitamente comenzó a caer.

SE INSTALÓ en una silla cerca de una ventana, sitio que en otro tiempo había gozado de su predilección. Recordó entonces la posición de cierto cordón de la campanilla, precisamente debajo de la cortina de la ventana. . . . Sí: allí estaba. Tiró el cordón, y acudió un criado, un criado estilo de John Bull, esférico, rubicundo, y con pequeños mechones blancos adornando sus mejillas. Áyling ordenó un *whiskey* con soda, y cuando se lo trajeron, preguntó al criado cuánto tiempo hacía que estaba al servicio del club.

—Treinta y cinco años, señor.—

Áyling miró atónito al viejo. —¿Se acuerda usted de mí?—preguntó.

El viejo criado, acostumbrado a recordar a primera vista en caso de recordar, miró de nuevo a Áyling. —Veo a tanta gente, señor . . . en este momento no podría decir. . . .

—Y probablemente me ha traído usted *whiskey* con soda a este mismo sitio un sinnúmero de veces,—dijo Áyling. —¿Cómo se llama usted?

—Chédsey, señor.

—El nombre parece familiar. . . . —Sacudió la cabeza. —¿Recuerda usted un Mr. Áyling . . . hace veinticinco o treinta años?

—¿Áyling, señor? Recuerdo que había un socio de ese nombre. . . . *Usted no es* Mr. Áyling, ¿verdad, señor?

—No nos lisonjeamos mucho el uno al otro, al parecer. Pero esto es privilegio de los viejos, supongo.

—Dispénseme usted señor. Lo siento mucho. Debía haberle recordado.

—Ambos llevamos máscaras, usted y yo, Chédsey.

—Temo que tenga usted razón, señor.—

Contempláronse el uno al otro estos dos: Chédsey, esférico y rubicundo, de pie, dominando a Áyling, alto y flaco, con finas arrugas al extremo de los ojos, y el cabello considerablemente encanecido; meditando ambos por qué los nombres han de durar más de lo que se conservan las personas.

Solamente cuando Áyling, entre los viejos amigos de quienes pedía noticias, mencionó casi inmediatamente a Lónsdale, tanto él como el criado exclamaron a una voz: "¡El mayor Lónsdale!" como si este nombre hubiera sido la llave que abría las puertas de sus recuerdos.

—¡Y usted es el joven Mr. Áyling! ¡Le recuerdo ahora perfectamente! —Chédsey estaba radiante. ¿Cómo era posible que dejara de acordarse de ninguno de aquellos alegres jóvenes amigos del mayor?

—Y ¿dónde está el mayor ahora?—preguntó Áyling.

—El mayor Lónsdale, señor, murió hace siete años. ¿No lo sabía usted?—

¡Lónsdale muerto! ¡Lónsdale desaparecido! ¡Un hombre que había iniciado una carrera tan brillante! Áyling se sintió viejo e inútil.

—¿Qué había sucedido?—preguntó. Y Chédsey, contento de hablar del mayor, le refirió que él había abandonado el club para ponerse al servicio del mayor Lónsdale cuando éste regresó de la guerra bóer; que posteriormente las cosas no habían ido muy bien para el mayor; perdió dinero; cómo, Chédsey no lo sabía, pero dió a comprender que había sido una desgracia que el mayor no pudo evitar. Al cabo se vió forzado a desprenderse de su casa, y Chédsey regresó al club. Algunos años después el mayor fué súbitamente atacado de neumonía, y murió. ¿Conoció Mr. Áyling a la esposa del mayor?

—Sí;—dijo Áyling. —¿Qué se hizo de Mrs. Lónsdale?

—Está aquí en Londres, señor.

—¿No tenían hijos, una niñita?—inquirió Áyling.

—¡Ah, Miss Peggy, señor! —Era evidente que "Miss Peggy" era uno de los entusiasmos de Chédsey. Una señorita ahora . . . que pronto debía casarse con un distinguido joven de una de las mejores familias escocesas. . . . Algún día tendrá un título. . . . Su retrato salió recientemente en el *Sketch* . . . quizá podría encontrarlo para Mr. Áyling.

—No importa,—dijo Áyling, que por el momento no pensaba en Miss Peggy, sino en sus padres, el joven mayor Harry Lónsdale y su linda mujercita. La recordaba como era cuando se casó . . . el mayor la llamaba Bessie . . . una graciosa y fresca criatura de cabello castaño y ojos obscuros de reflejos dorados, que ya desde entonces era una encantadora ama de casa en la hermosa y antigua mansión que Harry Lónsdale había heredado de su padre.

—Viven ahora en Cámbridge Terrace,—seguía diciendo Chédsey. —¿Querría Mr. Áyling tomar la dirección ?—

Áyling escribió la dirección que Chédsey le daba, y la puso en su bolsillo sin idea definida, salvo que algún día, si la oportunidad se presentaba, podría presentar sus respetos en obsequio a la antigua amistad.

Preguntó por otros amigos, Cárrington, Farnsby, Blake. Muertos, todos ellos . . . Farnsby solamente la primavera anterior. ¿Perseguía la suerte en particular a sus amigos? Pero todos estos hombres, reflexionó, eran mayores que él. Con todo, recordó las palabras de su médico: "El hombre tiene la edad de sus arterias. Usted ha permanecido demasiado tiempo por acá. Sea usted razonable Áyling. . . . Váyase a su tierra . . . distráigase . . . descanse. Así vivirá usted mucho todavía. . . ."

Una semana después, Áyling entraba a una casilla de teléfono, buscaba en el libro el número de Mrs. Lónsdale, y llamaba a su dirección. No había contado con la soledad.

A LOS cuarenta y cinco años Bessie Lónsdale se encontraba frente a una de aquellas universales experiencias que invariablemente nos producen, como individuos, tan intenso sentimiento de sorpresa. Realizada la obra a que por tan largo tiempo había consagrado todas sus energías, descubría súbitamente que esta obra había absorbido su personalidad entera; que nada quedaba de ella misma después de haberla cumplido. Y la conciencia de haber llegado exactamente a un

punto donde muchas otras la habían sin duda precedido no hacía sino aumentar lo bizarro de su impresión.

Hacía una semana que había enviado a su hija, de veinte años, al norte de Escocia a pasar un mes con la familia en que iba a entrar por su matrimonio. Nunca le había parecido Peggy tan hechicera como cuando se despidió de ella aquel día en la estación, esbelta, fragante, de ojos luminosos, y con talante de patricia, a la verdad, en su elegante chaqueta de piel de marta (cortada del lujoso abrigo de marta que había formado parte del ajuar de boda de su madre), con un ramillete de violetas en el ojal. Y Bessie Lónsdale había observado con orgullo y sin el menor destello de celos la admiración reflejada en los ojos de la aristocrática vieja dama, de rostro algo austero, que iba a ser madre política de Peggy, y quien, de acuerdo con las tradiciones de intachable corrección escocesa, había hecho el viaje desde Londres para llevarla consigo.

—No me gusta dejarte sola,—había dicho Peggy, cuando se besaban mutuamente a la despedida. —Te vas a entristecer.—

Y su madre, acariciando la satinada mejilla, había replicado:

—Procuraré aprovechar todos los minutos de soledad. Me propongo darme un buen descanso y entablar amistades conmigo misma.—

Cuando, poco después, les enviaba sus adioses mientras el tren se arrastraba lentamente abandonando la estación, Bessie Lónsdale se volvió lanzando un hondo e involuntario suspiro, un suspiro de gratitud y alivio.

¡Al fin Peggy estaba en salvo! Su felicidad y su porvenir estaban asegurados. Todos esos años de esperar y mantenerse firme llegaban ahora a una feliz conclusión. Desde la temprana muerte de su marido, Bessie Lónsdale había concentrado su vida entera en el porvenir de su hija. Poseía solamente unas cuantas libras anuales, resto del naufragio de los negocios de su marido; pero se había señalado un rumbo, y como quien navega en círculo por puro placer, había salvado rocas y escollos. Jamás había pedido dinero prestado; jamás había hecho alusión alguna a su situación; jamás había sido considerada como parienta pobre, ni se había hablado de ella como patética o "valerosa." Su pequeña habitación era una maravilla. Era asombrosa la manera en que se había arreglado para reunir tal sencillez, comodidad tan palpable y atmósfera tan placentera. Había realizado mucho con muy poco, y, sin embargo, no se echaba de ver en su morada aquella falta de serenidad que se observa en las habitaciones de tantas mujeres de escasa fortuna. Había allí espacio, reposo, alegría, aun cierto aire de lujo. Era el hogar de una mujer distinguida, que podía hacer lucir las cosas más de lo que valen. Aun se había permitido recibir de vez en cuando, más a menudo en los últimos tiempos, cuando Peggy había terminado su educación; pero esto a costa de muchas economías en el lado conveniente, y muchos despilfarros cuando algún objeto los justificaba.

Llámese a esto "trepar" socialmente si se quiere, y dar valor indebido a las cosas. Bessie Lónsdale no se preocupaba de definiciones sutiles. Estaba demasiado entregada a su obra. No era tan joven ni tan hipócrita como para pretender que esos valores debían despreciarse. Había hecho solamente lo que toda madre desea realizar: servir de guía y protectora a su hija y prepararle el porvenir; pero lo había llevado a cabo más eficazmente que muchas; tenía, quizá, mayores aptitudes, o se había consagrado más intensamente a su obra. Y el mérito de su hazaña consistía en el arte con que había ocultado toda traza de esfuerzo y de tensión. La misma Peggy se habría echado a reír ante la idea de que su madre hubiera tenido alguna participación en sus amores con Ándrew McCrae. Creía que por pura liberalidad de la suerte ocurría que el joven Ándrew McCrae, además de haberse enamorado de ella ardientemente, como saben hacerlo los escoceses, fuera heredero de una de las fortunas más sólidas en todo el norte y estuviera destinado a ostentar un título algún día. . . .

Por esto había lanzado Bessie Lónsdale su hondo suspiro de tranquilidad, regresando en seguida a su morada. Y porque deseaba realmente encontrarse sola había enviado a su única y fiel criada a hacer una visita, largo tiempo pospuesta, a sus parientes campesinos. Luego, se sentó a

descansar, y a "entablar amistades consigo misma." Y pasados dos días había hecho su descubrimiento. No existía "ella" individualmente. Había sido la madre de Peggy, desde que Bessie Lónsdale, como entidad separada, había cesado de existir.

Hacia el fin de la semana fué cuando Áyling llamó por teléfono. Y a pesar de que siempre había evitado ella visitas incidentales de conocidos, se sorprendió invitando a Áyling, a quien no había visto hacía veinticinco años, y a quien había tratado sólo superficialmente entonces, a venir a tomar el te a las cinco. Al separarse del teléfono comprendió que había procedido así porque la voz de Áyling venía de esos tiempos lejanos en que ella no se había convertido aún en la madre de Peggy, y porque tenía cierta vaga esperanza de que él podía contribuir a evocar de nuevo parte del antiguo ser desvanecido.

Pensando en ello, sentíase algo perturbada tratando de inquirir el sentimiento que había impulsado a Áyling a buscarla. Harry y él, ¿habían sido acaso íntimos amigos?

Llegó exactamente a las cinco. Salúdaronse a la puerta con súbita e inesperada efusión. Y mientras él estrechaba su mano, diciendo el placer tan grande que era encontrarla después de tanto tiempo, y ella decía cuán agradable era *verle*, qué amable de su parte el venir a buscarla, pensaba él dentro de sí que la habría reconocido por los reflejos dorados de sus obscuros ojos, y ella pensaba: "Es viejo, más viejo que yo . . . debe ser de la misma edad que Harry tendría ahora. . . ."

—De manera que ha vuelto usted a la patria,—dijo ella. —¿Piensa permanecer?

—Sí; siempre pasa lo mismo. Todos ansiamos allá volver a Inglaterra.

—Así lo imagino. —Retrocedió un paso, invitándole a entrar con ademán hospitalario.

No habían mencionado al finado mayor, ni habían hecho alusión a los años transcurridos desde que se vieron por última vez, y sin embargo, de improviso y sin deliberación, ambos esquivaron la mirada para prevenir que brotaran en sus ojos lágrimas absurdas: desastre casi inconcebible, mas por el momento palpablemente inminente.

Con todo, ninguno de ellos pensaba en el mayor Lónsdale, ni en cosa tan lamentable como la muerte: pensaban en aquellas terríficas arrugas alrededor de los ojos, y en las líneas de las mejillas que nunca más habrían de desaparecer: y algo se desvaneció dentro de su ser, se deshizo, inundándolos de lágrimas internas que no debían verter.

Ella extendió la mano para recibir el sombrero y el bastón de Áyling. Por un instante sintieron ambos honda confusión, y mientras él se despojaba del abrigo preguntábase cada cual si el otro lo habría notado.

Áyling se volvió y tropezó desmañadamente con un escabel, y ambos se echaron a reír, lo cual les dió oportunidad para recobrarse de la emoción.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, en realidad?—preguntó ella, sentándose frente a él al lado del fuego.

—Veinticinco años. —Sonrió, sacudiendo la cabeza. —¡Veinticinco años!

—¡Debe usted sentirse como el hijo pródigo!

—No hasta que llegué a la casa de usted hace un momento, no en verdad.— Y luego, sin darse cuenta de lo que decía, añadió: —Usted es la única persona que conozco en Londres.—

Era la primera de muchas cosas que se había prometido no decir. Fué también la primera de muchas tardes en que estuvieron juntos al lado del fuego en el encantador saloncito—de aquella alegre llama que combatía de manera tan eficaz la tristeza y el frío de las recientes lluvias de invierno en Londres—y tomaron el te, y conversaron en el tono ligero y ameno de antiguos amigos; aunque no eran amigos a causa del pasado, sino a causa del presente y de su mutua necesidad. No hablaron de aislamiento; quizá era una palabra que a ambos asustaba.

Cuando hablaban de su marido, de la vieja casa y de los viejos días, Bessie sentíase retroceder, tomar forma de nuevo, brotar del pasado. Áyling se decía a sí mismo que podía hablar con Bessie Lónsdale de cosas que jamás habría podido hablar con ningún otro, porque ambos habían tenido tantas impresiones en común. Desde el principio experimentó Áyling la sensación de que tanto Bessie Lónsdale como él habían estado ausentes durante todos aquellos años, y acababan de regresar a Londres

de nuevo. Se lo dijo así al despedirse aquella primera tarde, y ella había contestado sonriendo: —Siento la misma impresión exactamente. . . . Me parece haber estado fuera y haber regresado, y apenas sé ahora por donde comenzar.—

Más tarde comprendió él a lo que ella se refería. Una o dos veces encontró allí algunos amigos de Bessie, que venían a preguntar si había recibido noticias de Peggy: gente que hablaba de cuánto echaban de menos a Peggy, del tiempo en que regresaría a la casa, de su próxima boda; y una de ellos comentaba el vacío del hogar con la ausencia de Peggy, y cuán solitaria debía sentirse esta querida Mrs. Lónsdale mientras Peggy estaba fuera.

—Aparentemente soy la única persona en Londres que no echa de menos a Peggy, —díjole él cierto día. Los obscuros ojos de reflejos dorados le miraron detenidamente un instante, iluminándose luego con una sonrisa, porque ella sabía que él había comprendido. No hubo necesidad de decírselo, porque él lo adivinó por sí solo. Del mismo modo no necesitó él decirla todo lo que le había significado el encontrarla en Londres.

Entre tanto, el frío incesante y la humedad del tiempo no habían sido benéficos para la salud de Áyling. Su sangre se había adelgazado a consecuencia de los largos años del sol de la India, y le era difícil resistir el clima. La niebla era peor todavía que el frío, y aunque había creído que jamás echaría de menos el sol, después de su permanencia en la India, lo deseaba ahora intensamente, hasta el punto de convertirse en pura necesidad física. Por primera vez en su vida comenzaba a sentir que envejecía. O quizá, se preguntaba, ¿era únicamente que ahora tenía tiempo de pensar en tales cosas? Bessie Lónsdale lo observó pronto, porque su mirada era viva y penetrante, y porque hacía largo tiempo que había adquirido el hábito de vigilancia materna. —Es este malhadado clima de Londres,—dijo;—¡lo sé muy bien!— Y le hizo prometer que saldría al campo por una semana, donde pudiera encontrar por lo menos algunas vislumbres de sol. Él recordaba cierto hotel en Hómebury Saint Mary, donde había pasado un verano cuando era niño; y fué allí, sin otra razón que sus recuerdos de mucho sol, donde decidió ir; "a mediados de la semana entrante," había dicho, "cuando Peggy regrese a la casa."

Varias veces habían hablado de su regreso, y él había confesado que iba a sentirse de más, fuera de lugar, cuando Peggy volviera. Su confesión había agradado a Bessie, aunque apenas supiera por qué. Ella misma había tenido en cierto modo la misma impresión, de que cuando Peggy regresara . . . bueno, la atmósfera sería diferente.

Esperaba ahora diariamente una carta que dijera el tren en que Peggy debía llegar. En lugar de eso llegó el martes una carta de Lady McCrae, pidiendo que les permitieran "retener a nuestra querida Peggy diez días más." La inclemencia del tiempo había obligado a los jóvenes a quedarse en casa, y se habían prorrogado muchas excursiones que proyectaban hacer. En su majestuoso estilo decía muchas cosas muy agradables para el corazón de una madre, y Mrs. Lónsdale no pudo hacer otra cosa que contestar dando su consentimiento.

Escrita la carta y despachada al correo, Bessie comenzó a sentirse peculiarmente melancólica, y vagaba por las habitaciones, consciente al fin de lo mucho que había extrañado las risas de Peggy, su alegría y sus ligeros y juveniles movimientos. La semana que debía transcurrir antes de su regreso le aparecía más larga que todo el tiempo que su hija había estado fuera.

Aquella tarde participó a Áyling las nuevas, pero sólo cuando hubo terminado recordó que él también iba a marcharse. Hasta entonces no había comprendido cuánto le significaba su compañía.

—¡No sé cómo voy a pasar esta semana! —dijo. —Después de todo, la he extrañado más de lo que pensaba.—

Ocurrió a Áyling que allí delante de él, con la carta de Lady McCrae en la mano, tenía exactamente el aire de una chiquilla a quien se va a dejar sola.

Acudióle de pronto una idea:—¡Mire, Bessie; véngase conmigo a Hómebury Saint Mary! Le hará a usted un bien indecible.—

La clase de amistad que les unía era aparente en la sencillez con que hizo la propuesta, en la absoluta naturalidad con que ella la escuchó.

—¡Sería encantador!—exclamó.

—Véngase, entonces. Nada tiene usted aquí que la obligue a quedarse; el campo es precisamente lo que usted necesita.—

Ella no respondió inmediatamente, sino que se mantuvo un momento silenciosa, mirando a un lado, y con una pequeña arruga entre las cejas. Pensaba cuán absurdo era poner objeciones y cuán igualmente absurdo parecía decir que sí. ¡Era tan agradable tener alguien que pensara en ella como en sí mismo, como Dick Áyling parecía haber pensado desde el principio!

Luego, bruscamente, aceptó su sencilla proposición. —Iré,—dijo.

—¡Espléndido! Voy a mandar un telegrama pidiendo una habitación para usted. . . . ¿Cuándo estará usted lista?—agregó.

—Hoy mismo . . . esta tarde. ¡Vámonos antes de que descubra yo todas las razones que podrían prevenirlo! No lo molestaré con mucho equipaje . . . mi maleta grande será suficiente.

—¡Magnífico! Voy a averiguar la hora de los trenes.—

Y de pronto, como dos chiquillos, sintiéronse ambos extraordinariamente alegres ante la perspectiva que se les presentaba; ¡una semana de vacaciones!

Él se dirigió al teléfono, y poco después volvió con la información: —Hay un tren a las dos y cuarenta. ¿Podrá usted alistarse para alcanzarlo?—

Ella miró al reloj de la chimenea. —Lo alcanzaremos,—afirmó.

Áyling estaba poniéndose el abrigo. —Voy al club, entonces, a sacar mis cosas, y volveré por usted a las dos y quince.—

Salió apresuradamente, casi olvidando ambos el despedirse, y ella pasó a su dormitorio para empaquetar lo necesario.

Cuando a las dos y quince en punto hacía Áyling resonar el timbre, aguardaba ya ella con el sombrero y los guantes puestos, y exclamó: —¡Lista!—mientras el conductor del taxi subía tras de Áyling por el equipaje. . . .

LA PRIMAVERA había salido a su encuentro en Hómebury Saint Mary. Así se decía Bessie Lónsdale a sí misma al despertar en su cuarto adornado a la antigua con cortinas de zaraza. El sol resplandecía en las ventanas, el aire era tibio y embalsamado, y, enderezándose sobre el codo, descubrió en una pequeña vuelta sombreada del jardín que se divisaba afuera, una débil mancha de césped anidado en la obscura y húmeda tierra.

Levantóse, y tocó la campanilla llamando a la criada, que se presentó muy pronto, sonriente, en la blanca cofia que encuadraba sus rosadas mejillas. Tomó café y bollos, con la rica crema campesina, mientras se vestía. Su cuarto daba directamente al jardín; y Bessie, calzada con gruesas botas, y vestida con un traje de calle y con un sombrerito de suave fieltro verde, salió de la habitación. Áyling, que evidentemente se había levantado temprano, vino hacia ella blandiendo una gran vara recién cortada en los bosques que se extendían más allá del jardín. Le dió la voz desde lejos:

—¡Ya lo ve usted! ¡El sol *brilla* efectivamente en Hómebury Saint Mary!— Y como si en su gratitud por aquel glorioso día quisiera mostrarse benigno para con el resto del mundo, añadió, acercándose: —Tal vez brilla en Londres también.

—¿Londres?—exclamó ella. —¿Londres? ¡No existe semejante lugar!

—¿Está usted contenta de haber venido? —preguntó.

—¡Contenta!—Su tono lo decía bastante.

—Ese sombrerito verde es un encanto,—dijo él, haciéndole una pequeña reverencia.

—Me alegro de que le guste,—replicó, riéndose. —Y esa vara es magnífica.—

Él la mostró con orgullo. —Una obra de arte,—dijo. —Hice una igual el verano que estuve aquí cuando tenía doce años. Esta mañana me acordé al despertar, y salí para buscar ésta.—

Ella la admiró con detenimiento, especialmente las iniciales recortadas en la obscura corteza, pero sugirió ciertos embellecimientos en el puño.

—¡Caramba, tiene usted razón!—admitió, poniéndose a la obra con su cuchillo.

Eran como dos muchachos escapados de la escuela. Toda la mañana vagaron en el campo, explorando las pequeñas sendas que conducían a las amarillentas colinas, regresando hambrientos al mediodía para almorzar en el reducido comedor del hotel, y separándose después en el corredor para

ir a sus respectivas habitaciones a descansar y a leer. A las cuatro, Áyling vino a tocarle la puerta para avisarle que había en la sala un "absolutamente enorme te."

Aquella noche, ante un hermoso fuego en la chimenea del salón, se sorprendieron mutuamente bostezando a las nueve y media, y en seguida se dieron las buenas noches.

El día había sido tan delicioso que al siguiente se encontraron siguiendo igual rutina. Y lo mismo sucedió al otro día y al siguiente. Bessie Lónsdale no había sentido por muchos años tanta paz y tanta fortaleza. En los paseos matinales que emprendían juntos mostraba ella mucho más vigor que él. El aire vivificante la electrizaba, haciéndole sentir la impresión de que podría caminar eternamente en medio de las encantadoras y onduladas colinas. En cierta ocasión caminaba y caminaba, cada vez más rápidamente, con la cara levantada de frente a la suave brisa que venía desde el mar, sin notar cuánto había apresurado el paso. De pronto, volviéndose para preguntar algo a Áyling que marchaba a su lado, la palidez del rostro de su compañero la detuvo instantáneamente.

—¡Oh, cómo lo siento! Perdóneme usted,—dijo.

Él sonrió con cierta cortedad, y aguardó un momento para recobrar la respiración antes de contestar: —Es culpa del viento; sopla con demasiada fuerza.—

Y ella no dijo más por no causarle mayor embarazo, pero en lo sucesivo ajustó su paso al de Áyling, sin perdonarse nunca su falta de previsión, eligiendo las vueltas y recodos más llanos en vez de las sendas ascendentes de las colinas.

Durante cinco hermosos días primaverales pasaron las mañanas al aire libre, en el sol, almorzaron, separáronse hasta la hora del te, se reunieron de nuevo para la comida, y se dieron las buenas noches a una hora absurdamente temprana. Y ninguno de ellos podía decir si se divertían o interesaban mutuamente o si buscaban simplemente el consuelo de la compañía recíproca. Quizá sentían las tres cosas. A todo evento, era un idilio de índole especial, y de atractivo más íntimo que muchos otros idilios menos platónicos.

En la mañana del sexto día, al salir al jardín como de costumbre, observó Bessie Lónsdale que el cielo estaba cubierto de ligeros vellones de nubes. La temperatura era suave, empero; y ella vagó en torno por media hora antes de que le ocurriera que quizá Áyling estaba aguardándola dentro de la casa. Fué a buscarle, pero no le encontró por ninguna parte, y decidió que había dormido más de lo acostumbrado. Esperó hasta las once, y luego salió a pasear sola. No gozó del paseo, sin embargo, porque estaba inquieta por Áyling: temía que estuviera enfermo. Se esforzó en caminar un poco, pero al llegar a la segunda vuelta del camino, volvióse bruscamente y regresó al hotel. Áyling no parecía por ninguna parte. No estaba en el jardín; no estaba en el comedor. Subió a su habitación y cogió un libro, pero no podía leer. Entonces salió al corredor en busca de alguien a quien pudiera preguntar; pero nadie había visible.

La entrada del cuarto de Áyling daba a la pequeña sala general al extremo del corredor. Avanzó hasta llegar al saloncito, donde penetró, manteniéndose silenciosa y tratando de escuchar algún ruido tras de la puerta de Áyling. El silencio parecía aumentar en torno suyo; invadía la sala, se extendía por toda la casa. Entonces, impulsada por este silencio, alargó la mano y golpeó suavemente a la puerta. No hubo respuesta. Repitió su llamada, una, dos veces, y solamente este penetrante silencio la respondía. Cogió la manecilla y la hizo girar sin ruido; la puerta se abrió, y ella entró en el cuarto. El lecho estaba al frente, y allí yacía Áyling tendido de costado. Antes siquiera de ver su rostro, su propio corazón la dijo que estaba muerto. . . . Yacía en serenidad completa, como si la muerte le hubiera sobrevenido en medio de su sueño.

Por un momento Bessie Lónsdale se sintió desfallecer. En seguida, empujada por la fuerza de una emoción que parecía posesionarse de ella desde el exterior, emoción que no podía definir, pero que era tan irresistible como el silencio que antes la había impulsado, retrocedió paso a paso, sin ruido; cerró la puerta tras sí, y retrocediendo todavía sin producir el menor sonido, quedó inmóvil en medio del salon-

cito. Entonces aquel extraño terror premonitorio—no sabía ella qué cosa—aquella sensación que parecía viajar hacia ella desde inmensa distancia, se concentró súbitamente en un solo nombre: "¡Peggy!" Confundidas, en vertiginoso torbellino, las ideas indirectas que acompañaban al nombre se apoderaron de su mente, de su cuerpo, de su voluntad. *Peggy estaba amenazada.* . . . ¡Con lo que había ocurrido la felicidad de Peggy podía quedar destruída! En un relámpago vió toda la historia . . . los crudos hechos publicados en los periódicos—como indudablemente sucedería—o repetidos por la maledicencia, regocijada de escándalo semejante: ella, la madre de Peggy . . . y Ríchard Áyling juntos en un hotel aislado . . . el repentino y sensacional descubrimiento de la muerte de Áyling. . . . Veía la faz austera de Lady McCrae . . . los azules ojos acusadores de Ándrew McCrae . . . y el rostro trastornado de Peggy.

Trató de rehacerse, de pensar; sus pensamientos no eran ideas razonadas, sino nociones inconexas, flotantes, sueltas. . . .

De pronto, por alguna extraña alquimia de su mente, tres ideas se destacaron con claridad. Tomaron forma como tres proposiciones de un simple silogismo.

Nada podía hacer ahora por Ríchard Áyling. . . . Nadie sabía que ella hubiera estado allí. . . . Un tren pasaba al mediodía por Hómebury Saint Mary en dirección a Londres.

Todos los años de abnegación materna de Bessie Lónsdale le ordenaban actuar. Sus nervios solamente parecían escuchar y obedecer. Era como una persona hipnotizada, a quien se hubiera ordenado con gran detalle y precisión lo que debía hacer.

Cautelosamente salió de la habitación, siguiendo el largo corredor. Una vez en su aposento arrojó en una maleta las ropas diseminadas, barrió los objetos del tocador, y echó una mirada al espejo, encontrando con estupor que tenía puestos el abrigo y el sombrero. Luego, salió por la puerta que conducía al jardín, torció rápidamente a la derecha, y escapó a gran velocidad, sin sensación alguna de que sus pies tocaban la tierra. Un tren, cuyo silbato resonó a la distancia, apareció a la vista. Ella corrió a compás del tren, llegando a la estación en el momento preciso en que el convoy se detenía. El guardia tomó su maleta, y ella se lanzó a la portezuela. No encontraba extraño el haber llegado a la estación en el minuto mismo en que arribaba el tren. Parecía lo más natural . . . en perfecto acuerdo con su plan. . . .

A las tres y diecisiete minutos Bessie Lónsdale entró precipitadamente en una casilla de teléfono en la estación de Victoria, y llamó a una amiga, invitándola a que viniera a tomar el te con ella. Tomó luego un taxi, que despidió a una cuadra de distancia de su casa, entró a una pastelería, compró algunos pastas, y cinco minutos después quitábase el sombrero y el abrigo en su propio aposento.

Actuaba rápida, automáticamente, sin apariencia alguna de esfuerzo, como si obedeciera todavía a hipnóticos mandatos. A las cuatro, un hermoso fuego resplandecía en la chimenea del salón, lanzando alegres y temblorosos reflejos sobre los accesorios de plata del te, sobre el lustre pulido de la caoba recién sacudida; veíanse libros arrojados al descuido acá y allá, una revista ilustrada de fecha reciente abierta como si alguien acabara de dejarla; y Bessie Lónsdale ataviada de un traje de crespón de seda azul, recibía a su visitante. No era ésta una amiga íntima, sino una conocida a quien Bessie no veía a menudo: una cierta Mrs. Dówney, a quien agradaba hablar de sí misma y de sus propios asuntos. Bessie Lónsdale no sabía por qué la había escogido. Su cerebro había trabajado sin dirección, independiente de su voluntad. Nunca habría podido ella encaminarlo tan bien.

Ahora mismo, cuando la hubo hecho pasar y se escuchaba a sí misma diciendo frases fáciles, amistosas, banales, no tenía la sensación de decirlas ella conscientemente. Brotaban espontáneamente de sus labios. No oía nada de lo que decía Mrs. Dówney, y, sin embargo, le respondía. Más tarde, al servir el te a su huésped, recordó haber oído decir en cierta ocasión a Mrs. Dówney: "Dos trocitos de azúcar y nada de crema." Sirvióle dos trozos, y se sorprendió de la exclamación de su amiga: "¡Querida mía, qué buena memoria!" . . . Nunca supo si Mrs. Dówney habló de una o de varias cosas aquella tarde. Sólo cier-

tas palabras, frases incompletas, ademanes, se fijaron en su mente para no desaparecer jamás. Parecía haberse dividido en dos seres diferentes, ninguno de ellos completo. . . . Uno, el más intenso de los dos, estaba en Hómebury Saint Mary, contemplando el rostro inerte, inmóvil, de Áyling; y este ser estaba lleno de una piedad, un remordimiento, una ternura, que hacían daño. El otro ser estaba allí, vestido de un traje de crespón azul, tomando te, y expresándose en una voz que ella escuchaba vagamente en tranquila conversación, como si nada hubiera sucedido, como si sintiera apenas un poco de soledad y de vacío. . . .

De súbito algo pasó en el aposento, una vibración que pareció despertar a Bessie Lónsdale en medio de la irrealidad de un sueño. Tuvo necesidad de apelar a toda su fuerza de voluntad para dominarse.

Sonriendo, Mrs. Dówney decía en tono ordinario: —Llaman al teléfono.—

Bessie Lónsdale se levantó y atravesó el cuarto, tomó el receptor, dijo: "Sí;" y quedó aguardando.

Una voz masculina se dejó oír a través del alambre. —Desearía hablar con Mrs. Lónsdale, hágame el favor.

—Yo soy Mrs. Lónsdale,—contestó ella, en voz suave y tranquila. Su voz estaba perfectamente tranquila porque su voluntad la había abandonado de nuevo. Sólo su cerebro funcionaba, clara, independientemente.

—¡Ah, Mrs. Lónsdale! Habla Mr. Burke, Mr. Franklin Burke, del Cosmos Club. Estoy tratando de ponerme en contacto con los amigos de Mr. Ríchard Áyling, y un individuo llamado Chédsey, que según creo estuvo algún tiempo al servicio de ustedes, me dice que Mr. Áyling es un antiguo amigo de la familia.

—Sí;—dijo ella,—somos antiguos amigos.

—Usted sabrá entonces, presumo, que Mr. Áyling había salido . . . al campo hace pocos días.

—Sí;—repitió Bessie,—sé que no se sentía muy bien y que salió de la ciudad por una semana. . . . ¿Ha . . . pasado algo? —Los latidos de su corazón resonaban con fuerza en sus oídos.

—Siento mucho ser el portador de malas nuevas, Mrs. Lónsdale, pero me veo obligado a decirle que hemos recibido en el club un mensaje telefónico avisando que . . . espero que no la afectará demasiado . . . que Mr. Áyling falleció hoy en un hotel donde se había alojado, en Hómebury Saint Mary, creo.—

La voz era suave y apesarada. Bessie Lónsdale vaciló perceptiblemente, y la voz volvió a repetir en el teléfono: —Siento mucho, muchísimo, darle a usted la noticia de esta manera. . . .—

Y ella se escuchó contestar: —Naturalmente . . . es una impresión bastante desagradable. . . .

—Lo comprendo perfectamente, en verdad.—

De nuevo escuchó ella el timbre de su voz como si perteneciera a alguna otra persona: —Supongo que sería del corazón.

—¿Estaba enfermo del corazón?

—Sí; lo tenía afectado hace algunos años.

—Desearía saber, Mrs. Lónsdale, si puedo solicitar de usted un favor. Usted sabe, naturalmente, que Mr. Áyling tenía pocos amigos íntimos en Londres; a decir verdad, usted es la única de quien hemos podido tener noticia en este corto tiempo. Por esta razón me permito pedirle que se sirva recibirme esta tarde; usted comprenderá que hay que llenar ciertos requisitos, informaciones necesarias, que sólo un antiguo amigo de Mr. Áyling podría facilitar . . . y que no podemos obtener de otra manera. . . .

—Lo comprendo perfectamente.

—¿Podrá usted recibirme, entonces?

—Indudablemente. . . . —Era imposible decir otra cosa.

NUNCA supo cómo se deshizo de su visitante, qué explicaciones dió, ni cómo se despidió de ella en el preciso momento en que llegaba el anciano Mr. Burke, de manera que fué indispensable presentarlos. Debió dar alguna explicación adecuada, sin embargo, porque las últimas palabras de Mrs. Dówney, en presencia de Mr. Burke, fueron: —Es siempre muy doloroso, en mi opinión, perder uno de los amigos verdaderamente *antiguos*.—

Mr. Burke pasó al salón. Fué muy correcto, muy amable. Suplicó a Mrs. Lónsdale que se sirviera creer que le era sumamente sensible venir a verla con moti-

vo tan lamentable; que solamente lo hacía obligado por la necesidad, y porque ella era la única persona a quien podían acudir. Añadió que había conocido a su esposo, el mayor Lónsdale, y esperaba que, por consiguiente, no le considerase del todo como a un extraño.

Ella le oía como quien escucha una música lejana, de que sólo llegan los ecos y las partes culminantes. Hízole algunas preguntas, y ella tuvo la conciencia de que las contestaba. —¿Cuánto tiempo había conocido a Mr. Áyling?— Él y su marido habían sido amigos de la infancia; ella le conoció al tiempo de su matrimonio con el mayor Lónsdale. —¿Había continuado la amistad durante todos estos años? —No; nada había sabido de Mr. Áyling desde la muerte de su marido; sabía que estaba en la India; renovaron la amistad hacía poco tiempo, cuando él regresó a Inglaterra. —¡Ah! Probablemente, entonces, ¿ella no sabría nada de las relaciones que Mr. Áyling pudiera tener? —En este punto Mr. Burke cambió de posición, tosió ligeramente, y dijo:

—Le dirijo estas preguntas, Mrs. Lónsdale, a causa de un . . . puedo decir . . . un elemento muy infortunado en conexión con el caso. Parece que había una mujer con Mr. Áyling en el hotel de Hómebury Saint Mary.—

Bessie Lónsdale quedó en expectativa, sin saber de qué. Parecíale que habían transcurrido varios minutos antes de que la voz de Mr. Burke, sentado allí en su actitud de grave simpatía, prosiguiera:

—Tan sólo me he permitido mencionar esto a usted, Mrs. Lónsdale, porque con toda probabilidad tendrá que ser conocido al llenarse ciertas formalidades. . . .

—¿Formalidades?—cortó ella severamente.

—Es natural que se lleve a cabo una investigación . . . una pesquisa . . . las formalidades de costumbre. Me he puesto en comunicación telefónica con el despacho del *coroner*,[1] y le he prometido que iría yo mismo a Hómebury Saint Mary esta tarde. Él estaba fuera en otro caso, y no llegará allá hasta las seis. Entre tanto, haremos lo que se pueda. Será indispensable hacer un esfuerzo para descubrir a la mujer.—

Bessie Lónsdale debió lanzar alguna exclamación involuntaria, cuyo significado interpretó Mr. Burke a su manera, porque cambió de entonación al decir:

—Temo mucho, querida Mrs. Lónsdale, que esa mujer, quienquiera que sea, era bastante infame, porque . . . huyó.

—¿Huyó?—repitió ella.

Él asintió con la cabeza.—Desapareció.—

No supo ella qué expresión asumió su rostro, que le impulsó a decir: —No me extraña que esto la afecte tanto; a mí mismo me hizo gran impresión. Las mujeres no hacen estas cosas a menudo. . . .—

Ella sentía ansias de gritar que estas cosas no suceden a menudo a las mujeres, pero él seguía ya el curso de su razonamiento. Habíase levantado, y paseaba lentamente de arriba abajo delante del mortecino fuego, denostando con su voz incisiva, deliberada, refinada, a la mujer que había sido lo suficientemente cobarde para abandonar a un moribundo. —Aun cuando no hubiera sentido por él una afección seria, aun cuando nada se le diera de él, si éste fuera el caso, parece que la simple decencia. . . . Esto arroja, francamente, una luz muy desagradable sobre el asunto. . . . Áyling era un caballero, y—usted me perdonará el decirlo, estoy seguro—precisamente la clase de gente digna de quien se abusa, y que más fácilmente se deja arrastrar a una complicación desgraciada.—

Ella hubiera querido detenerlo, gritar, protestar; pero sus palabras eran como golpes físicos que la aturdían y la dejaban impotente para expresarse. Sentía que si él continuaba en este tono, perdería toda conciencia de sí misma. Ahora mismo sólo escuchaba fragmentos de frases.

De pronto hirió sus oídos la palabra "publicidad." Él se había detenido ante ella, contemplándola.

—Creo, Mrs. Lónsdale, que lo que todos deseamos—es decir, nosotros en el club, y usted como amiga suya—es hacer lo posible para evitar un escándalo innecesario en conexión con la muerte del pobre Áyling. Es lo menos que podemos hacer por su memoria.

[1]Empleado oficial cuyo deber es indagar las causas de las muertes repentinas y violentas, con presencia indispensable del cadáver.—La Redacción.

—¡Sí!—exclamó ella, asiéndose con frenesí a una paja. —¡Sí; esto a cualquier costo!

—¿Estaría usted dispuesta a secundarnos?

—¡Sí; haré cuanto sea posible! Pero, ¿en qué forma puedo ayudar?—

La deliberación del hombre era enloquecedora. —Según parece, es usted la única persona—por lo menos la única a quien podamos acudir—que haya tenido conocimiento de la afección al corazón de Mr. Áyling. Usted puede asegurar, ¿no es cierto, que él sufría de una enfermedad seria al corazón?

—Vino de la India por esta causa.

—Muy bien, entonces. El médico a quien llamaron diagnosticó lo mismo. Creo que juntos podremos obviar la necesidad de una investigación demasiado pública; en todo caso, trataremos de conseguirlo. Debe procurarse esto, naturalmente, antes de que comience la pesquisa oficial. Por consiguiente, si quiere usted venir conmigo esta tarde, en mi automóvil. . . .

—¿Ir con usted? ¿Adónde?

—Al hotel, a Hómebury,—explicó.

¡Estaba cogida . . . cogida! Lo comprendió súbitamente, pero demasiado tarde, porque ya había protestado violentamente: —¡Oh, no puedo . . . yo no puedo hacer eso!—

Mr. Burke la miró. En pie delante de ella, aparecía como la encarnación del destino. . . . Estaba cogida. . . . No había forma de escapar, y repentinamente se dió cuenta de que se había levantado y decía: —¡Dispénseme usted! Por cierto que le acompañaré.

—Comprendo muy bien,—dijo Mr. Burke,—que uno se haga atrás para esta clase de cosas.—

Ella no sabía lo que iba a hacer. Solamente comprendía que, por lo menos esta vez, no le era posible resistirse. Tuvo de nuevo la sensación de hablar y moverse automáticamente, de decisiones que se formaban por sí mismas sin el concurso de su voluntad.

Preguntó a qué hora deseaba él partir; y Mr. Burke, consultando su reloj, declaró que debían salir inmediatamente; su automóvil esperaba en la calle, puesto que él había proyectado dirigirse a Hómebury tan pronto como terminara de hablar con ella. Bessie pidió permiso por un momento, y pasó a su habitación. No se cambió el vestido, sino que se puso un largo y pesado abrigo, su sombrero, su velo y los guantes, y se aseguró de que tenía su llave en la bolsa de mano. En seguida salió, y dijo que estaba lista para el viaje. Él la felicitó sonriendo por el corto tiempo que había empleado, mientras ella se preguntaba si habría notado su vacilación anterior. Bajaron juntos las escaleras. En la curva de la entrada había un *chauffeur* de pie junto a un automóvil, dentro del cual la instaló cómodamente Mr. Burke con la mayor consideración. Dió luego sus instrucciones al *chauffeur*, y la siguió dentro del vehìculo.

Entonces comenzó para Bessie Lónsdale un fantástico viaje, en que se sentía como arrastrada en las impasibles alas del destino mismo, hacia el escenario de donde había huído pocas horas antes.

No tenía idea alguna del drama que se iba a representar, de lo que la aguardaba allí o de lo que intentaba hacer. Su imaginación rehusaba afrontar la situación; y, cosa extraña, parecía casi descansar, recostada en los mullidos cojines, descansar hasta el momento en que necesitaría apelar a toda su fuerza. Sabía solamente que llegado el tiempo de actuar, habría de hacerlo.

Era curioso que sus pensamientos no volaran a Peggy. Sucedíale como al amante a quien se ha señalado una tarea hercúlea, y que no puede siquiera pensar en la amada hasta después de haberla cumplido.

Mr. Burke, sentado a su lado, parecía comprender que ella no deseaba conversar. Quizá si pensaba en otras cosas; después de todo, no había sido amigo de Ríchard Áyling; cumplía solamente un deber de humanidad.

Pasaban largos trechos en que ella no distinguía nada a los lados del camino, y otros, en que todo—casas, árboles y objetos de toda clase—se destacaban con intenso relieve y como amplificados. . . .

—Temo,—dijo la voz de Mr. Burke,—que nos va a tomar una tempestad.—

Bessie Lónsdale levantó la cabeza y observó que aquellos vellones de nubes

ligeramente grises que había notado en el cielo aquella mañana temprano mientras aguardaba a Áyling en el jardín del hotel, y que habían continuado acumulándose durante todo el día, se extendían ahora negros y amenazantes sobre su cabeza.

De pronto, se desató la tempestad; el camino se convirtió en torrentes. El viento cambió, arrojando grandes ráfagas de lluvia dentro del carruaje. El *chauffeur* se volvió, preguntando si debería detenerse para correr las cortinas. Mr. Burke dijo que no, que siguiera adelante, que podían soportarlo, y que era demasiado violento para durar mucho tiempo. Trató, entre tanto, de poner él mismo las cortinas, y Bessie le ayudó. Fué inútil, sin embargo; estaban empapándose, y el viento arrebataba las cortinas de entre sus manos. Mr. Burke se inclinó y dió la voz al *chauffeur* preguntando si había en las cercanías algún lugar donde pudieran acogerse.

—Hay una hostería a cosa de un kilómetro de distancia. ¿Me dirijo allá?

—Inmediatamente.—

Poco después corría el automóvil entre los reflejos de luz que partían de las iluminadas ventanas del mesón. Una media docena de vehículos estaban ya alineados delante de la puerta. Abandonaron el automóvil, y corrieron juntos a refugiarse en la hostería.

Adentro, el pequeño salón público estaba casi del todo lleno. La gente estaba agrupada en torno de las mesas, ordenando comestibles y refrescos, y haciendo frente al mal tiempo lo mejor posible. Mr. Burke y Bessie Lónsdale eligieron una mesita, algo separada de las otras, en una esquina. El atareado propietario se acercó ágilmente y tomó sus abrigos para hacerlos secar al fuego de la cocina. Llegó luego una alegre y empapada partida de seis, quienes con grandes risotadas pusieron juntas las dos últimas mesas vacantes, y se colocaron cerca de ellos, de manera que ya no se encontraron en un rincón aislado.

Pasados algunos momentos entró, casi empujado a través de la puerta por una violenta racha de viento y de lluvia, un individuo de corta estatura, grueso y encarnado, quien, una vez que el propietario le hubo aliviado del abrigo y del sombrero, quedó mirando en torno en busca de algún asiento libre. El mesonero se acercó a la mesa donde estaban Mrs. Lónsdale y Mr. Burke.

—Lo siento mucho, señor,—dijo;—pero es el único sitio que queda.

—¿Me permiten ustedes?—preguntó el desconocido, y ante la inclinación y sonrisa de Mrs. Lónsdale y el asentimiento de Mr. Burke, acercó una silla y se sentó a la mesa. Los dos hombres conversaron naturalmente de la violencia con que había estallado la tempestad, de la buena suerte de haber encontrado cerca un lugar donde asilarse.

Bessie Lónsdale sentíase contenta de que alguien hubiera venido a sentarse a la mesa, de oír que Mr. Burke y el desconocido entablaban fácil y casual conversación de hombres. Ello la libertaría de la necesidad de hablar; le daría tiempo de concentrar sus pensamientos; parecíale vagamente que le habían concedido un respiro. De pronto, la voz de Mr. Burke interrumpió su meditación, dirigiéndose a ella:

—¡Qué coincidencia tan singular, Mrs. Lónsdale! ¡Este caballero es Mr. Ford, el *coroner*, también de camino a Hómebury!—

El desconocido se puso de pie, inclinándose y contestando la presentación de Mr. Burke. Bessie Lónsdale tuvo la sensación de aguas que se cerraran sobre su cabeza; y, sin embargo, se inclinó también y contestó a su vez la presentación de Mr. Burke. Tuvo la vívida impresión de la luz que reflejaba desde lo alto sobre el cabello gris rojizo de Mr. Ford, mientras éste ocupaba de nuevo su asiento; de Mr. Burke diciendo algo acerca "del caso," y de que Mrs. Lónsdale era antigua amiga del difunto; de cómo había sido tan bondadosa para ofrecer espontáneamente cualquiera información que pudiera poseer en conexión con el caso, y de cómo este encuentro era "la más afortunada coincidencia."

Mr. Ford manifestó que tal era también su opinión. Irían juntos a Hómebury, añadió, tan pronto como la tempestad hubiera pasado.

—Supongo,—observó, inclinándose un poco hacia adelante con aire confidencial,—que Mrs. Lónsdale está al corriente del . . . peculiar elemento. . . .

—La mujer . . . sí;—dijo Mr. Burke. Y Bessie Lónsdale inclinó la cabeza y afirmó:

—Ya lo sé.

—Y ¿tiene usted idea de quién pueda ser?—

Ella tuvo apenas que hacer un signo negativo, porque Mr. Burke, con atenta consideración, anticipó la respuesta:

—Desgraciadamente, Mr. Ford, nadie parece tener la menor noción de su identidad. Mrs. Lónsdale, sin embargo, se halla en el caso de esclarecer un punto que, imagino, puede hacer menos importante de lo que a primera vista parece, la identidad de esa mujer. Mrs. Lónsdale tenía conocimiento hace tiempo de la seria condición del corazón de Mr. Áyling. A causa de esta afección, me ha dicho ella, Mr. Áyling se vió precisado a regresar de la India. El testimonio de Mrs. Lónsdale, unido a la declaración del médico a quien se llamó para verificar la causa del fallecimiento, deja muy pocas dudas de que se tratara simplemente de un ataque al corazón.—

Mr. Ford meneó la cabeza repetidas veces. —Así parece,—dijo;—sí, así parece.— Detúvose en sus movimientos, y quedó inmóvil un instante, como si pensara en otra cosa. —Si tal fuera el caso,—exclamó,—¡qué infame, en nombre del cielo, qué infame ha sido esa mujer!

—Creo que infame fué precisamente el calificativo que yo usé,—dijo Mr. Burke.

Y Bessie Lónsdale escuchó por segunda vez aquel día dos voces ahora que, en lugar de una, se alzaban para denostar a una mujer que, a medida que hablaban, tomaba cuerpo y parecía casi tan real como ella misma.

Tuvo de nuevo la sensación de palabras que caían sobre ella como otros tantos golpes que se sentía impotente para resistir. Como sucede con el dolor físico, perdió toda conciencia del tiempo. . . .

—Con todo,—declaró Mr. Ford, golpeando la mesa con aire de finalidad legal,—si Mrs. Lónsdale viene ahora con nosotros . . . la tempestad parece haber cedido . . . veremos lo que se pueda hacer. —Irguióse en la silla, como preparándose a levantarse.

A este movimiento, Bessie Lónsdale pareció quedar rígida en su asiento.

—Esperen.—

Mr. Burke y Mr. Ford volvieron la cabeza, sorprendidos por la extrañeza de su tono. Aguardaron que ella hablara.

—Yo no puedo ir.

—¿No puede usted ir?—repitieron a una voz. —¿Por qué no?

—Porque,—dijo ella,—yo soy la mujer de quien han estado ustedes hablando hace un momento.—

Por un instante quedaron los tres en completa inmovilidad. Luego, lentamente, Mr. Burke y Mr. Ford volvieron la cabeza para mirarse el uno al otro, como tratando de darse cuenta de lo que habían oído. Mr. Burke colocó una mano sobre el brazo de Bessie Lónsdale que descansaba sobre la mesa, y habló con gran gentileza en verdad:

—Mi querida Mrs. Lónsdale, eso es imposible.

—¿Imposible?—dijo ella pasándose la mano delante de los ojos;—¿imposible?

—Indudablemente, Mrs. Lónsdale.—Hablaba dando razones, como si fuera ella una criatura. —No puede haber sido usted. —Volvióse ahora para incluir a Mr. Ford, que miraba a ambos de hito en hito. —Yo mismo di a Mrs. Lónsdale por teléfono la noticia de la muerte de Mr. Áyling. Ella estaba en su casa, en Cámbridge Terrace, tomando el te tranquilamente con una amiga; la amiga estaba allí todavía cuando yo llegué. Usted había estado en Londres todo el día.

—No;—dijo ella. —No, Mr. Burke.

—Creo,—dijo Mr. Ford, también con mucha gentileza en verdad,—que Mrs. Lónsdale probablemente trata de escudar a alguien.—

Hasta aquel momento Bessie Lónsdale no había tenido plan definido. Solamente sabía que no le era posible ir a Hómebury Saint Mary, donde la habrían reconocido. Pero algo en la hipótesis de Mr. Ford—en el tono, quizá más que en las palabras—la hizo decir mirando alternativamente a uno y otro de estos hombres, hasta hace poco desconocidos para ella:

¡No sé . . . no sé si podría yo hacerles comprender!—

Ellos le suplicaron creer que era lo que deseaban con mayor ardor.

—Lo hice . . . —se detuvo, haciendo luego un esfuerzo para continuar. —Lo hice . . . a causa de mi hija.—

Penetrada de la verdad de sus palabras no echó de ver siquiera, en la expresión es-

candalizada del rostro de sus oyentes, el horror de lo que creían que ella confesaba, y la razón aparentemente obvia a que su mente les había arrastrado.

Mr. Burke extendió de nuevo la mano hasta colocarla sobre el brazo de Bessie, que tembló ligeramente a este contacto. —Mrs. Lónsdale,—dijo, hablando esta vez todavía con mayor suavidad, pero con más énfasis que antes,—¿está usted *segura* de que desea decirlo?

—No;—dijo Bessie Lónsdale;—pero tengo que hacerlo, ¿no lo comprende usted?—

Mr. Ford se removió en su asiento, y habló con voz reservada, judicialmente: —Me parece que hemos avanzado tanto, que sería mejor tal vez que Mrs. Lónsdale nos dijera aquí lo que tiene que comunicar.—

Mr. Burke asintió, y ambos la miraron ansiosamente.

—¿Y bien, Mrs. Lónsdale?—dijo Mr. Ford.

Por un instante los obscuros ojos de reflejos dorados parecieron buscar algún contacto humano que ella en su vaguedad daba muestras de haber perdido. Y luego comenzó por el principio: el compromiso matrimonial de su hija con el joven Ándrew McCrae, su dicha, la seguridad de su porvenir. . . . Y quietamente, tan sólo de vez en cuando con ligera tensión del cuerpo y de la voz, les refirió exactamente cuanto había sucedido, sin excusas ni adornos. Obedeció a un solo impulso, que trataba de hacerles comprender: la seguridad de su hija.

Y ellos aguardaron, atentos y pacientes, que se descubriera el motivo, que se revelara el principio de la complicación entre su hija y Ríchard Áyling, que, a su entender, debía constituir el punto culminante del relato.

Y a medida que avanzaba la historia su estupor aumentaba, porque, al parecer, la hija de Bessie Lónsdale jamás había tenido siquiera noticia de la existencia del hombre que yacía muerto en el hotel de Hómebury. La madre insistía particularmente en esto.

Ellos pensaban que retrasaba esta confesión hasta el momento en que por fuerza debiera brotar de sus labios; mas la historia proseguía; Bessie Lónsdale la relataba paso a paso, explicando cada una de las horas transcurridas.

Esperaban que aludiera al estado del corazón de Áyling. Tampoco hizo mención de ello, excepto para decir, llegado el momento de relatar su descubrimiento, que no había recordado antes esta circunstancia; que aun al abrir la puerta del cuarto no pensó directamente en su dolencia; y sólo cuando le vió allí tendido y apaciblemente muerto, recordó el peligro en que había vivido de continuo. Parecía ofrecerlo como prueba de la súbita y terrible impresión que sufrió, y como disculpa de su conducta posterior.

Lenta, gradualmente, a medida que escuchaban su narración y que la luz se hacía respecto de sus omisiones, comenzaron los oyentes a vislumbrar que Bessie Lónsdale refería la verdad absoluta, y que a favor de esta verdad trataba de impugnar *algo*, pero no lo que ellos habían pensado.

Detúvose ella en el momento de relatar su fuga, procurando, aunque con escasas esperanzas, hacerles comprender el verdadero sentimiento que le había impulsado. Habló del inflexible honor de los McCrae, del gran respeto que generación tras generación habían consagrado a su nombre. Luego, de súbito, como si percibiera la imposibilidad absoluta de lograr que comprendieran su situación, pareció abandonar con un gesto abstracciones y obscuridades y encontrar en el fondo de su corazón de madre las simples y decisivas palabras:

—¿No lo comprenden?—dijo. —Yo no había pensado en lo que mi estadía allí, en el mismo hotel con Mr. Áyling podría hacer creer . . . y de pronto, todo se presentó cruelmente a mi imaginación. El asunto entero, la manera en que el mundo lo interpretaría, cómo aparecería ante los ojos de la familia del prometido de mi hija . . . que ello pudiera significar la ruptura de su compromiso . . . la ruina de su felicidad futura . . . ¿no lo ven ustedes? . . . Yo no pensé en que era "una infame" . . . ¡solamente pensé en mi hija!—

Ambos hombres lanzaron una sorda exclamación, como si algo les hubiera herido. Por su expresión podía creerse que la mujer era la acusadora y ellos los acusados.

—¡Oh, mi querida Mrs. Lónsdale! . . .

—comenzaron al mismo tiempo, pero ella los detuvo con un gesto de su mano.

—No les reprocho,—dijo,—no les reprocho a ustedes. *Fuí,* en verdad, una infame por haber huído, pero simplemente no pensé en mí misma.—

Su tono, su dulzura, eran la prueba más convincente. Sólo los inocentes perdonan con tanta benignidad.

—Y ahora,—continuó diciendo con voz terriblemente fatigada,—lo he dicho todo. ¿Quieren ustedes que les acompañe? Ya no llueve.

—Quizá sería conveniente, Mr. Ford, . . . —comenzó Mr. Burke. Cambiaron una mirada en que había interrogación y asentimiento.

—Si usted viene conmigo en mi automóvil, Mr. Burke,—dijo Mr. Ford,—creo que su *chauffeur* podría llevar a Mrs. Lónsdale a su casa. No es necesario que ella aparezca en el caso.—

La gratitud de Bessie Lónsdale no pudo expresarse en palabras; quedó perdida en el estupor del primer momento. No había esperado que pudieran creer su relato. Ni aun ante sus propios oídos había parecido adecuado.

—Imagino,—dijo Mr. Burke, viendo que ella quedaba silenciosa por tan largo espacio,—que Mrs. Lónsdale no tiene idea de la gravedad de la acusación a que ha escapado.

—¿Acusación?—repitió ella,— . . . ¿acusación? . . . —y sin más palabras, Bessie Lónsdale desfalleció en su asiento. Y al perder los sentidos oyó, vagamente y a la distancia, la voz de Mr. Ford que replicaba:

—Eso mismo . . . el hecho de que *no tuviera* idea de ello . . . y eso solamente, ha permitido que escapara.

—¡ESTOY perfectamente segura,—decía Peggy Lónsdale a su regreso el sábado por la tarde,—de que te has pasado unos días de lo más monótonos!— Recorría el departamento, sin haberse despojado todavía de su atavío de viaje, y se detuvo un momento para sentarse en el brazo del sillón que ocupaba su madre. —¡En fin, querida mamá, siquiera no tenías que pensar en mí! ¡Esto habrá sido un descanso!—

Inclinó la cabeza para besarla, y Bessie Lónsdale, acariciando la fragante y fresca mejilla, respondió:

—¡Oh! He pensado en ti algunas veces.



LA CONCIENCIA PERIODÍSTICA

ESTUDIO EN MEDIAS VERDADES

POR

ÁLFRED H. LLOYD

El periodismo, semejante a las demás manifestaciones de la vida, ha sido anormal y apenas sugestivo de conciencia y de restricción. Sin embargo, es posible que las apariencias hayan sido engañosas. Sus obvios defectos pueden ser también virtudes potenciales. El hecho mismo de que sea tan nocivo como indispensable hace presumir su despertamiento y su reforma. El caso del pueblo contra la prensa puede definirse en seis cargos principales: el comercialismo; la mentalidad gobernada por la venta, más allá aún de los avisos; un espíritu conservador reaccionario y falsamente motivado; una publicidad selectiva y sensacional; un funcionamiento automático de acuerdo con el criterio de las masas; y, finalmente, un desdén muy poco democrático y muy pronto a manifestarse contra la personalidad relevante capaz de asumir autoridad. Aun cuando todas estas pueden considerarse medias verdades, ya que nada humano es absoluto en el bien o en el mal, tales acusaciones están demasiado justificadas para que puedan disimularse. El periodismo, no obstante, está llamado a despertar a la conciencia de sus deberes y posibilidades. La conciencia es simplemente el conocimiento de sí propio y de la vida que se desarrolla en derredor, unido al sentimiento del deber de apreciar las posibilidades reconocidas y deseables; y la prensa, que hace hoy el papel del hijo pródigo, volverá sobre sus pasos. Revélanse ya ciertos indicios de su despertamiento, y puede esperarse que una vigorosa conciencia periodística se generalice en vez de constituir la excepción. Tales son, en resumen, las ideas expresadas por el autor del presente artículo.—LA REDACCIÓN.

EN LOS placenteros tiempos de antaño vivía en cierta interesante comunidad de intelectuales un hombre de talento considerable, pero con tendencia algo pronunciada al cinismo. Escribía sobre temas hondos, y en cierta ocasión en que había elegido como tópico "La Naturaleza," refiriéndose al universo de cosas dotadas en general de movimiento y crecimiento, y que en sus manifestaciones diversas se presentan objetivamente a nuestros ojos, añadió como segundo título, "Lo Inexistente," con lo cual pensaba el escritor, si efectivamente era sincero, probar su razonamiento.

Temo que el espíritu de Protágoras, cualquiera que fuese, sarcástico, cínico o quizá convencido, no ha muerto. Sé que algunos insistirían en que a mi sonoro título, "La Conciencia Periodística," agregara como segundo, "Lo Inexistente," por cuanto resulta tan eminentemente apropiado. Es posible que pertenezca yo a la clase de los escépticos, cínicos o burlones, por lo menos en ciertos momentos. Para ser franco, debo declarar que el tema que se me ha sugerido no me habría ocurrido espontáneamente, porque la conciencia no es exactamente algo que estorbe al periodismo moderno. Con todo, no hay que decidir este asunto con demasiada precipitación. Si no por otra cosa, siquiera por tener algo de que escribir, haré observar que la conciencia, después de todo, ya sea personal o periodística, es cuestión de definición. Existente o inexistente, la conciencia periodística depende de la manera en que uno la define. La definición tiene, en efecto, la omnipotencia de la divinidad, puesto que todo puede definirse como existente o como inexistente. Si no os habéis tranquilizado, aguardad; quiero decir, tened la fineza de aguardar. Sobre todo, no os alarméis por lo que diga hasta que haya terminado de decirlo; y recordad también, aun conjeturando la posible definición, que la conciencia, para ser eficaz y significativa, no debe confundirse con el simple convencionalismo moral o el hábito de pensar o sentir que, con lapsos incidentales, tiende a mantener dicha moralidad.

Infortunadamente para el éxito de mi investigación de la conciencia periodística, o de descubrir o crear una definición, los tiempos están muy lejos de ser propicios. El campo del periodismo, como todas las demás esferas de la vida, está enormemente trastornado. Si la guerra dejó algo de carácter o responsabilidad al periodismo o a cualquiera otra cosa, la reciente campaña lo ha desbaratado. Un orador decía aquí mismo, en Ann Árbor, hace apenas una o

dos semanas,[1] algunas palabras que expresan con demasiada exactitud, sospecho, los sentimientos de muchos en la nación: "El idealismo despertado por la guerra se ha desvanecido, justificando con su desaparición el estigma de hipocresía que nuestros enemigos nos echan en cara. Aparentemente, nada ha sobrevivido de nuestro despertamiento espiritual, con excepción del *ouija board*."[2] Esto era extravagante, naturalmente; pero antes de que termine esta peroración habrá que convenir en que existe, por lo general, una mentalidad del estilo del *ouija board*, que se refleja demasiado bien en nuestros diarios, en sus "historias," o en muchos de sus editoriales. Por el momento, y frente a las actuales condiciones, proponeos simplemente esta cuestión: Hoy, que la circulación de los diarios es enorme; hoy, que la lectura de los periódicos es un hábito inveterado que el agradable roce del papel, acompañado del perfume del café o del tabaco, de la mesa del desayuno o del cómodo sillón es costumbre casi universal en la mañana del domingo; hoy, que todas las esferas de la vida y casi todos los caprichos de la naturaleza humana encuentran su especialidad en las columnas y páginas de los diarios, en los grabados, suplementos cómicos, el "cine," las caricaturas, los interminables folletines con sus siempre críticas peripecias, las "historias" de los reporteros, los asesinatos junto a las noticias de Wáshington, los editoriales *ex parte*, y todo lo demás; hoy, que los negocios y los placeres, los partidos políticos y la sociedad, cada cual en sus diferentes manifestaciones, dependen de la prensa; hoy, ¿ocupa, por ventura, la prensa una posición respetable? Es aceptada. Es callada, casi insidiosamente, influyente; pero, ¿se confía en ella? ¿Se le atribuyen propósitos elevados, honradez e independencia, devoción a la verdad y a la justicia, o algo que sugiera intrepidez o iniciativa moral? Tenemos que contestar, no por cierto en absoluto ni categóricamente, puesto que hay excepciones, pero en conjunto, negativamente. No hay duda de que está lejos de ser una empresa victoriana. Los periódicos respetados, o por lo menos respetables moral e intelectualmente en toda la nación, pueden contarse probablemente en los dedos de una mano. Y aunque se necesitaran todos los dedos de las manos y de los pies, el caso sería todavía inquietante. Además, algunos de los periódicos, generalmente clasificados como respetables, han estado o están bajo serias imputaciones, murmurándose que se hallan sujetos a tal o cual autoridad comprometedora, y—hablando con discreción—no se ha comprobado que estas acusaciones fueran falsas. Necesitamos los periódicos con nuestro café, por decirlo así; pero, por mucho que repugne el expresarlo, aparentemente "hay razones" por las cuales deberíamos al menos quitar la cafeína al café ya que no declararnos abiertamente por el *postum*[3] o por *The Christian Science Monitor*.

Nos hallamos verdaderamente en situación muy peculiar. Nos vemos compelidos a aceptar, y aceptamos de hecho, aquello que no podemos ni debemos aceptar con algo siquiera de real satisfacción o de recta confianza. Es una situación en que no se sabe qué admirar más: si nuestro peligro o la oportunidad que dejan escapar los periódicos. Me veo en el caso de recordar una situación, si no equivalente, por lo menos análoga, que se produjo hace algunos siglos. En los siglos quince y dieciséis la iglesia era una gran necesidad: necesidad jamás tan imperiosa en toda su historia, jamás tan generalmente sentida y aceptada; pero al mismo tiempo era un gran escándalo, escándalo jamás mayor en toda su historia, nunca más inmoral, desde la cabeza hasta las últimas filas. El maquiavelismo de la época—el gran florentino vivió de 1469 a 1527—era solamente una especie de eco temporal o seglar de la entonces nociva iglesia. Nuestra moderna prensa no es tan mala en general como para compararse de cerca con la iglesia de los días de Sixto IV y los Borgias, Alejandro VI y Maquia-

[1]Este discurso fué escrito en el invierno de 1920 a 1921, y pronunciado ante el University Press Club de Míchigan en una conferencia celebrada en Ann Árbor.

[2]Aparato formado de un tablero que contiene las letras del alfabeto y los diez guarismos, y de un indicador que, bajo la mano del médium, se mueve sobre el tablero señalando ciertas letras o números y "contestando" así las preguntas. *Ouija* es una palabra formada del *oui* francés y del *ja* alemán, implicando que puede contestar *sí* en cualquier idioma.—La Redacción.

[3]Bebida inofensiva y que no ataca los nervios, muy avisada como substituto del café.—La Redacción.

velo; pero, del mismo modo que con la iglesia de entonces, nos hallamos ahora frente a un gran peligro, manifestado en muchas agresiones y desastres, y frente a una gran oportunidad de que no nos damos la cuenta que debiéramos. De esta oportunidad hablaré a su tiempo. En cuanto al peligro y agresiones, ciertamente no he de exagerarlos. No soy de aquellos que lo creen todo. Por ejemplo, he leído y tomado con moderación las afirmaciones de Sinclair en *The Brass Check* (La ficha de latón), en que el autor mismo ejemplariza la atmósfera periodística, oponiendo lo similar a lo similar:[4] pero, aun disimulando mucho, todavía subsiste una condición que no puede afrontarse simplemente con la negativa o con una evidente negligencia, que siempre da lugar a sospechas. El *Potterism* de Rose Macáulay, rico en sátira contra la vida moderna en general, de igual modo que contra la prensa, presenta el mismo caso, aunque desde ángulo diferente. El gran Pótter, incidentalmente convertido en "Lord Pínkerton," es jefe de la "prensade Pínkerton." Indignación y sátira aparte, sin embargo, la falta general de positivo respeto, de respeto entusiasta, hacia la prensa no puede ser humo sin fuego. Afortunadamente, cuando una cosa necesaria demanda reforma, la reforma es cierta, por más lenta que sea en producirse; cuando una cosa necesaria, como la iglesia, como la prensa, revela defectos, su misma importancia la salva; aun es posible que sus defectos resulten posibles virtudes; mas por el momento, aunque sea mirar las cosas por un sólo lado, nuestra atención se dirige a los defectos de la prensa.

No es mi intención presentar el caso entero del público contra la prensa. Para los fines de la presente discusión, mencionaré solamente algunos de los cargos de las medias verdades que, así sea por fracciones, es preciso afrontar. En primer lugar, allí tenemos los avisos. Podría decir, los avisos que carecen de censura moral, los avisos que no se han expurgado; pero no es éste el punto sobre el cual quería insistir, aun cuando sea bastante importante. Me refiero a la influencia que frecuentemente ejercen los avisos o los avisadores sobre la sección noticiosa y la editorial. Según rumores, aun el periódico de nuestra universidad, *The Michigan Daily,* tuvo, no hace mucho, ciertas dificultades con sus avisadores, a causa de sus simpatías por la campaña en favor del uso de los vestidos viejos, a que se habían adherido los estudiantes. Otras publicaciones, de fecha no mucho más atrasada, podrían confesar quizá que algunas veces el cronista y el escritor de editoriales estaban bien al tanto de los deseos del avisador. Sé de un caso de protestas y amenazas definidas de parte de una negociación importante contra las noticias y editoriales publicados por un diario prominente y bien conocido del este, acerca de ciertas agitaciones de la clase obrera. Pero es ocioso ilustrar más las condiciones a este respecto. El hecho de que los periódicos persiguen una vasta circulación con el objeto de tentar a los avisadores, y que naturalmente los avisadores esperan que se mantegan sus intereses, es demasiado sabido en el periodismo moderno, y se descubre fácilmente entre líneas en las páginas de cualquier diario típico.

Pasemos al segundo cargo. No solamente gobiernan los avisadores las noticias, o ejercen influencia sobre la orientación del periódico en momentos críticos, prostituyendo así la prensa pública y convirtiéndola a intereses comerciales privados o por lo menos protectores y estacionarios, sino que, además, por razones obvias, el espíritu peculiar del aviso, con su atracción y su incentivo, se extiende a las páginas de noticias y editoriales. Un periódico no puede ser un instrumento poderoso de propaganda en ciertas páginas y evitar, por algo mental-

[4]Véase la revista de *The Brass Check* en *The New Statesman* (Londres, 23 de octubre de 1920), reproducido en *The Living Age* (Boston, 4 de noviembre de 1920). El revistador, después de transcribir los cargos de Sinclair a propósito de una lista negra para todos los opositores de los grandes negocios, del incurable hábito de falsear las palabras y acciones de los oradores y hombres públicos, y de la dominación de los grandes intereses industriales y bancarios, dice: "Indudablemente es cierto que en ningún otro país ha desarrollado la prensa tan satánica habilidad de perversión, facilidad tan extraordinaria para presentar a un hombre como un insensato o un individuo poco deseable (¿en ocasiones como un nocivo autócrata?), haciéndole decir o implicar aquello que jamás le había ocurrido." Dos razones se mencionan como contribuyendo a este resultado: el criterio norteamericano de que la taquigrafía es un inconveniente para un buen reportaje, y la presunción de que un relato exacto no hace noticias ni "historia" según el concepto de la nación.

mente superior, la vulgaridad y el despliegue sensacional de las otras páginas. Con el transcurso del tiempo el periódico tiende a hacerse mental y moralmente homogéneo en todas sus secciones. Los reporteros, desprendiéndose de las notas taquigráficas y de la exactitud en general, no relatarán hechos, sino que compondrán "historias." Los jefes de redacción escribirán sumarios en vez de editoriales analizadores.

Existe, en tercer lugar, el peculiar convencionalismo de la prensa. Esto se enlaza también indudablemente con los intereses comerciales y bancarios. Los negocios no pueden tolerar el cambio. Si la línea divisoria entre el progreso y el estancamiento se definiera con claridad, las probabilidades serían, imagino, de que la prensa se inclinara al segundo. Cambios habrán de producirse, sin duda alguna, hasta cierto grado, dentro de ciertos límites, y dentro de tales límites las diferencias pueden expresarse abiertamente y con inmunidad; pero las ruedas de la industria y de los negocios y del orden establecido, por lo general, no deben detenerse. El periódico, en consecuencia, ha de ser esencialmente conservador, tanto en lo que dice como en lo que se lee entre líneas. El progreso puede venir solamente por intermedio del pueblo, de la masa independiente, o por intermedio de un caudillo, y, en forma ideal, por supuesto, por intermedio de ambos; y una prensa conservadora puede cegar al pueblo con una propaganda organizada, nombre aceptado ahora para los avisos y ventas sociales y políticas, y puede también obstruir o anular al caudillo. Todos sabemos muy bien que últimamente, gracias a la enorme circulación de nuestros periódicos, hemos estado viviendo en una atmósfera de avisos picantes y acerba propaganda.

El espíritu conservador de la prensa en general es una circunstancia de lo más afortunada, pretende alguien. Concedo que cierto espíritu conservador es muy deseable. Ni por un momento querría substituirlo ni preferiría la seudo "prensa radical." El inconveniente del espíritu conservador de la prensa emana de que con frecuencia es falsamente estimulado, y que, a fuer de estimulado, compromete a la prensa en una especie de doble vida. Conservadora por motivos propios en cuanto a las ruedas de la industria, conservadora en cuanto nunca es seriamente radical en la política o en la industria, desvirtúa el mérito de esta actitud por su explotación de los aspectos más bajos y violentos de la naturaleza humana por el comercialismo de sus sensacionales noticias en cuestión de asesinatos, sexo, crímenes o desgracias. Sus "historias humanas" rara vez hacen justicia o revelan en su verdadera luz la naturaleza humana. Si pretenden idealizarla, son más bien extravagantes y melodramáticas que exactas. En una palabra, el espíritu conservador de los periódicos y su peculiar vena sensacional marchan a la par, deshaciendo la segunda en ocasiones tan completamente la obra del primero, que hace vacilar aun a los rojos entre los rojos.

Debo mencionar también aquí la habitual manera de falsear las ideas, si no de mentir deliberadamente en los encabezamientos del periódico. Escribir encabezamientos es, indudablemente, un arte difícil: el arte especial de hacer que los hechos generales adquieran un tinte impresivo, y de convertir los hechos interesantes al servicio de fines de partido. A este respecto muchos periódicos juegan al tira y afloja, dando una relación exacta en el texto, pero coloreando debidamente el encabezamiento. Durante la última campaña, cierto orador, que favorecía la liga de naciones, dijo que si la liga fracasara por falta de apoyo, se produciría pronto otra guerra más terrible aún que la que acabábamos de atravesar. ¡Dando cuenta de este incidente, un periódico contrario a la liga ostentaba un encabezamiento más o menos como sigue: "Bien conocido orador predice otra gran guerra pronto!" Aun la lectura más superficial pone de relieve que los párrafos del texto desmienten por completo el encabezamiento. En efecto, así se transformaba, por lo menos en el encabezamiento, un argumento en favor de la liga por uno en contra, y no era posible esperar que los lectores del partido leyeran con atención, si es que llegaban a hacerlo, más allá del título. Otro ejemplo: no hace mucho que mandé yo mismo una carta a cierto periódico de opiniones políticas contrarias a las mías. La carta era un experimento. Llamaba allí la atención hacia el oportunismo e inconsistencia de cierto hombre público, ci-

tando sus discursos en varias ocasiones. Dudaba yo que el periódico publicara mi carta y afrontara la situación. La publicó; pero con reservas en el encabezamiento y, me veo precisado a decirlo, con omisiones de redacción en frases esenciales, de suerte que se hacía aparecer como patriota a un político vacilante y que poco se cuidaba de la verdad. Me encontré impotente, por supuesto. El periódico tenía el derecho—por lo menos el derecho legal, por cuanto la prensa no es servidor o mensajero público—de no publicarla en absoluto; pero no tenía el derecho de ponerle título ni de hacer cambios de redacción en el original. Estos dos casos revelan únicamente historia muy familiar. El encabezamiento es un arma poderosa, y la publicación de noticias importantes con título que no extravíe el criterio es la excepción y no la regla. En el encabezamiento residen las fuerzas arrolladoras de la propaganda.

Además del comercialismo de la prensa, de su mentalidad novelera y de su habitual espíritu conservador, que implica duplicidad y, cuando ataca por razones de partido, cierto hábito de "fabricación," debemos considerar, en cuarto lugar, entre mis medias verdades, la defensa puramente especiosa que a menudo se hace de la publicidad, especialmente cuando se trata de asuntos privados. El público, afirman, tiene derecho a saber; la publicidad es una gran salvaguardia de la sociedad; y, basándose en estos títulos, los diarios se adjudican el derecho de escudriñar. Pero haré observar que, aun cuando el público protege hasta cierto punto tal indiscreción, estos títulos son especiosos. Son especiosos por dos razones: primera, que la prensa publica a menudo sus relaciones en forma inexacta, ilegítima, sensacional, impertinente; segunda, que omite frecuentemente aquello que el público tiene derecho a saber. No se muestra muy dispuesta, por ejemplo, cuando ha cometido algún error o injusticia en la exposición de un asunto, a dar igual publicidad, si es que da alguna, a las rectificaciones. Y, lo que es más grave aún, muchas veces no aboga por reformas de necesidad pública, tales como una provisión de leche más pura o películas más decentes, si—como pasa de vez en cuando—las compañías de leche y los teatros reclaman el pedal suave. Esta selección de temas sensacionales no es, en mi opinión, una publicidad honrada ni que sirva de salvaguardia al público.

En conexión con esta defensa de la publicidad, o implicada en la misma, figura la noción de que un periódico debe dar al público lo que al público le agrada. Este alegato tiene también valor especioso, a menos que los periódicos sean solamente hechura del público. Mas, bajo este supuesto, ¿qué es lo que hace la prensa? Procede a coger al público más o menos desprevenido, ya sea en razón de su ceguedad de partido, su irresponsabilidad y su interés egoísta, o del estado general de molicie y relajación en que no existe la censura y tanto la mente como la moral están desequilibradas. Si en estas circunstancias el público recibiera en realidad lo que desea, los periódicos serían verdaderamente respetados por su mentalidad y su moralidad: cosa que hoy no sucede sino con raras excepciones. La prensa es, naturalmente, una potencia; como tal se la reconoce. La rápida y eficaz publicidad que procura es una gran fuerza, y así se la aprecia. Pero, repito, no existe el respeto efusivo y genuino. El público no recibe lo que realmente le agrada. La exposición sensacional no es ingenuidad apropiada ni benéfica. Lo que aceptan los hombres en condiciones de relajación no es lo que mejor responde a sus aspiraciones; y no me refiero solamente ahora a doctrinarios, idealistas, académicos e intelectuales en general. Si no fuera porque con toda probabilidad los reporteros se apoderarían de esta observación, calificándola casi, si no enteramente, como el punto principal del presente discurso, y le darían énfasis especial en algún encabezamiento o desenfadada frase introductoria, diría que los académicos cultos, intelectuales y morales han afectado a veces menos austeridad de principios, cierta relajación, y aun afición por vulgares películas y escenas de variedades, y han leído, antes que las demás páginas, las columnas de los diarios; correspondientes a tales temas pero me abstengo en obsequio a la seguridad, haciendo notar solamente que el público en general, por más vulgar poco culto que sea, no buscaría por propio impulso para leer y distraerse, terminado el

trabajo diario, aquello que acepta porque se le viene a las manos.

El quinto inconveniente de los diarios, desalentador para aquel que está a la pista de una conciencia periodística, es que se manejan de acuerdo con el criterio de las masas. La conciencia, o cualquiera que sea la forma en que se la defina, necesita un editor responsable. Los diarios, por regla general, no están redactados por individuos independientes ni de representación personal. En diversas maneras y grados, el puesto de redactor es muy semejante a la situación de un joven amigo mío en la reciente campaña, quien opinaba ardientemente en un sentido y editaba con éxito su periódico en el otro. Añádase a este factor en la obra de redactar un periódico en la época presente, el general convencionalismo político o comercial y la suplementaria acometividad de partido, y se comprenderá lo que quiero decir al referirme a la orientación de la prensa de acuerdo con el espíritu de las masas. El redactor o el reportero, en su estado mental y sus movimientos, son en gran manera la expresión de ideas, juicios, propósitos, que están más en el ambiente que dentro de su propio ser; sugestiones de la organización a que pertenecen, más que resultado de su cándida experiencia y su opinión independiente. Refléjanse asimismo en la cantidad de temas sindicados, y en el enorme volumen de propaganda preparada y puesta liberalmente en circulación, y que fluye de todas las secciones bien ordenadas y organizadas de la vida que han aprendido a hacer uso de la publicidad. Lo admirable es que el redactor de un periódico pueda hacer otra cosa que no sea pensar administrativamente, es decir, de otros, para otros y por otros. Para seguir mi razonamiento no es necesario que todos los redactores se encuentren en la situación extrema del amigo antes mencionado. Basta que todas las circunstancias estén calculadas para el desarrollo de opiniones automáticas en vez de criterio independiente en el periodismo. Además, recordando una alusión del principio, si el conflicto de partidos volviera a surgir violentamente como en años recientes, si las fuerzas reaccionarias y un alarmado espíritu conservador se dejaran sentir, es posible que la mentalidad de la prensa y la del público lector descendieran al nivel del *ouija board* y cosas por el estilo. Quiero decir que se haría general una conciencia automática, con su cohorte de sensaciones mórbidas e inconscientes y sus reacciones atmosféricas, su tendencia a la sinrazón y a las pasiones violentas, y, sobre todo, a las sospechas o, como lo expresa el dicho, a "ver visiones." La prensa de los últimos tiempos, observo, ha transmitido muchas "comunicaciones" a un público demasiado crédulo. La "escritura automática" no ha continuado siendo privilegio especial de los espiritistas.

Como último detalle, queda por agregar algo que posiblemente no es sino el corolario de todo lo que se ha expuesto. Me refiero a la inclinación de la prensa por lo normal, y su aversión a lo individual. He tenido ocasión de hacer observar más adelante que el progreso sólo puede venir por intermedio del pueblo y del caudillo, y que una prensa de espíritu naturalmente conservador puede cegar al pueblo con una propaganda organizada y poner obstáculos a la verdadera dirección. La reacción natural de la prensa hacia la individualidad es la oposición. No concediendo individualidad ni siquiera a su personal, ¿cómo ha de permitirla en los otros? ¿Cómo no ha de indignarse al encontrarla en los otros? Lo cierto es que la prensa ha mostrado especial disposición para perseguir la individualidad, combatiéndola en forma sensacional, burlona, irónica, y usándola como instrumento para exaltar lo normal, lo convencional y lo vulgar. Me pregunto si no es éste uno de los mayores peligros de la prensa del día. El individuo afortunado, vaciado en el molde social, grande por acumulación, de magnitud acostumbrada y prominencia porporcionada, atrae la atención y el aplauso; pero la individualidad genuina y original, valerosa y enérgica, aquella individualidad que, a fuer de poseer rasgos intensamente vitales más bien que tan sólo una prominencia oficial, tiende a sumir una posible dirección, comúnmente es acogida con indiferencia, o la atención que recibe se manifiesta en ridículo alboroto. Naturalmente, la democracia tiene sus excéntricos, sus necios y sus bufones, como acostumbraban tenerlos los reyes y las cortes, y dar publicidad a los necios y a sus nece-

dades es divertido y hasta puede ser ventajoso; pero mal puede la democracia aventurarse muy lejos en tratar a sus verdaderas personalidades como locos, o peor que locos, como malhechores, exponiéndolos a la befa y a los denuestos de la vulgar multitud que paga. El público pagador es, supongo, la corte de la democracia.

Todo esto parece demostrar que la prensa es, o está en camino de ser, falsamente democrática, exaltando al individuo acumulador, al que no es sino un abultado exponente de lo que son todos aquéllos, leales al orden prevaleciente, pero que deprimen, si no es que persiguen de hecho, al individuo enérgico y con cualidades para caudillo, que puede, literal o figuradamente —en el sentido obvio, estrecho o más generalizado, por supuesto—depreciar el mercado. La conclusión segura de la falsa democracia es la tiranía. Una democracia en que no prosperan genuina dirección y superioridad corre solamente a su perdición. Es, en realidad, una extraña situación esto de que la prensa de nuestros días clame con tanto afán por la libertad de imprenta en interés de la democracia. ¿Anhela verdaderamente la prensa esta libertad? ¿Está dispuesta a ponerse al servicio de una genuina democracia en vez de una democracia superficial y tan sólo aparente?

En resumen, el caso del pueblo contra la prensa, según he tratado de presentarlo a mis oyentes, puede definirse en estos cargos principales: el comercialismo, la mentalidad de la venta, un espíritu conservador superficial y erróneamente basado, una publicidad selectiva y amoldada a los prejuicios, el dominio que ejerce la mente de las masas con tendencias marcadas hacia el funcionamiento "automático" y las "comunicaciones ocultas," y un desdén demasiado pronto a manifestarse contra la individualidad enérgica y toda eficaz y posible dirección. Nada quiere decir que estos seis puntos tengan mayor o menor conexión entre sí. Quizá se reducen todos a uno solo: el comercialismo conservador. Ciertamente que no tengo la menor reverencia por el número seis; pero sean seis o sea uno, de ninguna manera revelan la existencia de una conciencia periodística. Por el contrario, según vemos aquí, sugieren su ausencia. Sin embargo, todavía no hemos llegado a definir lo que puede llamarse conciencia periodística.

Con prudencia, nacida afortunadamente de mi honrada convicción, he llamado a este discurso un "Estudio en Medias Verdades." Los estudios de la verdad absoluta pertenecen al campo de las matemáticas o de la pura ciencia. Los vitales asuntos humanos no pueden discutirse sino como medias verdades. Quizá no os habréis fijado antes en esto; a muchos les pasa lo mismo; pero en cualquiera discusión de asuntos íntimos humanos sólo es posible escribir en pro o en contra y, sin embargo, tener razón sólo parcialmente en uno u otro lado. Nada humano puede ser enteramente bueno ni enteramente malo: dinero. leyes, personalidad, sexo, aventuras, todo lo demuestra. En cada una de estas cosas se encuentra íntimamente mezclado, colocado frente a frente, lo malo y lo bueno. Cada cual, por más peligroso o pervertido que sea, tiene alguna posible manifestación meritoria. En el sexo se encuentra el burdel y el hogar; en la aventura y sus incertidumbres, el jugador y el mártir. El periódico, asunto intensamente humano, no representa, en sus diversos caracteres, la excepción a la regla. Estos seis cargos presentados contra la prensa, como lo hemos admitido, son solamente otras tantas medias verdades; en otras palabras, estos mismos cargos podían servir de alegatos para la defensa. ¿He dicho "podrían?" Me inclino a predecir que el abogado de la prensa replicará, si lo encuentra necesario, alegando posibilidades idealistas en cada una de las faltas que he denunciado. La prensa, nos recordará, debe ser conservadora. Debe ser, si no comercial, por lo menos, práctica, pragmática. Debe publicar y aun denunciar osadamente la vida y la naturaleza humana. ¿No es acaso la publicidad, como la confesión, ventajosa para la vida real? La prensa debe también reflejar, aun a riesgo de cierto funcionamiento automático, las ideas generales y no la posible opinión individual de cada uno de los redactores o reporteros. De consiguiente, en la prensa, como en todos los demás asuntos de la vida humana, se encuentra, *siquiera potencialmente*, la expresión ideal y falta de idealidad, corrom-

pida o corruptora y benéfica, de todo aquello que hemos descubierto ser la esencia del periodismo.

A todo evento, y como interesante conclusión, hay que decir que los diversos peligros y defectos del periodismo moderno no son cosas que puedan eliminarse quirúrgicamente. Ofrecen por su propia índole reales recursos y oportunidades que es necesario comprender. Son fuerzas que no deben dejarse abandonadas a su propio impulso, sino encaminarlas a servir de instrumento a la vida de la sociedad, respondiendo a las demandas de una vida social activa y progresista en vez de aplicarlas a mantener una vida laxa o inerte. En ciertas industrias y negocios, por ejemplo, el estrecho espíritu comercial se ha ensanchado dando plaza a un pragmatismo más ventajoso, pero filantrópico al mismo tiempo; y llegará el momento en que el comercialismo generalmente estrecho y conservador de la prensa perciba que en noticias, editoriales o avisos, una serena rectitud procura a la larga mayores utilidades, asegura la estabilidad política y social y es el instrumento de vida más amplia. El espíritu de partido descubrirá también que la política más afortunada consiste en el juego limpio y la caballerosidad, abandonando, por ser al mismo tiempo mezquino y poco cuerdo, lo que se ha llamado maniobras políticas. La publicidad no será entonces mórbida, sensacional y novelera, ni falaz o indecorosa, sino objetiva, sana, equilibrada, dedicándose al bien de la sociedad y no a procurarle emociones perniciosas; no a dar comidilla a la curiosidad o comezón de saber, ni tampoco a poner a nadie en la picota del escándalo, del ridículo o del escarnio; ni a la explotación del crimen y de la violencia en general, con el objeto de aumentar la circulación. Posiblemente, alguna ley podría contribuir a que se produzcan tan deseables cambios; pero aun cuando una ley que declarase, por ejemplo, que los periódicos son mensajeros responsables o instituciones de utilidad pública, o alguna combinación de ambas funciones pudiera apresurar dichos cambios, no podría realmente inaugurarlos. Cualquiera legislación eficaz a este respecto sería solamente indicio de que la prensa comenzaba a descubrirse a sí misma, a encarnar su papel con más idealismo de lo que haya hecho hasta el presente.

La prensa ha sido algo semejante al hijo pródigo: se ha entregado a la disipación mental y moralmente. Como muchas otras cosas de la vida de los Estados Unidos, ha crecido rápidamente hasta alcanzar enormes proporciones y poder asombroso, y no está todavía gobernada por la clara apreciación de sus facultades. No ha llegado a penetrarse de su verdadero papel, y de allí emanan sus peligros y sus faltas. Es todavía una hechura de la época, más bien que la expresión de un propósito consciente. Su mente y su corazón no se han desarrollado, por decirlo así, a la par que su cuerpo. Con todo, estas condiciones no pueden perdurar. A mi entender, cambios importantes se avecinan. La reforma se produjo, recordaréis, cuando la iglesia del siglo dieciséis era a la vez tan nociva y tan necesaria. Es satisfactorio observar que Lutero fué contemporáneo de Maquiavelo.

¿La conciencia periodística? Casi había olvidado mi empeño. Hago observar que si los periodistas—olvidando que me les he anticipado—se alzaran a defender celosamente la prensa contra mis acusaciones, alegando que a lo sumo he dicho medias verdades, ello sería prueba conclusiva de que existe una conciencia periodística. Tengo la convicción de que en este caso se podría confiar la prensa en sus manos: tratando de justificar al periodismo, llegarían a idealizarlo. Veríanse forzados a descubrir con claridad cierto posible mérito y ventajas aun en sus actuales faltas; admitiendo mis cargos, siquiera como medias verdades, traducirían los mismos defectos en virtudes posibles y deseables.

Además, probablemente todo periódico de la nación, puede jactarse de muchas, de repetidas, buenas obras: recomendación de reformas importantes, generosa asistencia en campañas benéficas, caridades, beneficios públicos de todas clases; y estas y otras "buenas obras," aunque verosímilmente son parte de la rutina diaria más que de un esfuerzo vigoroso, progresivo y consciente, sirven de base para confiar en la prensa y en su porvenir. Definiría yo la conciencia como el conocimiento de sí mismo y de la vida que se desarrolla en derredor, unido al sentimiento del deber de

percibir reconocidas y deseables posibilidades. Con algunos periódicos, ahora conscientemente activos en su obra y cuyo número aumenta día a día; con clubs de publicidad como el que ahora se encuentra aquí en conferencia; con periodistas de alta cultura, que hagan del periodismo una de las nuevas profesiones científicas, no hay motivo para temer que una vigorosa conciencia periodística no llegue a hacerse general en vez de constituir la excepción. Únicamente el periodismo ilustrado puede ser periodismo consciente, que, penetrado de sus obligaciones y dispuesto a cumplirlas, convierta en positivas virtudes sus actuales y graves deficiencias.



EL EVANGELIO DEL CLASICISMO

POR

JOHN DEWEY

La base de la felicidad se halla en aceptar las cosas como son y descubrir sus posibilidades. Las aspiraciones románticas, subjetivas, sólo conducen al anhelo nunca satisfecho, a la inquietud, a la infelicidad. El antiguo clasicismo, explica el autor, era resultado espontáneo y natural de las condiciones de vida. Pero el clasicismo moderno necesita ser consciente, evangélico: percibir las posibilidades de las cosas con el deseo de alcanzar esta percepción y sacar el mayor partido de dicho descubrimiento. En una palabra, la felicidad está al alcance de todos, afirma el autor, con tal que las facultades de la mente se apliquen a percibir con claridad el mundo exterior, amoldándose al orden establecido, en vez de querer amoldar el mundo a los deseos del individuo.—LA REDACCIÓN.

"EL CONOCIMIENTO de lo que es factible es el principio de la felicidad." La meditación de esta frase provocará, de acuerdo con las diferencias de opinión en cuanto a la felicidad y al conocimiento, una serie de ideas que lleven a conclusiones contradictorias.

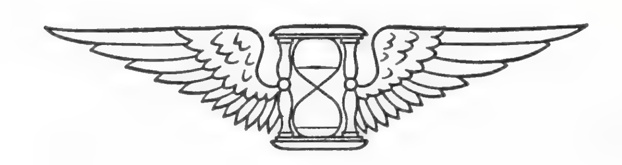
Para algunos, significará que las "cosas conforme son" están llenas de posibilidades; que el mundo, conforme se encuentra en esta etapa del correr de los tiempos, no es una esfera cerrada, sino un universo pleno de ignoradas posibildades; que aquello que se llama enfáticamente "el orden de las cosas," está todavía en formación. A raíz de este concepto saltará la idea de que la felicidad, nuestra felicidad, se encuentra en vivir dentro del radio de tales posibilidades, tratando de descubrirlas y de emplear los elementos fijos y estables de las cosas conforme son para la realización de dichas posibilidades. De alguna manera, ya sea vaga o definida, la felicidad se identifica con las aspiraciones, los esfuerzos, la energía gastada en convertir las posibilidades en realidad, transformando así lo existente. Esta actitud clasifica el conocimiento como el bien. La penetración de lo existente y de sus posibilidades contribuye a la felicidad, porque es parte integrante del proceso de transformación, parte más trascendental que el procedimiento, por lo mismo que es tan indispensable.

Otras personas asociarán el significado de la frase con las posibilidades *propias* más bien que con las posibilidades de las cosas. En este caso la moral de la sentencia sería una moral de limitación, de restricción de las aspiraciones y deseos. La aspiración romántica de escapar a los límites fijados por las cosas como son es la fuente de la infelicidad; el principio de la felicidad es reconocer lo inevitable, amoldar nuestro pensamiento y nuestros anhelos al orden establecido del universo. Renunciar a las extravagancias de la voluntad y de la fantasía, adoptar el orden de cosas como el orden de vida: allí reside la clave de una felicidad racional, juiciosa, sana. Este concepto se aplica asimismo a las funciones y clasificación del conocimiento. Exceder los límites de la realidad es imposible; el pretenderlo es petulancia, capricho y rebeldía pueriles. Renunciando a este bien imposible obtenemos el bien de la comprensión. El hecho de percibir las cosas conforme son procura el goce de la única supremacía dentro de las facultades del hombre; alcanzamos paz tranquilizando inquietas aspiraciones por cosas irreales o imposibles y participando del deleite de la contemplación de la verdad serena y eterna. Saber es el mayor bien para el hombre. En la historia del pensamiento, a la conformidad de aspiraciones y voluntad con el orden eterno, preconizada en la filosofía de Spinoza, viene unida la divina bienaventuranza de la vida teórica que prometan las enseñanzas de Aristóteles.

A todo aquel cuyos instintos y hábitos le incitan a la concepción de posibilidades sobre la base de posibilidades de las cosas, esta última interpretación parecerá nacida del sentimiento subjetivo, o, hablando con franqueza, del sentimiento egoísta. Indica el inconsciente y determinante interés propio del individuo; es un romanticismo

invertido. El romanticismo comienza reconocidamente con la vida emocional y los deseos en contraposición a la estructura y sistema del universo. Con el material de la fantasía y los deseos construye otra mundo, afirmando que es el verdadero porque es el mundo ideal. Quien comprenda el osado egoísmo, la desenfrenada rebeldía de tal actitud, y contemple la ruina provocada por el menosprecio de las condiciones de la vida y la acción, se convertirá a la contemplación del orden universal. Este orden fija legítimos límites a la imaginación y a la voluntad; el contemplarlo asegura el logro de la percepción de una felicidad cierta y elevada.

En una palabra, quien esto realiza se convierte en clásico. La medida, el orden, la proporción, la limitación, constituyen la naturaleza del mundo, y la razón es la percepción voluntaria y la inteligente adopción de la medida como regla del mundo. El instinto, la fantasía, los deseos inmoderados, son el gran enemigo. Pero el antiguo clasicismo inconsciente era la respuesta espontánea a las condiciones de vida en los tiempos en que las cosas parecían carecer de posibilidades ajenas a las que se realizaban en el ciclo de la naturaleza sin intervención del esfuerzo y selección humanos. Fundábase en el concepto de lo finito, de las posibilidades finitas del mundo. No nacía de consideración alguna de las posibilidades humanas. Desconocía la noción de los derechos, limitados o ilimitados, del ser humano. Es imposible volver a este clasicismo partiendo del concepto de las posibilidades de deseo y de elección, penetrados del pensamiento, disfrazado, del yo. El intentarlo violaría el principio de la consideración de las condiciones, de la estructura, que es la esencia del clasicismo. Tal tentativa sería el desconocimiento de las condiciones en que el espíritu clásico constituía una respuesta espontánea a la naturaleza misma. Por este motivo he calificado de romanticismo invertido al moderno clasicismo consciente. Es evangélico, y no espontáneo, puesto que se preocupa de la salvación. El hecho de que el concepto de salvación sea razonable, en tanto que el del romanticismo es fantástico, no altera la preocupación. Únicamente cambia el espíritu del antiguo arte en un evangelio de aislado conocimiento estético.



LA PSICOLOGÍA DEL RADICAL

POR

STÉWART PATON

A juicio del autor, las manifestaciones extemporáneas y violentas, inapropiadas al estímulo, provienen de alguna deficiencia mental o fisiológica en el individuo. La personalidad bien equilibrada física y mentalmente, dice, y cuyas reacciones están sujetas a la restricción del razonamiento, responde armónicamente a las exigencias y luchas de la vida diaria. La conciencia del íntimo poder para afrontar y dominar situaciones críticas da un sentimiento de seguridad y alegría que se traduce en movimientos adecuados a la ocasión. Deduce de allí, y presenta algunos ejemplos de que el descontento y clamoreo de los radicales, pidiendo un nuevo orden de cosas, responde a deficiencias personales que han prevenido su éxito en la vida y provocan un estado particular que tiene muchos de los rasgos característicos de la insania. Sería conveniente, termina, que se enseñara al pueblo la manera de desarrollar el proceso del pensamiento en forma adecuada al estímulo y a la ocasión, antes de incitarlo simple y vagamente a pensar. —LA REDACCIÓN.

MUCHAS personas se inquietan, al parecer, de que la civilización, habiendo alcanzado la etapa más alta de su desarrollo, haya comenzado a declinar. Algunos Jeremías se lamentan de que la raza humana ha pasado ya el período de la infancia, la juventud y la madurez, encontrándose al presente en su edad senil. En realidad, existen pruebas innumerables de que el hombre se halla todavía en una etapa muy primitiva de su desenvolvimiento. Ha tratado hasta ahora su cerebro, por ejemplo, de manera muy semejante a la que maneja un niño un juguete complicado, y se preocupa muy poco de descubrir el modo de usar este órgano con resultados más ventajosos. Lo mismo que el niño, ha hecho mil cosas para debilitar su eficiencia, y sólo acude en busca de auxilio para aprender a manejarlo después que ha infligido serios daños al mecanismo.

Una de las consecuencias de esta actitud infantil en el hombre ha sido el despertamiento de un interés sentimental y retórico, pero nada inteligente, en la discusión de temas relacionados con su bienestar, tales como la tranquilidad y la cordura, en tanto que muy pocos medios pone discretamente en práctica para investigar cuáles procedimientos deberían adoptarse y cuáles eliminarse para desarrollar un racional y apacible estado mental. Desea vivamente la paz y cordura internacionales, pero toma muy pocas medidas basadas en el conocimiento científico de la naturaleza humana para conseguir la realización de sus sueños. Aun cuando desde 1914 gran parte del mundo ha dado, como lo hemos visto, señales de insensatez, los signos de cordura y los métodos factibles para promover ideas y acciones sensatas, no se han siquiera discutido por comisión o conferencia alguna de paz, organizada con el expreso propósito de contribuir a restablecer la paz y la serenidad en la tierra.[1] Los recursos científicos de la nación se movilizaron eficazmente para la guerra, pero se ha consagrado escasa atención a emplear análogo grado de inteligencia para formular un programa racional en favor del establecimiento y mantenimiento de la paz. Un paso en esta dirección, la verdadera, garantizaría mejor el restablecimiento definitivo de la paz mundial que sentimentales instancias en favor del desarme y habladuría hueca acerca de que se ha reñido una guerra para eliminar la guerra.

Una definición de sanidad, de acuerdo con los progresos recientes en el estudio de la conducta humana, sería más o menos como sigue: un organismo físico y mental que ponga al hombre en aptitud de hacer uso ventajoso de su capacidad de pensar y actuar razonablemente frente a las situaciones críticas de la vida. Ésta es una definición biológica, y por razones que intentaremos explicar, es más amplia y más práctica

[1]Este artículo fué publicado en octubre de 1921, antes de que se celebrara la Conferencia sobre la Limitación de los Armamentos, que tan gran paso ha constituído para asegurar siquiera el compromiso de algunas naciones en favor de un parcial desarme naval, previniendo, en la medida de lo posible, nuevas guerras.—LA REDACCIÓN.

que la definición ordinaria, expresada en términos puramente psicológicos. La sanidad no puede juzgarse simplemente por pruebas de la inteligencia ni por lo que una persona siente y piensa, sino por lo que hace.

Para explicar en qué forma constituyen los actos factor tan importante en nuestra definición, debemos recordar algunas de las relaciones principales entre la mente y el cuerpo, algunos de los caracteres del organismo de un cuerpo sano, esenciales para el organismo mental que se traduce en una mente sana.

Uno de los rasgos sobresalientes de todo organismo viviente es el primitivo y connatural instinto que impulsa a la acción. Como bien se ha dicho, "la actividad es la condición cardinal de la vida." Este impulso primitivo a la acción aparece en los seres vivientes mucho antes de que se hayan definido las funciones sensorias y mentales. La actividad es la condición cardinal de la vida tanto en la amiba como en el hombre. Sin embargo, los movimientos que expresan esta actividad produciendo vibraciones musculares comienzan en la esponja. El sistema muscular representado en las esponjas es millones de años más antiguo que el sistema nervioso, que apareció relativamente tarde en la historia de la evolución. Cuando apareció el sistema nervioso, largo tiempo después que se había desarrollado la capacidad de acción, el mecanismo necesario para la sensación y el pensamiento llegó al cabo a formar parte del organismo viviente. Puesto que el proceso de la evolución en las funciones vitales se ha manifestado en primer lugar por la acción, vemos que hay una excelente razón histórica para juzgar a la gente por sus hechos y no por sus sentimientos o ideas. Aun cuando apenas es necesario decir que podemos obtener conocimiento más exacto de los caracteres fundamentales de un individuo estudiando sus actos de lo que haríamos analizando nuestras impresiones acerca de sus sentimientos o ideas, hay relativamente muy pocos observadores de la naturaleza humana que comprendan la solidez biológica de este punto de vista.

Muchas personas no sospechan la profunda influencia que las vibraciones motrices ejercen sobre la vida mental, ni se dan cuenta de que la adaptación de todo organismo a su ambiente por medio del movimiento responde a una necesidad esencial. En la satisfacción de tales necesidades observamos que los movimientos de los animales de tipo más primitivo no son tan adecuadamente proporcionados al estímulo como aquellos que se traducen en las actividades funcionales de organismos más elevados.

En toda personalidad bien organizada, bien equilibrada, existe amplia provisión de potencia coordinada del sistema muscular para que el esfuerzo sea eficaz a favor de movimientos graduados con discernimiento. Estos movimientos representan parte importante del fondo de aquel estado de preparación consciente para la acción, que contribuye al sentimiento definido, fortalecedor, de la unidad del ser. La persona que no está preparada a actuar sufre una "dislocación de cuerpo y alma," y no puede hacer uso del máximum de su potencia cerebral.

Los griegos reconocían el importante papel que desempeñan las reacciones musculares en el desarrollo y constitución de la personalidad. Comprendían asimismo, como algunos de los modernos sostenedores de la escuela clásica, que la constitución de la personalidad depende en gran manera de la coordinación e integración del movimiento, apreciando también la influencia que las posturas y ademanes graciosos ejercen sobre los bellos sentimientos y la entera vida intelectual. Fué una desgracia para la raza humana que se difundiera el concepto medioeval de que un cuerpo sano, bien constituído, de funciones musculares armónicas, no era necesariamente correlativo de una mente sana y bien constituída.

Los animales inferiores, frente a situaciones críticas, derrochan a menudo energía como resultado de esfuerzos mal coordinados o inadecuados. Encontramos exactamente la misma clase de reacciones faltas de discernimiento en los animales superiores. Si se estimula directamente un nervio, por ejemplo, el efecto inmediato en el músculo es desproporcionado a la excitación. Hay cierto punto en que ocurre una reacción por completo independiente de la fuerza del estímulo. Esta clase de reacción es la que clasifican los fisiólogos como "exagerada o nula." Cualquiera que sea la fuerza del

estímulo, sigue una reacción de carácter fijo y desproporcionado al estímulo. Naturalmente, cuando se producen reacciones que no están de acuerdo con la situación que afronta inmediatamente el individuo, hay derroche de energía, y rara vez se obtiene el resultado deseado. Siendo de esta índole las instintivas reacciones primitivas, es necesario modificarlas en interés de la conservación de la energía, obligándolas en cierto modo a manifestaciones de orden superior, y determinando en algunos casos el efecto de acuerdo con una elección razonada. En la condición que calificamos de insania se manifiesta un retroceso a los más primitivos, desproporcionados y heterogéneos tipos de reacción.

En marcado contraste con estas reacciones primitivas y desordenadas se observan los bien coordinados y armónicos movimientos del hombre culto. Su continente en general, sus ademanes, la expresión de su rostro y la entonación de su voz indican hasta qué punto revela el sistema muscular los atributos de la personalidad. No incurriremos, sin embargo, en el error de medir por las manifestaciones de energía el grado de acertada organización del sistema muscular, pues que el movimiento preciso y bien coordinado indica más armónico funcionamiento. Bajo condiciones de tensión exagerada o en momentos de honda emoción hay tendencia marcada a volver al tipo más primitivo e ingobernable de reacción. Por ejemplo, en los llamados casos de *shell-shock*,[2] cuando la influencia determinante del tejido cerebral ha quedado afectada, un soldado que cuenta por su bizarría con una admirable hoja de servicios, puede, empujado por el instinto primitivo, escapar repentinamente del campo de batalla y faltar a sus deberes militares.

Otro rasgo distintivo del cuerpo bien constituído es la adaptación de sus reacciones a la ocasión. Un organismo adaptado a su medio responde no sólo con movimientos bien graduados, sino con aquellos apropiados a la ocasión. De otro lado, cuando quiera que la organización física prepara constantemente a un individuo para manifestaciones violentas o para dar rienda suelta a sus instintos agresivos, defensivos o pugnaces, observamos la falta de discernimiento y de idoneidad de las reacciones.

Estos principios, que rigen la organización física, son asimismo aplicables a la organización mental. La personalidad sana, bien equilibrada, responde con reacciones graduadas y adecuadas al estímulo. La reacción física desproporcionada e inadecuada a menudo indica algún desorden mental. No es difícil encontrar ejemplos de personas que reaccionan en forma "exagerada o nula:" reacción que afecta el raciocinio y produce un gran desgaste de energía. Cuando quiera que es necesario ajustarse de nuevo a la vida, estos "exagerados o nulos" procuran adaptarse a la ocasión con reacciones exageradas. Sus movimientos reflejos, inadecuados y desproporcionados al impulso, ejercen influencia perturbadora sobre la organización del carácter.

Cuando el mecanismo muscular, mediante el cual realizamos nuestros propósitos y satisfacemos nuestros deseos, opera eficazmente y con desgaste mínimo de energía bajo la dirección del cerebro y del sistema nervioso, nos sentimos gratificados por una sensación de idoneidad que produce una saludable impresión de independencia y satisfacción. Tal es la base de aquella genuina independencia que no experimentan ni aprecian muchos oradores políticos o campeones famosos de la libertad y la independencia. El sentimiento de idoneidad, asociado a esfuerzos bien dirigidos y eficaces, es una de las principales fuerzas coordinadoras y unificadoras en toda personalidad; y cuando un individuo es lo suficientemente afortunado para experimentarlo, su felicidad no depende del triunfo de clase determinada alguna.

Comenzamos a apreciar gradualmente la influencia predominante de los impulsos motrices fundamentales en la formación de nuestros deseos. A decir verdad, nuestros deseos marcan en gran manera la dirección imprimida por el mecanismo muscular a la corriente de nuestras energías. Por esta razón, la índole de nuestros deseos es indicación manifiesta de los resultados verdaderamente obtenidos en el establecimiento de relaciones sólidas y esenciales con el

[2]Concusión cerebral producida por el estampido de las descargas, y también, en ciertos casos, por alguna otra intensa conmoción.—LA REDACCIÓN.

medio, en las luchas de la vida diaria. Estas relaciones se orientan en tres líneas donde operan las fuerzas que amoldan la personalidad. En la primera se desarrolla la idea del yo; la segunda expresa las relaciones del individuo con la grey (los instintos sociales); y la tercera incluye las que se refieren a la perpetuación de la raza (los instintos sexuales). Una persona sana, bien equilibrada, es la expresión de relaciones adecuadamente coordinadas en el sentido individual, gregario y sexual.

Conforme lo hemos indicado, el establecimiento y mantenimiento de estas relaciones se manifiesta en la proporción e idoneidad de las reacciones, pero también se traduce en el sentimiento de alegría y triunfo experimentado al afrontar y vencer dificultades. En circunstancias ordinarias, el sentimiento de idoneidad es indicador excelente de que la organización física y mental funciona como es debido, capacitando al individuo para combinar en forma satisfactoria estas relaciones sobre las cuales descansa toda personalidad bien constituída.

Cualquiera intervención que afecte seria o permanentemente la organización física se refleja muy pronto por lo común en una diminución del sentimiento de bienestar, y si este defecto no se descubre y remedia a tiempo, la persona que lo padece se ve impulsada a buscar alguna forma de compensación. En el esfuerzo de encontrar un substituto para el deficiente sentimiento de la propia y normal idoneidad, experimenta el individuo tal desazón que su capacidad de raciocinar con inteligencia queda afectada.

El individuo sano, hombre o mujer, no solamente se siente exaltado en cualquiera emergencia por el conocimiento definido, alentador, de haber triunfado otras veces al afrontar situaciones críticas, sino que sus bien equilibradas relaciones fícisas y mentales le permiten hacer uso de toda su potencia cerebral para el éxito. La persona que posee aptitudes tanto físicas como mentales para afrontar la vida conforme es no trata de evadir ningún problema, experimento o responsabilidad personal, ni desvía la consideración del asunto hacia vagos problemas de clase, experimentos indefinidos y obscuras responsabilidades.

Cuando la preparación emocional es suficiente para responder a las ordinarias exigencias de la vida, el individuo no se ve arrastrado a buscar substitutos temporales en anhelosas meditaciones para distraer la atención del primitivo y arraigado, aunque no satisfecho, instinto de acción. Una situación concreta, expresada en términos concretos, y conduciendo a la formulación de un plan concreto y claramente definido, actúa siempre como estímulo, en la personalidad bien constituída, para raciocinar con inteligencia.

Las funciones recientemente adquiridas y las más valiosas, aquellas que se manifiestan en pensamientos y acciones razonadas, son las primeras que sufren, conforme fueron las últimas que se adquirieron. Toda intervención entre el equilibrio de las relaciones del yo, de la grey y del sexo está llamada a provocar serias perturbaciones, a menos de que se corrija a tiempo. Una vez afectada la constitución de la personalidad por el sentimiento de la propia incompetencia, es posible que se emplee el uso de subterfugios en el deseo de ocultar que ha descendido el nivel del individuo.

Naturalmente, pueden producirse innumerables síntomas originados por el esfuerzo de compensar el sentimiento roedor, desorganizador, de la ineptitud e incompetencia. Ejemplo muy corriente de este caso es el egoísta. El egoísta es el producto de las relaciones artificiales y forzadas del individuo consigo mismo, que compensan en cierto modo el sentimiento fundamental de falta de idoneidad. En contraste con el egoísta se observa en la actualidad el tipo de personalidad instable, en que se revela un instinto gregario exagerado con el objeto de ocultar la falta de verdaderos instintos sociales. Esta especie de compensación por la dificultad encontrada para establecer convenientes relaciones sociales se traduce en el socialismo radical de nuestros días. El radical que tanto habla de su amor por el pueblo y por las masas no está más seguro de sus sentimientos humanitarios que lo está de su honradez el hombre que se jacta públicamente de poseer esta virtud.

Si se estudiara íntimamente en todo el mundo la actitud emocional y mental de los modernos caudillos radicales, encontraría-

mos (deseando mantener un justo grado de dominio racional sobre nuestra conducta) pruebas abundantes de la necesidad de rehusar aquiescencia a las ideas que estos revolucionarios proclaman. Ignoran, evidentemente, que sólo después de millones de años ha logrado el hombre desarrollar una organización física que procura respuesta cuidadosamente graduada al estímulo, al mismo tiempo que reacciones adecuadas. Ni parecen tampoco comprender la importancia de abstenerse de abogar por la adopción de un sistema social, del cual lo mejor que puede decirse es que no representa la concepción de mentes sanas, sino de mentes debilitadas por el sentimiento de la misma falta de idoneidad.

La mayor parte de los sistemas radicales de reforma no expresan las fuerzas constructivas de la personalidad, sino que tratan de facilitar alguna forma de compensación a la gente que jamás ha experimentado definitivamente el sentimiento afirmativo de la consecución.

El revolucionario, por regla general, evade diestramente sus propios problemas personales, y aprende muy pronto a odiar a las personas que afrontan las realidades de la vida, pues que le hacen recordar las dificultades de las cuales ha tratado de escapar. El odio intenso del socialista radical por lo que él llama la clase capitalista es una proyección del odio que siente por su propia deficiencia para gobernarse a sí mismo; y esta deficiencia es la que hace que su emoción sea tan intensa y provoque el rápido desenvolvimiento de obsesiones e ideas fijas.

Por consiguiente, una de las principales pruebas de que la organización física está intacta y funciona normalmente es aquel sentimiento definido e importantísimo de la idoneidad, que constituye la base de toda personalidad bien equilibrada. Esta sensación de triunfo y la seguridad de encontrarse emocionalmente a la altura de la ocasión es la medida de la aptitud de una persona para la vida real. Si a consecuencia de una deficiente organización física o mental se ve alguien privado del sentimiento de idoneidad durante un período considerable de tiempo, se produce rápidamente una serie de reacciones defensivas o compensaciones parciales. Algo debe hacerse, y prontamente, para apuntalar la personalidad y aliviar al individuo inepto del sentimiento vago pero desazonador de encontrarse incapaz de apelar al razonamiento para afrontar situaciones críticas. Sabe que no puede arrojarse en cuerpo y alma a empresa alguna. A causa de su deficiencia emocional, no puede encaminar sus instintos inteligentemente ni organizar sus sentimientos en forma conveniente; de manera que lidia sus batallas diarias con el desaliento del soldado que carece de confianza en sus jefes. El resultado de esta infortunada condición es sentirse cada vez más forzado a retraerse de la realidad. Sus descontentos anhelos, sus vagos deseos, que nunca se verán satisfechos, dirigen a la par sus instintos y sus intereses y moldean su programa entero de vida. No pasará mucho, sin embargo, antes de este programa, que expresa su concepto de lo que según imagina fué la vida en el pasado o será en el porvenir, sea sujeto a una severa prueba, puesto que es lo único que le sirve de norma para afrontar los problemas de la vida diaria.

Tales limitaciones afectan seriamente la lógica del pensamiento, y compelen al inepto a buscar, para la solución de sus dificultades, métodos semejantes a los que usaban los pueblos primitivos. Evadiendo la realidad, abandona la experiencia acumulada por el hombre durante el progreso de la civilización, y hace frente a la vida en la forma impulsiva e impremeditada, característica de los hombres de la edad de piedra, en vez de confiar en el proceso intelectual coordinado e integrado del razonamiento.

Una de las penas consiguientes al evadir una situación difícil es el retroceder ante la realidad cuando la razón se ha extraviado y el instinto emocional primitivo constituye la primera y única línea de defensa en la lucha por adaptarse a la vida. Esta actitud primitiva produce resultados que a primera vista parecen reacciones inexplicables; pero un pequeño análisis descubre pronto los verdaderos motivos. Tomemos como ejemplo el caso de un matrimonio que ha llevado siempre una vida circunspecta y enteramente convencional, disimulando cuidadosamente su decepción por falta de progenie. Cierto día sorprende la pareja a sus amigos, diciendo que "sería

una gran cosa dar oportunidad a los bolchevistas para que reorganicen la sociedad." Durante varios años han ocultado su viva decepción por no tener hijos; pero al cabo les es imposible ahogar la protesta contra su deficiencia fisiológica, y la expresan en protesta formulada en términos tan radicales que desvían la atención del despecho fundamental contra sí propios, substituyendo sus irritantes problemas personales por un odio imaginario de clases. Reacciones semejantes ocurren en la mayor parte de nuestras salas bolchevistas, y no deben tomarse demasiado por lo serio, pues que son simplemente protestas indirectas, impersonales y nada inteligentes, lanzadas contra alguna fundamental incapacidad personal para solucionar los propios problemas, y que revelan en forma indirecta y dramática que el equilibrio entre los instintos del yo, la grey y el sexo necesitan regularse para establecer alguna especie de restricción razonada del pensamiento, la palabra y al acción.

He aquí otro ejemplo de análoga actitud mental primitiva. El director de *The Freeman* solicitó recientemente el apoyo del público basándose en que su periódico estaba dedicado a los lectores de "mentalidad vigorosa" a quienes agradan "ideas fundamentales." Probablemente no habría usado palabras si hubiera comprendido que las "ideas fundamentales" son la manera característica de pensar de los pueblos primitivos, o del hombre civilizado después que el proceso intelectual de lo fisiológicamente superficial (en el sentido en que lo ha adquirido hace poco) desaparece bajo el dominio de reacciones más antiguas y más fundamentales. Encontramos abundantes pruebas del retroceso a "ideas fundamentales" en los casos de *shell-shock*, agotamiento nervioso y demencia precoz.

La generalidad de los lectores convendrá con nosotros en que hay motivo suficiente de alarmarse, a la verdad, si esta primitiva forma de razonamiento se elige como método de alcanzar decisiones acerca de los grandes problemas de nuestra civilización.

El peligro real para el mundo en estos momentos es que los radicales abogan por métodos de gobierno que expresan la clase de proceso mental y emocional que dificulta particularmente al hombre el emplear con mayores ventajas la potencia cerebral adquirida a través de millones de años de evolución. Hoy por hoy, en todas partes del mundo, y entre toda clase y condición de hombres, los prejuicios, obsesiones, ideas fijas, sospechas, el sentimentalismo ocioso, y los estallidos pasionales hacen cada vez más difícil la tarea de establecer el orden y la ley, de igual manera que las condiciones esenciales para el pensamiento y acción razonados. Una epidemia ampliamente difundida de insania, más insidiosa y amenazadora con mucho que todas las dolencias físicas combinadas, amenaza los cimientos de la sociedad organizada.

El dominar esta epidemia antes de que haya afectado seriamente la potencia cerebral de nuestra raza y el poder de la nación, requiere una concentración tan grande de inteligencia para resolver el problema de hacernos sanos y pacíficos, como la que exigiera la preparación para afrontar los problemas bélicos. Una de las etapas preliminares en el arte de prepararse para la paz es el familiarizarnos con los signos de sanidad.

Se dijo recientemente que el director de una de nuestras principales universidades del este se había lamentado de que tan pocas personas meditaran en las trascendentales cuestiones del día, que las circunstancias imponen hoy bruscamente a la atención. Las condiciones actuales del mundo justifican la pregunta de si no sería más conveniente, antes de estimular al pueblo a pensar, enseñarle unas cuantas reglas sencillas de higiene mental, como medida precautoria para incrementar las probabilidades de meditación fructuosa, aplicable a la solución de los problemas de la vida real. Solamente una cuidadosa higiene mental es capaz de elevar el nivel del criterio sobre los opiniones del populacho y las melifluas expresiones de académicos idealistas.

En vista del tumulto enloquecedor de controversias, de las obsesiones y fantasmagorías responsables por las actuales ensayos de comunismo, de la extraordinaria ignorancia de la índole del proceso emocional y mental en cuanto se refiere al criterio razonado, y de la proporción pavorosa de nervosismo e insania, que constituye la

epidemia más insidiosa y formidable que haya amenazado jamás a la civilización, parece extraño que se haga tan poco en nuestras universidades para instruir a los estudiantes en la ciencia de reconocer los signos de sanidad y familiarizarlos con los principios de sólida higiene mental. En las actuales circunstancias tienen estas instituciones una oportunidad extraordinaria para desempeñar parte trascendental en el restablecimiento de la cordura en el mundo. Para lograrlo, sin embargo, deben prepararse a abandonar su tradicional actitud de preocuparse demasiado por los frutos del pensamiento y tener presente la importancia de perfeccionar los métodos de pensar. Pueden prestar, además, servicios importantes recordando al público cuán fácil es dejarse hipnotizar por el ruido de palabras, e insistiendo también en que por lo menos sus graduados aprecien que uno de los objetos principales de la educación es aprender primero a distinguir, y luego a cultivar, el proceso mental característico de la sanidad.

Oímos hablar mucho acerca de salvar la civilización, pero, hasta donde alcanzamos a saber, nadie ha llamado hasta ahora la atención hacia los cambios saludables que pueden producirse distrayendo simplemente la atención de argumentos humanos de poca monta y dedicándola al mejoramiento del proceso mental; de discutir planes en obsequio de la paz universal y la reorganización social, a cultivar las disposiciones mentales y emocionales favorables al arreglo pacífico y racional de las dificultades internacionales y sociales. Podremos esperar días mejores tan pronto como el orgullo y la ignorancia del hombre no sean rémora para que comprenda que es más importante para el progreso humano la manera en que piensa, y no lo que piensa. Una vez que hayamos logrado producir este cambio de actitud con respecto al gran problema humano, se habrá dado un paso trascendental eliminando la influencia desmoralizadora de la presente actitud prohibitiva hacia la vida, el resultado de procesos mentales deficientes que se han convertido en amenaza tan grave a las instituciones democráticas, y que no tienen nada mejor que ofrecer a nuestra civilización que un programa de abstención para los que fracasan, agregado a una insensata indiferencia hacia la necesidad de crear condiciones favorables para el desenvolvimiento de la potencia cerebral de la nación y de proveer la sana dirección intelectual que con tanta urgencia se requiere en las diversas fases de la vida.

En breve recapitulación diremos que los principales signos de sanidad en el aspecto fisiológico son: la reacción proporcionada al estímulo, y la idoneidad de la respuesta a la ocasión. En el aspecto emocional y mental debe existir la misma graduación e idoneidad de reacciones, asociada al definido y alentador sentimiento de consecución y a la voluntad y disposición de aceptar el hecho de que el progreso de la civilización es muy lento, a la determinación de tomar el mundo como es y al deseo de hacer cuanto sea posible para mejorar las condiciones existentes.



EL ESPÍRITU DE LOS ESTADOS UNIDOS

POR

GEORGE N. SHÚSTER

En minucioso análisis pasa revista el autor a las transformaciones que han ocurrido en el pensamiento de la nación desde los tiempos del *Mayflower*, según se revela en las obras de escritores y poetas de las diversas épocas y tendencias. Los puritanos hicieron los Estados Unidos, dice, y su carácter explica en gran manera el producto. Sin embargo, el puritanismo no penetró realmente en la literatura hasta que hubo transigido. Analiza a Háwthorne, el primer puritano que se aventuró a escribir la historia del pecado. Estudia luego a Whíttier, el rudo poeta aldeano; y describe la invasión de la cultura protestante y de la moderna filosofía. Írving y Cóoper realizaron, en su opinión, los primeros esfuerzos fructuosos por la liberación del espíritu nacional. Aparecen sucesivamente en la reseña Lóngfellow y Whitman, James Rússell Lówell, Émerson, Orestes Brownson, y luego, el inmortal Poe, con sus visiones macabras. Posteriormente a la guerra civil anota el florecimiento de honda y artística poesía en el sur, representada por las obras de Lanier, de Írving Rússell, primer intérprete de la raza negra, del padre Ryan y el padre Tabb. Recuerda en seguida a Thóreau, el individualista, a Henry James, con su estética cosmopolita que el autor define como altas matemáticas de la psicología, y a Wílliam Dean Howells, escritor de castidad puritana y poderoso encanto individual. Discute el humorismo de Ártemus Ward y el espíritu festivo y demoledor de Mark Twain, en contraste con las melancólicas tendencias de Bret Harte. La humanidad, vacilante, necesita ahora una norma definida en que creer, proclama, y a la cual ajustar las acciones. Es el momento de enderezar el rumbo según el espíritu católico, haciendo de nuestra conducta un árbol de vida que produzca frutos de paz, para que la democracia sea algo más que un nombre: sea una doctrina en acción.—LA REDACCIÓN.

I

A INTERVALOS se despierta en nosotros como nación el laudable anhelo de investigar lo que realmente somos "en el fondo." La gente escribe y escribe; de vez en cuando, y siempre de prisa, aparece algún periodista en el puerto de Nueva York, toma un automóvil de plaza para el hotel Bíltmore, luego un tren rápido para Chicago, y en seguida un tren especial para el District of Columbia. Poco después se nos regala con variaciones sobre temas consabidos: la magnitud de nuestros ascensores de granos, la silueta de los edificios de Toledo, Ohío, los poetas de Chicago, y el *foot-ball* de las universidades. Se admira nuestro idealismo con una sonrisa; se deplora nuestra falta de sentimiento artístico, y se declara que nuestros recursos naturales (de los cuales el egregio periodista recibe pruebas positivas) son estupendos. Incidentalmente algún visitante menos popular permanece en la nación el tiempo suficiente para aventurar una crítica corta y luminosa, pero muy corta, después de todo. De otro lado, algunos de nuestros compatriotas más radicales dan a luz libros en que el caos de la vida de los Estados Unidos se hace contrastar debidamente con la suprema y simétrica, aunque aislada, filosofía del autor. Y el remate de todo este despliegue literario es la pregunta muy digna de encomio: "¿Qué somos en el fondo, en realidad?" Algunos se muestran un poco impacientes por obtener una respuesta. Nadie parece descubrir tras la vaga fórmula "americanismo," nada que revele un espíritu definido. No existe tradición manifiesta, ni esfuerzo colectivo aparente. Nos asemejamos a un inquieto océano, en escarceo constante, pero sin "arribar a ninguna parte."

No obstante, pueden discernirse en nuestra vida como nación ciertas fuerzas espirituales definidas, que, si bien no todas son eminentemente deseables, han tenido suficiente potencialidad para manifestarse. La *mêlée* resultante de su acción recíproca es lo que nos hace como somos; y el presente artículo es solamente una tentativa para desenredar esta madeja. La vida en los Estados Unidos se ha orientado en dirección al lujo y regalo, implicando una emigración de almas tan compleja y asombrosa, tan evidente a pesar de su disfraz, tal claudicación en las sendas de la moral, que siente

uno la impresión de hallarse constantemente en presencia de un tremendo drama. Es verdad que estas cosas no se han expresado adecuadamente. La literatura, que representa siempre el diario del alma nacional, no pasa de frases vagas entre nosotros. Con todo, a despecho de su obscuridad e incoherencia, se ha escrito esta historia, y aun se ha intentado el hacerlo con arte.

Naturalmente, la historia comienza por el principio. Entre los numerosos barcos de colonos aventureros, el *Mayflower* es casi el único cuyo nombre recuerda el público en general. La razón de esta singularidad es que los puritanos vinieron a su bordo. El puritano es un tipo extraño, no del todo atractivo; pero fué él quien hizo los Estados Unidos, y cuyo carácter explica en gran manera el producto. Es preciso tener en mente que no vinieron a establecer la libertad, sino a establecer a los puritanos, y que lo consiguieron bastante bien. De igual importancia es el hecho de que la vida en la América primitiva estaba libre de la voluble influencia del pasado, y que podían ser graves hasta donde se lo pidiera el deseo. Al leer las crónicas ascéticas, hebraicas, de aquella austera vida colonial, no puede uno evitarse de admitir con Cotton Máther que "el diablo debió sorprenderse extraordinariamente al contemplar aquí semejante gente." Y no dieron descanso alguno al espíritu del mal. La furiosa persecución contra brujas y hechiceros, atormentadora cuestión no siempre impenetrable, fué, como el espiritismo moderno, el producto de una generación que tenía perpetuamente en mira el infierno, olvidando por completo la existencia del cielo. Nunca ha estado más íntimamente sumido un pueblo en ideas de perdición que los puritanos; hacían un verdadero atlas del mundo de tinieblas, creando en su fervor, sin el menor remordimiento, lúgubres ciudades para los condenados. Sin embargo, a despecho de esta feroz energía intelectual, los puritanos eran débiles en el fondo. Eran soldados como Crómwell, pero no tan egregios ni austeros; poetas como Milton, pero ni con mucho tan eminentes ni formidables. Es significativo que no haya salido de sus rangos ningún guerrero supremo como Grant o Lee, ningún maestro de la poesía como Lanier, Poe o Tabb, ningún excelso estadista como Jéfferson o Lincoln. Hicieron algo en favor de la educación y aun en favor de la democracia; pero su timbre más permanente fué el de colocar el sello de la reticencia sobre los labios americanos, sello que hasta hoy no ha sido violado.

Tan peculiar y rigurosa reserva se ha debido enteramente, no a la conciencia que cada cual posee, sino al hábito de escudriñar con microscopio esta misma conciencia. A medida que los puritanos se acercaban al infierno, parecían congelarse, helarse de temor. La reticencia sexual, característica del arte de los Estados Unidos, no es un velo victoriano, sino una capa de hielo; y lo más lamentable es que, al derretirse, deja perniciosas estrías. Es preciso admitir, sin embargo, que había cierta nobleza digna de encomio en esta actitud espartana, una austeridad profunda de intelecto y voluntad, resistente y aguda como el acero. Cuando se celebró el día de la acción de gracias, bajo el pesar de las matanzas de los indios, cuando los belicosos agricultores se estacionaron en Léxington, cuando vibró el tañido fúnebre de la esclavitud, los puritanos, encaminándose a la muerte, entonaron himnos que resonaban como el rodar estólido de piedras. Tal entereza es capaz de producir heroica descendencia. Y si bien la mujer de los Estados Unidos estuvo a punto de convertirse, a semejanza de la de Lot, en una estatua de sal, por lo menos evitó la corrupción. Puede lamentarse que no haya figurado ni en la vida real ni en la novela; pero, por regla general, el norteamericano de hoy se siente secretamente orgulloso de que tal haya sido su madre.

El puritanismo no penetró realmente en la literatura hasta que hubo transigido; pero imprimió subsecuentemente en sus escritos el sello gris de su templanza, actuando como una especie de registro nivelador del corazón nacional. Sus producciones apenas si son dignas de conservarse ni siquiera como historia, pues consisten de insípidos himnos y tediosos opúsculos, que incidentalmente asumen sombría dignidad, como en el tratado *On the Will* (Sobre la voluntad), de Jónathan Edwards, o en el *Battle-Hymn* (Himno de combate), de Julia Ward Howe. Por lo general, esta literatura era simplemente áspera grandilocuen-

cia, envuelta en atmósfera tan tétrica como la de una cámara mortuoria. Durante largo tiempo la novela y el drama estuvieron sojuzgados como pura impiedad; pero, al cabo, el artista más notable del puritanismo americano se dedicó a escribir la historia del pecado. Nathániel Háwthorne sufría la obsesión de una belleza que nunca llegó, sin embargo, a definirse por completo: belleza que aparecía ante su mente como el símbolo de algo intangible y único, emanación de algún espléndido sortilegio, y tan insondable como la misma magia que lo originaba. Este tímido e inflexible artista analizaba el problema del mal, y en *The Scarlet Letter* (La letra de escarlata) profundizó más el corazón humano de lo que hiciera cualquier otro norteamericano de su época. En sus obras palpita una fantasía vibrante y delicada, que penetra en la vida con la misma agudeza que un estoque. Sus historietas y novelas son estatuarios relatos de hadas, y sus cuentos fantasticos están hechos de luminoso granito. Es digno de notarse que cuando finalmente se puso en contacto con el arte antiguo y simbólico de Europa, se sintió deslumbrado y casi herido. *The Marble Faun* (El fauno de mármol) revela el incorregible puritanismo de su autor.

El hombre que se acerca más íntimamente al indefinible Háwthorne es el rudo poeta aldeano Whittier. Nadie pretendería encontrar en él melodía ni experiencia o sueños religiosos; pero, a fuer de hijo de la tierra, Whittier ha conservado no sólo la aspereza del paisaje sino también el vigor del suelo. Ningún otro poeta, aun en la Nueva Inglaterra, ha dicho "Esto es bueno" con tanto énfasis, ni "Esto es malo" con tanto fanatismo. Encerró la conciencia puritana en una caja cuadrangular y enclavó la cubierta. Sin embargo, por lo mismo que era un cuáquero ferviente, su rudeza jamás llegó a la crueldad. Clamaba ferozmente ante el espectáculo de la esclavitud y otras cosas que lastimaban su corazón, pero su interés principal estaba radicado en la paz. Su amor por la naturaleza y por los sencillos goces de la vida campesina presta regocijado colorido a *Snowbound* (Presa de la nieve), su obra maestra. Ningún otro poeta estrictamente puritano llegó a tal altura. Solamente en el siglo veinte, en la figura de Róbert Frost, floreció un poeta capaz de cantar la historia de la granja en manera igualmente autóctona.

II

ERA inevitable que el puritanismo, culto siempre exclusivo, degenerase en casta. Las puertas del mundo norteamericano abriéronse gradualmente; penetraron en los Estados Unidos legiones de gente y legiones de libros. Ni unos ni otros fueron seleccionados con discernimiento, mas produjeron grandes bienes. El amable provincialismo de los días primitivos fué pulverizándose paulatinamente y extendiéndose como finísima arena sobre las comunidades agrícolas y mineras, las ciudades improvisadas y las universidades extremadamente graves. Del mismo modo que Thomas More había mirado en remotos tiempos hacia el oriente en espera de la aurora ateniense, los mejores elementos norteamericanos abrieron sus ventanas hacia Europa y comenzaron también a levantar utopías en terreno que apenas conocían. Esta labor retrospectiva fué esporádica, pero afortunada al cabo. Lo malo del asunto hasta hoy no es que no hayamos mirado en dirección de Europa, sino que Europa no es del todo buena de mirar. La cultura protestante y la moderna filosofía nos inundaron en dos arrolladoras corrientes, y por cierto tiempo nos pelotearon a cual mejor. Los puritanos lucharon en medio de las aguas, pero no llegaron a hundirse; a decir verdad, su participación en el establecimiento del primer elevado ideal político de la América, la independencia, fué grande y recomendable. Sin embargo, aquel sueño más hermoso y liberal, la democracia, se originó realmente en el sur de los Estados Unidos, donde encontró Rousseau un discípulo en Jéfferson, escribiendo como resultado el primer *Contrat Social.* El virginiano era un pacífico deísta, sin el ingenio brillante de Voltaire; es, no obstante, figura más eminente, porque fué un verdadero demócrata. Otros habrá a quienes corresponda mérito mayor por la actual estructura del gobierno de los Estados Unidos, pero fué Jéfferson quien colocó el cimiento inmutable: la libertad.

Aunque la declaración de independencia

fué firmada y la constitución formulada antes del comienzo del siglo diecinueve, la independencia intelectual de los Estados Unidos sólo se inició más tarde. Habíamos salido de la concha, pero se necesitó algún tiempo para que aprendiéramos a mantenernos de pie. Írving y Cóoper, proveedores de romance, realizaron los primeros esfuerzos fructuosos por la liberación del espíritu nacional. Ninguno de ellos llegó a ser por completo una figura mundial, pero ambos dejaron hijos que han recorrido el globo: *Rip Van Winkle, Leatherstocking* (Medias de cuero) y *Tom Coffin*. Además, aunque ambos eran aristócratas, escribieron para los Estados Unidos aquellas tradiciones y cuadros de costumbres que son parte tan indispensable de la civilización popular. Por el mismo tiempo, empero, dos grandes poetas iniciaron la batalla por la democracia en la misma fortaleza del puritanismo. Colocar a Lóngfellow y a Whitman a la misma altura intelectual puede parecer un pecado de lesa crítica, pero es sentido común histórico. Los méritos de ambos se han recusado, y con justicia; las faltas de ambos se han olvidado caritativamente; pero entre ambos se lidiaba un excitado combate por el favor popular, cuya victoria está todavía incierta. Lóngfellow descubría, atenuadas por la distancia y en la penumbra del crepúsculo, las radiantes eminencias del cristianismo medioeval; Whitman contemplaba, con cierto áspero egoísmo, la antigua trompa de Tritón en manos de un profesor alemán. Tal era la verdadera contienda entre ellos, a despecho de las discusiones acerca de los hexámetros de Lóngfellow y la carencia de esta medida en los versos de Whitman. Ambos templaron su lira para ensalzar la democracia, pero ninguno llegó a herir la cuerda esperada. Lóngfellow era demasiado débil y demasiado múltiple para introducir en la América a los santos cristianos; Whitman era demasiado egoísta para mantenerlos permanentemente apartados. Mas, todo bien considerado, el pueblo prefería a Lóngfellow: sus sencillas poesías se adaptaban al espíritu del hogar, con su toque de hermosa simpatía que hacía vibrar los corazones. Conocía *The Blacksmith* (El herrero) y *Paul Revere;* aun *Evangeline* les era familiar. Y a despecho de la tentativa de los intelectuales de apelar al juicio extranjero para la deificación de Whitman, no se necesita gran erudición para comprender que el pueblo de Inglaterra y el del continente jamás han oído hablar de él; aunque se deleitan con Lóngfellow.

En la nación, la grieta del puritanismo era ya lo suficiente amplia para dejar pasar el soplo de la edad media y de la vitalidad griega, pero la batalla por la libertad se lidiaba con más vigor en la prosa. En las familias más distinguidas de Boston florecieron dos de sus sostenedores: el ingenioso y cortés doctor Holmes, y el liberal e interesante hombre de letras, James Rússell Lówell. El segundo, un optimista Máthew Árnold, leía mucho y era un crítico excelente, pero hizo todavía mejores cosas: reveló al mundo un "Courtin" de la Nueva Inglaterra, un político yanqui, y la grandeza serena de Lincoln. Lówell no solamente comprendía la democracia, sino que confiaba en su realización: confianza magnánima que hace honor al hombre, aunque hasta ahora jamás haya llegado a ser un hecho.

Entre tanto, Ralph Waldo Émerson, joven clérigo agudo y ascético, predicó un sermón herético en la casa de oración de Boston. Era puritano por temperamento, pero se había intoxicado con ideas ajenas al gremio eclesiástico. No solamente había llegado el momento en que el mundo se sacudiera del hechizo del infierno, sino que mentes inquietas estaban preñadas del misticismo sobrenatural e incoherente de Swédenborg y del desequilibrado idealismo de los primitivos teutones. De allí al panteísmo científico de épocas posteriores no había más que un paso, que Émerson intentó a medias, semejante a un muchacho que aprende a caminar en zancos. Jamás consideró en serio la decisión de lanzarse a determinada estrella; deslizábase de uno a otro astro, vaga, inconsistentemente, confiando en que el orbe más brillante era su propia alma. En general, Émerson es como un hombre que continuamente hiciera uso de los anteojos, jactándose al mismo tiempo de tener excelente vista. Sin embargo, aunque no fué un filósofo, discernió con claridad algunas cosas por el hecho de ser poeta. Comprendió que era el momento de dejar de ser puritano, que la democracia necesita ideales y, más que todo,

individuos. Con una sonrisa (Émerson jamás reía) arrojó al fuego los demonios de Jónathan Edwards, predicando a la vez con énfasis el libre albedrío. No hizo más; y el mundo, aficionado a las frases brillantes, no se detuvo a descifrar los soñadores mensajes de que Émerson se juzgaba el creador.

Durante su vida tuvo Émerson un diestro antagonista. Todo lo que había de ilógico en la doctrina trascendentalista, todas las extravagancias a que condujo en América la nueva filosofía, sufrieron bruscas acometidas de parte de otro puritano eminente, aunque casi olvidado, Orestes A. Brownson, quien se convirtió al catolicismo en una época en que este paso era marcadamente impopular. Brownson era un hombre dotado del espíritu *intransigeant* de Veuillot; un cerebro gigante, infatigable, sin dotes para la poesía, mas de potencia intelectual deslumbradora. Desbarataba toda premisa amorfa y todo silogismo ilógico con la regularidad y el vigor de una máquina. Examinando superficialmente el vasto campo de su intensa labor periodística, es imposible comprender cómo se las manejaba para destruir tanto hierbajo. Brownson era un hombre austero, a quien no se debe olvidar, pero que tampoco inspiraba simpatía. Nada había en él de intempestivo ni que se apartara de la corriente de su época. Ahora se le considera el primer campeón beligerante del catolicismo en los Estados Unidos, largo tiempo despreciado, pero que se fortaleció gradualmente con la inmigración de los devotos irlandeses y alemanes del sur. Cuando florezca el Newman americano, tendrá, en proporción igual, las cualidades de Émerson y de Brownson. Su advenimiento es extremadamente necesario.

A pesar de todo, la tradición cristiana por la cual Colón arriesgó la vida, que los heroicos jesuítas del Canadá hicieron penetrar triunfalmente hasta las selvas más remotas, y que se había extendido muy superficialmente por todo el país, tenía sus protagonistas. En los bordes de los espesos cañaverales de la Louisiana se había reunido una abigarrada colonia de españoles, franceses, indios, y, posteriormente, negros, que vivían una vida semifeudal, con todas las cualidades y defectos de una época de cristianismo en declinación. La individualidad y encanto de este pueblo se expresa en la indefinible denominación de "criollo," con que George W. Cable y Grace King han procurado explicar desde entonces en romance, que posee un sello distintivo peculiar. Además, el sur de Lee y de Jackson, que reconocía el abismo de la esclavitud y se esforzaba honradamente por salvarlo, fué lo que más se aproximó al ideal caballeresco que los Estados Unidos han preconizado. La vida del general Lee es nuestro más hermoso poema nacional; fué un hombre tan místicamente exaltado en el amor y en la batalla como Árthur, y su mayor victoria constituyó también una sombría y patética derrota. Toda aquella época crítica de la rebelión del sur estuvo penetrada de una vaga atmósfera de romanticismo, que palpitaba en la sombra horrenda de la esclavitud con algo del fervor y regocijo de los primeros días de la cristiandad. Los hombres no comprendieron la belleza que había brotado en el suelo de los Estados Unidos hasta que la tierra estuvo empapada en sangre y los novelistas la analizaron con cariño desde una era más mezquina y más empedernida. Entre tanto, otro aspecto medioeval se manifestaba en uno de nuestros más eminentes poetas: los terrores de Poe, y su empleo de símbolos macabros. Este visionario, que llevó una vida enteramente aislada, salvo en el espacio de un breve y trágico amor, se había infiltrado de aquella mórbida introspección que se manifestó posteriormente en los decadentes franceses. Cosa inexplicable: estas fantasías lúgubres se remontan hasta las raíces del catolicismo, quizá porque la fe nació en las tumbas; por lo menos, tal es el camino que siguieron Baudelaire, Villiers y Huysmans para llegar al cabo a la luz de la fe católica.

En general, sin embargo, la era de que la guerra civil fué el núcleo languidecía en una atmósfera de sentimentalismo y de debilidad mental. La religión, aun para Daniel Wébster, se había convertido simplemente en "benevolencia, justicia y amor fraternal." La arquitectura era abominable, el periodismo peor, y las noticias informativas de escasa importanica. La literatura se limitaba a delicados *vers de société* y a un puñado de nociones austeras. No obstante, la energía idealista en que la

guerra civil arrojó a la nación fué estupenda. La figura dominante del período de la guerra fué, en el norte Lincoln, en cuyas arengas se combina la geometría de Euclides con el rudo arte de hender palos. Su rostro noble y melancólico ilumina la primera página del sangriento libro, como la consagración en un grabado al agua fuerte por algún maestro flamenco. Los hombres vivían entonces en la fe, y si no se hubieran fatigado del pasatiempo y tornádose por completo a la economía social, la historia de sus descendientes habría sido, quizá, diferente. Fué en el sur, leal a las antiguas creencias de la nación, donde florecieron los más hermosos frutos espirituales. Allí nació, entre la angustia y el caos, el conjunto más artístico de poesía que hayamos producido. Casi todo llevaba la firma de cuatro hombres: Sídney Lanier, Irwin Rússell, el padre Ryan y el padre Tabb. Lanier era un quebrantado soldado de la confederación, con una lira destrozada, pero supo descubrir cosas magníficas en el horizonte; todo aquel que esté interesado en saber cuán a punto estuvimos de tener un hermano de Francis Thompson debería leer la *Symphony*, en cuya concepción y estilo se marca tan intensamente el sello gótico. Irwin Rússell, el primer intérprete de los negros, cantó en grupo de vigorosas baladas en dialecto la trágica historia de la raza negra, cuya sangre mancha nuestras manos, y a la cual hemos dejado en el foso, a pesar de haberla "emancipado." Respecto del padre Ryan y del padre Tabb es suficiente decir que hicieron vibrar en sus rimas la hermosa abnegación del sacerdote, que Lacordaire ha descrito intensamente en un rosario de aladas líricas tan diminutas y complejas como un microcosmo. En el sur se destacaban defectos conspicuos, especialmente el orgullo aristocrático; pero el pueblo de Virginia enarboló los fragmentos del estandarte cristiano aun en medio de las ruinas de sus propias tradiciones. Esto por sí sólo es prueba evidente de la bizarría, la nobleza, de aquellas tradiciones.

Los puritanos del norte adquirieron gradualmente un barniz de realismo artístico y una delgada capa de intelectualismo. En torno de ellos, la sociedad se revestía de un naturalismo primitivo, ostensiblemente superficial. Thóreau, inquieto cazador individualista, de fisonomía penetrante y mente inexorable, percibió con toda claridad el vacío creciente del mundo de los Estados Unidos y le huyó instintivamente como el anacoreta. Era un original genuino, que sentía a la vez una extraña y doble pasión por los pantanos de Walden y por el griego. Lo sensible es que, con toda su claridad de visión, fuera demasiado ciego para avanzar más allá de su propio ser. No hay en él fuerza porque no hay movimiento, y el pobre hombre llegará tal vez a convertirse en curiosidad de algún museo intelectual, cuya atmósfera habría despreciado. El resto de los puritanos del norte se dedicó a cazar en el exterior, trayendo nociones de alemanes, rusos y franceses pesimistas. Mr. Henry James los estudió a todos, desde Turgenieff hasta "Gyp," observó muchísimo y al cabo adoptó una estética cosmopolita que podría denominarse matemáticas superiores de la psicología. Mr. Wílliam Dean Howells, genio que adolecía de la desgracia del refinamiento, pero escritor cuyos libros conservan, no obstante, la castidad puritana y un poderoso encanto individual, estudió primero a Heine y luego a Tolstoi, eliminando con éxito de su alma todo sentimiento que asumiera carácter marcado de intransigencia. Ninguna persona cuerda sufrirá de insomnio leyendo tales libros, que, a despecho de su admirable propósito y estilo, están viajando con la irresistible fuerza de la gravedad a reposar en las bibliotecas anémicas. Varios artistas, particularmente del cuento, adquirieron bastante de la crueldad de Maupassant y del escepticismo de Anatole France; en general, sin embargo, tenemos deuda más considerable y funesta hacia los inhumanos naturalistas parisienses y a sus discípulos ingleses: deuda no de arte genuino, a la verdad, sino de su deplorable ciencia.

No debemos olvidar, empero, que el norteamericano que ha viajado por montañas y desiertos tanto como por las selvas del oeste central, y de allí hasta los auríferos campos de California, comenzó a referir la historia de sus aventuras. Generalmente principiaba en tono festivo, y conservaba esta jocosidad en sus escritos. Allá, en los grandes rasos, nació la terrible reputación

de ingenio festivo que tan incesantemente nos acosa. El primero en conquistarse esta fama fué Ártemus Ward, caballero de estilo de Tháckeray en bruto, que se burlaba de las flaquezas de todo aquel que ignoraba la ortografía inglesa, y hacíalo con tan buen natural que merece realmente que no se le eche al olvido. Bret Harte fué la excepción, porque su decidida admiración por Dickens le impulsaba a derramar copiosas lágrimas siempre que la ocasión se presentaba. La distancia de la risa a las lágrimas nunca es muy larga, y había mucho de que reír: era aquélla una época de arte cursi y férvida elocuencia a propósito de cosas que no se comprendían. Habíanse iniciado, además, expediciones de turistas a Europa, con gran deleite de los continentales que tenían algo de imaginación y el amor del dinero. Cierto periodista, llamado Mark Twain, escribió el diario de un viaje decorosamente realizado, que se publicó sin éxito notable, comenzando así la era de arrojar el disfraz. Todo en el mundo es más o menos imperfecto, procurando, en consecuencia, tema adecuado para las burlas, sobre todo cuando uno es algo ignorante pero vivo de ingenio. Clemens,[1] el iconoclasta, no era sino un puritano vestido de hombre de los llanos y escéptico acerca del infierno, puritano más bizarro, a la verdad, que Calvino, pero no necesariamente hombre de mayor discernimiento. Tenía visión muy clara para el color local, y la firme convicción de que la democracia del siglo diecinueve era la última palabra en el adelanto humano; pero carecía de la antigua fibra y de la austeridad del puritano de la Nueva Inglaterra. Su tentativa de hacer de la vida un chiste terminó por acarrearle la ruina, al descubrir que él mismo era una falacia. La tragedia de Mark Twain habla por sí sola.

III

ESTE entusiasmo subsecuente, ajeno a la tradicion democrática, se tradujo en procacidad. Los Estados Unidos examinaron su edificio, encontrando muchos elementos falsificados que nadie sabía cómo enderezar. El estrecho y antiguo fuego puritano amenguó y desapareció entre sus cenizas, pero nada había con que reemplazarlo. La nación vaciló como un beodo que trata de conservar el equilibrio mientras sufre de alucinaciones. Las instituciones comenzaron a desnivelarse; el intelectualismo que tan ciudadosamente habíamos tratado de absorber y que intentábamos substituir por los vestigios de tradición cristiana, que todavía nos restaban, corroía los canales del pensamiento. El periodismo—Dios lo sabe—ha producido bastantes estragos dondequiera, pero en los Estados Unidos su crimen principal ha sido la inutilidad. En general, casi nunca ha comprendido los viejos ideales democráticos que habían dado vida a la nación: nuestro τέιως político más elevado parecía ser la tarifa protectora. Más aún; la prensa popular pasó a ser al cabo propiedad de la clase negociante que la usaba sin descanso en beneficio de los sueños y placeres del "fatigado hombre de negocios." ¡Soporífera frase! La consecuente languidez naturalista, la indiferencia absoluta del público en general por el arte en todas sus manifestaciones, la obscura melaza de la estética y la indolente subordinación a varios dioses de carne y hueso dió terrible exactitud a la definición que del patriotismo hizo el doctor Johnson. ¡Siguiendo el ejemplo del *Poor Richard's Almanac* (Almanaque del pobre Ríchard), una raza de colonos exploradores y de sencillos filósofos estaba convirtiéndose gradualmente en una tribu de tenderos! De un extremo al otro de los Estados Unidos, los dioses de la época izaban sus mezquinas banderas y disparaban sus retumbantes lemas al transeunte. Las universidades, que albergaban una vasta colonia de sabios ligeramente escépticos, importadores de las últimas ideas de Alemania e Inglaterra, mezclaron al tumulto de sus partidas de *foot-ball* algunas *dicta* darwinianas. Artista tras artista, gentilmente deslumbrado, profesaba su incapacidad de comprender la nueva era, o quizá la comprendía demasiado y escribía en consecuencia. Aquellos en quienes perseveraba el puritanismo refugiáronse en el pasado y escribieron romances fantásticos. De allí los pavorosos métodos profesionales, la absoluta falta de sinceridad, y la asombrosa *atechnìe* de casi toda la literatura romancesca de los Estados Unidos.

Contra este estado de cosas había muchos

[1]Apellido de "Mark Twain"—La Redacción.

rebeldes. La peculiar condescendencia con que la iglesia católica había sido tratada en los Estados Unidos la obligó a ejecutar la mayor parte de su buena labor en un silencio que no intentaremos romper. Casi todos los demás contrarios al espíritu de la época eran periodistas o críticos con manoseados ejemplares de Ibsen en sus faltriqueras. Principiamos entonces a oír hablar muchísimo acerca del proletariado y del futuro; en suma, acerca de la definitiva decadencia de Europa. Estos rebeldes eran, en su mayor parte, bizarros e interesantes egoístas que añadían a la *mêlée* general héticas declaraciones sobre la democracia, en la que sólo creían cuando ésta a su vez creía en ellos. Otros eran aristócratas por su propia hechura, que miraban desdeñosamente a la enloquecedora multitud, proclamando la importancia suprema de la última fantasía que se les había ocurrido imaginar. Descubrióse asimismo el sexo, y se le otorgó una lasciva prominencia que jamás había gozado entre la más desenfrenada bohemia. Interminable era (y es) el número de los poetas ultramodernos, de ritmo y filosofías artificiales, pero que ocultan un cartucho de dinamita en cualquier repliegue del corazón. Muchos novelistas rescataban a sus héroes del ambiente en que giraba su existencia, a favor de ciertos sistemas; la "química de la vida," el socialismo, el espiritismo, el amor libre y el tedio artístico eran los tópicos que se disputaban el favor popular. A decir verdad, la disgregación de la inteligencia podía apenas haber sido mayor. Nuestro apartamiento de las tradiciones centrales de la historia había resultado en un millar de puntos interrogativos que se suponían incapaces de contestación; en cierto relajamiento paulatino de las convenciones sociales; y, peor que todo, en las tentativas de eruditos racionalistas para substituir experimentos sociológicos a la espiritualización de la democracia.

Luego, repentinamente, un gran pueblo compuesto de elementos diversos, gran parte de los cuales no se hallaba siquiera en posesión del pleno derecho de ciudadanía, fué convocado a la lucha por un principio del que nada tangible había discernido. Su vigorosa respuesta es conocida del mundo entero. ¡Casi inconscientemente, el *Mayflower*, que había desertado la tradición cristiana, se convirtió en flota innumerable cuya indistinta meta era el rescate de aquella misma tradición! Es cierto que el recuerdo de esta gran lucha es algo que ahora olvidamos con placer o rememoramos con desdén. Los ideales oficialmente proclamados se habían arrojado como desechos; y la única verdad patente que se imponía a la consideración de la mayor parte de nosotros era la amarga experiencia de una falta de liberalismo cuidadosamente disfrazada, el brillo ficticio de una civilización en obsequio de la cual eminentes norteamericanos habían sucumbido en vano. Casi simbólicamente, los hombres que aparecían como flameantes antorchas de nuestra visión nacional fueron despabilados. Róosevelt, la única energía forjadora que se había dejado sentir en nuestra política desde los tiempos de Lincoln, murió sin claudicar, aunque el golpe fué cruel. Joyce Kílmer, cuyo esforzado y alegre corazón parecía fuente inagotable de viriles cantos, calló súbitamente, como una flor rota ante el santuario.

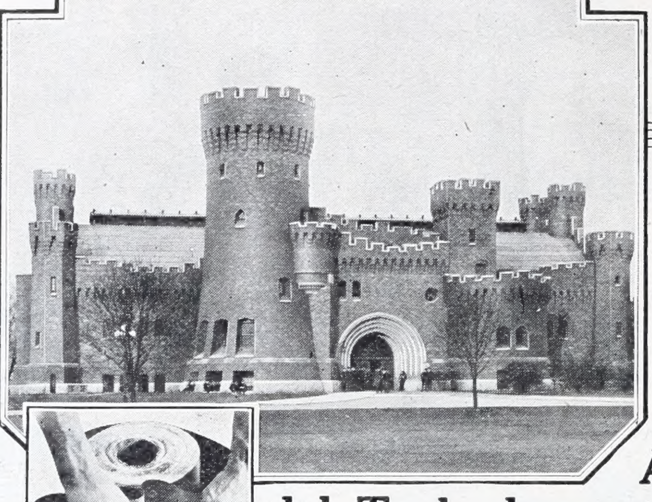
Todo esto ha pasado para siempre. Nos hallamos demasiado inmediatos a la nueva vida para comprenderla en toda su plenitud; pero, evidentemente, la gran lucha se desarrolla en estos momentos entre la desilusión y la esperanza, entre la reacción, que es demasiado gris, y la revolución, que es demasiado roja. La humanidad se da cuenta de que es preciso descubrir alguna norma en que creer y a la cual ajustar las acciones. La opinión es quisquillosa, brillante de sátira periodística, estrepitosamente egoísta. En cuanto a nosotros, sentimos que jamás ha sido mayor la oportunidad o la necesidad de espíritu católico. Después de todo, la tradición cristiana se ha desilusionado largo tiempo ha, cerca de las falacias de la cultura moderna; durante cuatrocientos años ha predicado un sermón mudo sobre el cambio de frente. Después de todo, también ha conservado por largo tiempo magníficas esperanzas. Cuando el mariscal Fayolle oía murmullos desesperanzados, en los ominosos días de Amiens, decía con heroica firmeza: "Cantaremos el *Alleluia* en la catedral." Y, desde sus principios, la promesa de la fe católica al desalentado individuo c a la

quebrantada sociedad ha sido la felicidad eterna en el inmutable edificio de Dios.

Nuestra labor aquí y al presente consiste en infiltrar en la expresión de la vida de los Estados Unidos, conforme las hemos escuchado, las palabras que constituyen el eterno testamento de la cristiandad. Fortalezcamos aquello que nuestros padres, con la sabiduría de Agustín, Bernardo, Tomás y Dante, juzgaron excelente, haciendo de nuestra conducta un árbol de vida que produzca frutos de paz. Enderecemos el rumbo del *Mayflower* hacia aguas mejores, resueltos a que la democracia sea algo más que un nombre; que no sea solamente un símbolo, sino una doctrina en acción.







Techado de Amianto
Johns-Manville

Aun el Material del Techado está hecho de Roca

PARA resistencia y protección este edificio fué construído de roca sólida. Fué cubierto con Techado de Amianto de Johns-Manville porque éste, también, está hecho de las fibras de roca de Amianto.

Siendo todo mineral, el Techado de Amianto de Johns-Manville, no puede quemarse, ni pudrirse ni disgregarse. Es absolutamente a prueba del tiempo y debe durar tanto como el edificio que cubre.

Para cada tipo de edificio—desde la cabaña al palacio—hay un Techado de Amianto de Johns-Manville.

Escríbanos preguntándonos qué material para techados es mejor para el edificio que Ud. desee cubrir.

La correspondencia puede ser en español, portugués, francés, italiano o inglés.

JOHNS-MANVILLE
Incorporated
Departamento Extranjero: Madison Ave. and 41st St., Nueva York, EE. UU. A.

REPRESENTANTES ESPECIALES

REPÚBLICA ARGENTINA
Messrs. Ramallo Knudsen & Co.
Florida, 32
Buenos Aires

HABANA, CUBA
Johns-Manville Co., de Cuba
Obrapia 19

BRASIL
P. S. Nicolson & Co.
Rua Visconde de Itaborahy 8
Rio de Janeiro

PUERTO RICO
Sánchez, Morales & Co.,
San Juan

CHILE
D. N. Banks
Casilla 118 D, Santiago

PANAMÁ
Robert Wilcox
Panamá y Colón

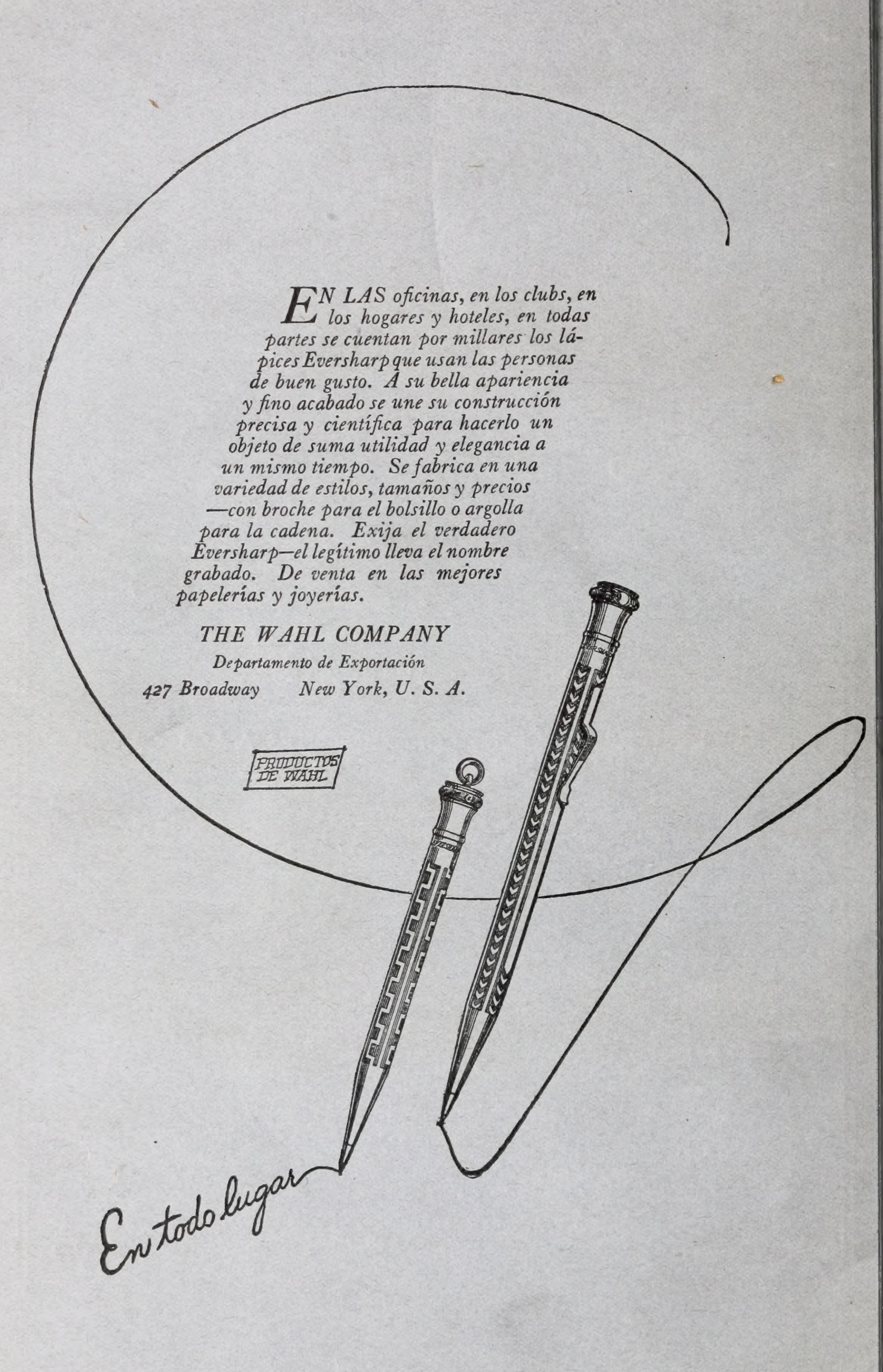
MANILA, I. F.
Koster Company, Masonic Temple Bldg., P. O. Box 541



Johns-Manville
Productos de
Amianto
y sus Aliados

AISLADORES
par mantener el calor en su lugar apropiado
CEMENTOS
para impermeabilizar las paredes de hornos
TECHADOS
para disminuir los riesgos de incendios
EMPAQUETADURAS
para impedir pérdidas de fuerza
FORROS PARA FRENOS
para rendirlos seguros
PRODUCTOS PARA PREVENIR INCENDIOS

JOHNS-MANVILLE
Techados de Amianto


EN LAS oficinas, en los clubs, en los hogares y hoteles, en todas partes se cuentan por millares los lápices Eversharp que usan las personas de buen gusto. A su bella apariencia y fino acabado se une su construcción precisa y científica para hacerlo un objeto de suma utilidad y elegancia a un mismo tiempo. Se fabrica en una variedad de estilos, tamaños y precios —con broche para el bolsillo o argolla para la cadena. Exija el verdadero Eversharp—el legítimo lleva el nombre grabado. De venta en las mejores papelerías y joyerías.
THE WAHL COMPANY
Departamento de Exportación
427 Broadway New York, U. S. A.
PRODUCTOS DE WAHL
En todo lugar